

MARIA FERRER PAYERAS

Te oigo,

PERO NO TE
ESCUUCHO



MARIA FERRER PAYERAS

Te oigo,
PERO NO TE
ESCUCHO

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Te oigo, pero no te escucho.

©Maria Ferrer Payeras, diciembre 2019.

Diseño de portada: Adyma Design.

Maquetación: Adyma Design.

*A los que ya no están
pero que siempre nos acompañan.*

Índice

[Uno](#)
[Dos](#)
[Tres](#)
[Cuatro](#)
[Cinco](#)
[Seis](#)
[Siete](#)
[Ocho](#)
[Nueve](#)
[Diez](#)
[Once](#)
[Doce](#)
[Trece](#)
[Catorce](#)
[Quince](#)
[Dieciséis](#)
[Diecisiete](#)
[Dieciocho](#)
[Diecinueve](#)
[Veinte](#)
[Veintiuno](#)
[Veintidós](#)
[Veintitrés](#)
[Veinticuatro](#)
[Veinticinco](#)
[Veintiséis](#)
[Veintisiete](#)
[Veintiocho](#)
[Veintinueve](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)

UNO

*Hospital La Paz
Madrid*

—Dígame, señora Jiménez, ¿qué la trae a mi consulta?

Marina se había sentido muy tranquila hasta que oyó al médico pronunciar esas palabras; entonces las manos empezaron a sudarle. A punto estuvo de levantarse y salir por piernas de la consulta del doctor Izquierdo, pero decidió que debía tomar medidas ante lo que le sucedía. No sabía cómo plantearle al psiquiatra el problema que la traía de cabeza, nunca mejor dicho, desde hacía más de dos meses.

—Verá, doctor Izquierdo —inspiró con fuerza para darse ánimos a sí misma—, desde que desperté del coma, oigo voces.

El médico la miró con semblante circunspecto.

—¿Qué tipo de voces? —La pregunta sonó tan natural que Marina pensó que no la estaba tratando como a una loca de atar y se animó a continuar.

—En realidad se trata de una sola voz. La mía. —Se revolvió en su sillón, incómoda, tras la última confesión.

El doctor Izquierdo relajó visiblemente su postura y le dedicó a Marina una mirada bonachona.

—Eso es algo que nos sucede a todos.

—Pero es que se trata de una voz muy mandona y muy insistente que... —quiso aclarar.

—Señora Jiménez, debe tener en cuenta que padece un ligero estrés postraumático a causa del terrible accidente que sufrió; que ha superado un estado de coma, en el que estuvo sumida durante casi cuatro meses, y que a pesar de todo eso se encuentra aquí, ante mí, con todas sus facultades mentales intactas. No es nada extraño que se inste a usted misma a la acción.

—Mis facultades mentales no se encuentran tan intactas como usted pretende insinuar: tengo lagunas importantes acerca de largas temporadas de mi vida. De todas formas, creo que no me he expresado bien cuando le he hablado de la voz que puedo oír.

—Las lagunas son algo del todo normal en casos como el suyo, por eso no debe sufrir. En cuanto a la voz: sí que se ha expresado bien. —El psiquiatra seguía mirándola con cierta compasión—. Me dice que su diálogo interno es más intenso de lo que solía ser, ¿no es cierto?

—Bueno, no solo más intenso...

Marina se vio interrumpida de nuevo por el médico.

—Créame, señora Jiménez, lo que le sucede es muy habitual en su situación. No debe flagelarse, muy al contrario, debe darse tiempo a sí misma para restablecerse del todo y seguir con su vida.

Marina abrió la boca, pero se dio cuenta de que no sacaría nada más de esa conversación. Se sentía como una mujer embarazada: todas sus dolencias eran atribuidas al estado de gravidez o, en su caso, al accidente y al coma. Suspiró y se puso en pie.

—Muchas gracias, doctor Izquierdo, siento haberlo molestado.

El médico se levantó a su vez para acompañarla hasta la puerta.

—Nunca es molestia recibir su visita, ya lo sabe. Venga a verme siempre que lo necesite.

Marina asintió levemente con la cabeza y le regaló una de sus sonrisas. Por lo que le habían dicho, se diferenciaban de las muecas que prodigaba antes del accidente; según parecía, ahora eran mucho más dulces y genuinas.

—*Tienes claro que yo no soy tu voz interna que, ¿cómo lo ha expresado? ¡Ah, sí!: «Que te insta a la acción», ¿verdad?*

—*Has oído que el médico ha dicho que no debemos flagelarnos, así que déjalo ya, Marina.*

—*Que no me llames Marina, que esa eres tú. Yo soy Tatiana, será mejor que no lo olvides.*

—*Dudo mucho que me permitas hacerlo...*

—*¡Correcto! Así que ni lo intentes.*

DOS

*Calle Ortega y Gasset
Barrio de Salamanca, Madrid*

—*Deja de mirarte al espejo, ¿me pones enferma!*

—*Que te calles ya.*

—*¡Porque tú lo digas! Si no te gusta lo que oyes, te jodes. Seguiré diciendo todo lo que me apetezca, cuando me apetezca, hasta que vuelvas a ser la Marina que yo conocía. La intrusa aquí eres tú, no te engañes. Me da vergüenza ajena ver cómo te comportas.*

—*Pues como muy bien has señalado, si no te agrada lo que hay, te aguantas. Esta soy yo ahora.*

—*Por encima de mi cadáver.*

—*No me tientes, que, si supiera que iba a funcionar, me hacía una lobotomía mañana mismo.*

—*Como si tu cerebro estuviera para aguantar más intervenciones, monina; ya lo tienes como un queso gruyer.*

Marina se llevó las manos a la cabeza para intentar acallar la voz que salía de ella y que, por mucho que el doctor Izquierdo dijera lo contrario, no sentía como su yo interno.

—*Sal de mi mente, Tatiana. —Solo se hablaba a sí misma en voz alta cuando estaba sola.*

—*Perdona, guapita de cara, ¡nuestra mente! No es solo tuya. Un buen pedazo me pertenece a mí.*

Rechinó los dientes y observó el reflejo que le devolvía el cristal durante unos minutos más, sobre todo para hacer rabiar a Tatiana, aunque también lo hacía porque apenas se reconocía en la imagen que le mostraba el espejo.

Los ojos tenían el color adecuado, marrón con puntitos verdes, pero estaban apagados, les faltaba chispa, viveza. No conseguía recordar cuándo había decidido teñirse el pelo de un color tan claro: su cabello natural solía tener un tono tostado, y ese rubio pajizo le parecía artificial, le daba un aspecto mortecino a su piel blanca y pecosa. Además, no era muy diestra en disimular el trasquilón que le habían hecho en el hospital varios meses atrás.

¿Y la cara? No quedaba nada de la cara redonda de costumbre. Estaba muy pálida, ni rastro de sus mofletes sonrosados; además, parecía como si los pómulos quisieran rasgarle la piel. La barbilla también se veía más pronunciada y el gracioso hoyuelo que la presidía casi había desaparecido por completo.

En cuanto al resto del cuerpo, igual que a la cara, le faltaba carne.

—*Estoy hecha un saco de piel y huesos —dijo a media voz.*

—*Eso es porque solo comemos lechuga. Estoy harta de decir que me muero de hambre. ¡Quiero zamparme un chuletón! O unos huevos con chorizo, un buen trozo de panceta doradita...*

La boca se le hizo agua, igual que cada vez que Tatiana proyectaba imágenes de comida grasienta ante sus retinas.

—¿Marina?

Apartó la vista del espejo y la dirigió hacia Violeta, la asistenta que le habían mandado de la agencia una vez que pudo volver a su casa desde el hospital. Era mucho más joven que la que había tenido antes del accidente y cien veces más parlanchina.

—Si no necesitas nada más de mí, me marcho ya.

—Sí, sí, no te preocupes. Si me has dejado la comida preparada, creo que me las apañaré bastante bien.

—Por supuesto. Tienes pollo al horno con verduras, como me pediste.

Marina se lo agradeció con un leve gesto de cabeza.

—Nos vemos mañana —se despidió Violeta—. ¿En qué vas a invertir toda la tarde?

—Ni idea. A lo mejor leeré un ratito; tengo mucha literatura atrasada, o la tenía antes de... del accidente.

—Me parece genial. Hasta mañana, Marina.

Al quedarse de nuevo sola, o todo lo sola que podía estar desde que la presencia insidiosa de Tatiana la acompañaba, la idea de coger un buen libro y devorarlo de una sentada se tornó poderosa en su cabeza.

—*Pues si me vas a obligar a leer, al menos que los protas echen unos cuantos polvos, ¿no?*

Solo por jorobarla de nuevo, se encaminó a la estantería donde guardaba los libros que, en otro tiempo, habían sido de su madre. Los había leído casi todos y en ninguno de ellos había polvos, ni nada que oliera siquiera a pasión. Pasó el dedo por los lomos mientras escuchaba el bufido de Tatiana en su cabeza. De repente topó con uno de los que había leído cuando apenas tenía quince años: *Aquel país lejano*, de Nevil Shute. Recordó que ya entonces le había parecido que estaba bastante desfasado, por lo que suponía que, casi veinte años más tarde, lo estaría aún más. Sin embargo, la sensación que ese libro le había dejado no la podía olvidar: después de la Segunda Guerra Mundial, la protagonista se marchaba lejos de su Inglaterra natal para buscar una nueva vida, nada menos que a Australia.

—*¿Ves? Esa era una de las cosas que no me gustaban de la antigua Marina. Si no hubiese sido por las horas que le dedicó a su trabajo, podríamos haber viajado un montón y ahora no estaríamos imaginando lo bonito que es Australia: lo sabríamos de primera mano. Y no solo Australia: América, Rusia, Berlín... Londres, aunque fuera.*

—He estado en Londres —se quejó Marina en voz alta.

—*Sí, por trabajo y a la fuerza. Fue impresionante la juerga que nos corrimos en la city. Apostaría algo a que no te queda ningún recuerdo de cuando estuvimos allí, y te digo desde ya que no es porque hayas perdido la memoria. Lo has olvidado porque no había nada mínimamente interesante que recordar.*

La voz de Tatiana enmudeció de golpe para reaparecer con más fuerza que nunca.

—*¡Vámonos! Vámonos, vámonos, vámonos, vámonos, vámonos.*

—No podemos irnos ahora, el caso...

—*Olvidate del maldito caso, casi te mueres por culpa del dichoso caso. ¡Vá-mo-nos!*

—Eso es lo que nos han contado, yo no creo que sea para tanto. Además, ¿a dónde quieres que vayamos? No puedo dejar el país, seguramente tendré que testificar.

—*No hace falta largarse lejos, solo quiero dejar atrás este agobio, el estar aquí metida, el no ver a nadie más que a esa chacha cotorra y a un médico tras otro. Me estoy poniendo cardiaca solo de pensarlo. ¡Quiero un cigarrillo, o mejor, un buen copazo!*

—¡No!

—*¡Vaya si lo quiero! ¡Lo sabré yo! ¡Quiero cambios, muchos! ¡Vamos a la peluquería!*

Marina cerró un ojo para concentrarse y pensar. Después torció el cuello hacia un lado.

—Eso sí podría hacerlo, ¿ves?

—*Bendito Dios, al fin me escucha. Una sesión de masaje, la manipedi y un buen cambio de look, eso es lo que necesitamos. ¡Sííí!*

La risa de Marina brotó jovial de su garganta. Era la primera vez que lograba ponerse de acuerdo con esa loca que se había instalado en su cabeza, y se alegró muchísimo por ello. Cuando Tatiana se enfadaba, le causaba un dolor de cabeza terrible.

—El comisario Fuentes está aquí. —Marina estaba sentada en un sillón, leyendo, cuando entró Violeta para comunicarle la llegada del policía—. Joder, me cuesta un montón reconocerte cada vez que te miro, chica; vaya cambio.

Marina sonrió y se pasó la mano por el pelo, cortísimo.

—Pues ahora que me he animado con este, igual haré algún otro.

—*¿En serio? Dime que te comprarás esos pantalones de animal print que vimos ayer en la tienda y que dejaremos de usar esa ropa de monja y te juraré amor eterno.*

Marina puso los ojos en blanco, pero ni se molestó en contestar a Tatiana.

—Tienes que darme el número de esa peluquera. Ese color chocolate es ideal y ¡el corte pixie! No sé cómo lo ha hecho, pero no se nota nada de nada la cicat...

Marina observó el cambio en el semblante de Violeta, que, en cuanto se dio cuenta de que había estado a punto de mencionar la cicatriz, enmudeció de golpe. Todos intentaban obviar el tajo que prácticamente le dividía el cráneo en dos. Aunque ella no le hubiera comentado nunca a nadie que eso la molestara.

—*Se moría de ganas de decirlo, la muy...*

—*No empieces, Tatiana. Violeta ha sido muy amable y se ha portado muy bien conmigo, a pesar de no conocerme de nada.*

—*¡Amable, dice! Yo también lo sería si me pagaran el pastón que le das a esa...*

—*Que te calles.*

—Dile que pase, por favor, Violeta —zanjó el tema.

En cuanto el hombre entró en la habitación, Marina tuvo que morderse los carrillos.

—*No me jorobes, si es que parece Pancho Villa. Pobre, creerá que ese estilo le sienta genial.*

—*Tatiana, por favor, no me hagas reír. Un día se dará cuenta del cachondeo y será muy bochornoso; es un buen compañero.*

Fuentes, el comisario de policía que se encargaba personalmente de su caso, era un tipo bajito, con el pelo muy negro a pesar de que ya no era joven; lucía unas patillas y un bigote ochenteros que a Tatiana la hacían partirse de la risa. Lo mucho que le costaba a Marina contenerse y no estallar en carcajadas delante de él era un esfuerzo que nunca nadie podría valorar.

—Buenos días, Marina. Me temo que no te traigo buenas noticias. —Se sentó en un sillón frente a ella y la miró con fijeza. Su postura relajada delataba la confianza que había entre ambos.

—No me digas eso, Hugo, que ya sabes que me asusto enseguida.

—La fecha de la vista se ha retrasado otros seis meses. Lo siento mucho.

—Eso no es ninguna noticia, es lo normal. No me extraña en absoluto.

—No entiendo que puedas mantenerte tan fría con el caso, Marina.

—*¿Me estás diciendo que has entrado así, a saco, para ver si conseguías asustarme?* —Sonrió de medio lado.

—Sí y no. Es que tengo la impresión de que no le das la importancia que deberías a este asunto.

—Atrapasteis al malo, ¿no?

—Sí, pero...

—Sigue en la cárcel, ¿no es así?

—Claro que sí.

—¿A qué debería temerle, entonces? No puede hacerme nada.

—Marina, estás demasiado serena. Estuviste a punto de morir. A veces no me pareces la de siempre.

—Ya lo sé, no paráis de decírmelo unos y otros. Supongo que el hecho de que no recuerde nada tendrá algo que ver. No es que lo suponga, es lo que dice el doctor Izquierdo. Ayer estuve en su consulta y pareció que se alegraba de que mostrara síntomas de *shock* postraumático.

El policía se rio con suavidad.

—¿Ya sabes cuándo vas a reincorporarte al trabajo? Te echamos de menos en la Audiencia, señora fiscal.

Marina negó con la cabeza. «*Señere fisquel, señere fisquel*», se mofó Tatiana.

—No creo que vuelva, Hugo. No sé si sería muy ético: entre todo lo que he olvidado, incluidas las leyes que pasé años estudiando, y que estoy relacionada con el caso, la verdad, no me parece bien. Por otra parte, necesito un cambio de aires. Yo tampoco me siento la misma, creo que antes tenía más coraje, más empuje.

—*Lo que yo te digo, que te has convertido en una adicta al buenismo. Si fueras la de antes, ¡morirías matando!*

—*Pues ya ves, morirme casi lo logro, pero lo de matar...*

—¿En qué estás pensando?

—No sé. Me gustaría instalarme una temporada en la costa. Dicen que el aire del mar es bueno para todo, ¿no? Yo lo único que quiero es recuperar la memoria, dentro de las limitaciones que sé que tengo, y parecerme todo lo posible a la Marina de antes.

—*Sí, ¡por favor, por favor, por favor! Vámonos a la playa, aunque haga frío, aunque nieve. Empezaré a tratarte con más respeto si me sacas de aquí, please, please, please.*

El comisario Fuentes torció levemente la cabeza, su cara parecía decir: «¿En serio?».

—Tengo muchas lagunas todavía, Hugo. Algunas cosas están volviendo, pero continuo sin acordarme de muchas otras. Estoy harta de oír que esta languidez no es propia de mí; quiero descansar, pero al mismo tiempo necesito revitalizarme.

—Sabes que mientras te quedes en Madrid puedo tenerte vigilada y segura, ¿dónde piensas instalarte? Mis brazos no son tan largos, no llegan a todas partes.

—¡Es que no necesito protección! Está en la cárcel, no puede hacerme daño. ¿Qué parte es la que no entiendes?

—Ese tío es muy malo, Marina. No me fio ni un pelo de él. Tú no te acuerdas, pero durante el juicio contra Javier Gutiérrez, dijiste un montón de veces que, aunque hubiese violado y matado a una chica, te daba más miedo el hermano que él.

—*Cállate, Pancho Villa, ahora que mi Marina se ha decidido a hacer algo divertido, no me fastidies el plan.*

—Pues si sospechaba algo de «este» Gutiérrez, se ha perdido, como tantos otros datos que he olvidado. No le des más vueltas; si no lo recuerdo, por algo será.

Fuentes se quedó un rato en silencio. Marina intuía que estaba cavilando la manera de seguir preocupándose por ella aunque hubiera salido de su radio de influencia.

—¿Qué te parecería Mallorca? —dijo al fin.

—¿Mallorca? Preferiría un lugar más tranquilo, sin tanto turista.

—Vayas donde vayas, cerca del mar encontrarás extranjeros. Uno de los hijos de mi hermana podría dejarte una habitación. Seguro que lo puedo arreglar.

—Quiero pasar lo más desapercibida posible. Si me instalo en casa de tu familiar, ¿quién le dirás que soy?

—No le diremos que eres la fiscal contra la que atentaron hace meses, y él seguro que ni se acordará de eso. Aunque haya oído hablar de ti, tienes un apellido muy corriente; no te relacionará con las noticias que salieron en televisión. Además, os haréis un favor mutuo. El chico necesita compañía a la voz de ya, y tú no estarías sola.

—*Vacaciones en Mallorca y encima en casa de un tío. ¡Dios! ¿Se puede pedir más? Pregúntale si está bueno; si te dice que sí, creo que voy a correrme del gusto.*

Marina resopló y Hugo malinterpretó su malestar.

—No vas a tener que cuidar de él, no te preocupes. Sabe cuidarse solito.

—No es eso, es que... Da igual. ¿Me dejas que lo piense un par de días?

—Por supuesto. Mantenme informado con lo que decidas. A lo mejor no es tan mala idea eso de que te relajés una temporada y te alejes de todas las malas vibraciones que se han asentado a tu alrededor.

Marina puso los ojos en blanco. ¿Malas vibraciones? No creía que fuera eso en absoluto.

TRES

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

No hacía más de dos horas que Álex se había acostado cuando despertó: había tenido otra vez la pesadilla, esa en la que estaba atrapado y no podía liberarse.

Ese maldito sueño se repetía con demasiada frecuencia últimamente y, aunque el escenario cambiaba a menudo, la situación era siempre la misma: él, encerrado en un armario, en un zulo, en una habitación blindada, lo que fuera, pero sin poder salir y con el corazón cada vez más acelerado. Miró su *smartwatch* y se dio cuenta de que, efectivamente, su pulso estaba alterado; el aparatito marcaba más de ciento sesenta pulsaciones por minuto, así que intentó respirar de forma acompasada para relajarse.

El ruido de las olas también lo ayudó bastante; se encontraba tan cerca del mar que parecía que rompían contra su cabecero. Eso era lo que más le gustaba de aquella casa: cuando se asomaba a la ventana, la espuma del agua le mojaba la cara, siempre que no estuviera en calma, claro.

De repente le pareció escuchar ruido en la parte delantera de la casa. Le extrañó bastante, porque no solía visitarlo nadie tan temprano. Era martes, y la gente que no iba a turnos, como él, trabajaba los martes. Pensó que a lo mejor era algún gato que había tirado una maceta de las que todavía sobrevivían al mal tiempo.

Continuó en la cama, pero con el oído atento; seguía percibiendo el movimiento de algo o alguien en la terraza. El ruido se desplazó hacia las persianas de la entrada: quien fuera que estuviera en las inmediaciones de su casa se había acercado a la puerta e intentaba entrar: estaban manipulando la manecilla con insistencia.

Bufando, se levantó al fin y se dirigió hacia el vestíbulo. Dio un tirón enérgico a la puerta de vidriera y gritó, más que habló, a través de las persianas cerradas.

—¿Quién anda ahí?

—¡Joder, Álex, qué susto me has dado!

—¿Que yo te he asustado? —preguntó enfadado al reconocer la voz de su hermano pequeño.

Giró la llave y abrió.

—¿Qué haces aquí, no deberías estar en clase?

Su hermano tenía diez años menos que él y, aunque se llevaban muy bien y eran muy amigos, a veces Álex tenía cierta tendencia a tratarlo como a un crío.

—He venido a verte. ¿Es que no puedo visitarte si me apetece? —Álex abrió la boca para contestar, pero su hermano lo hizo callar levantando una mano—. Ya sé lo que vas a decir, pero es que quería hablar contigo y ayer mamá mencionó que hoy no trabajabas...

—Ya, y, por lo que veo, obvió que no lo hacía porque salía de noche.

—Sí, eso también me lo dijo, pero sé que últimamente te cuesta dormir, así que... —Su hermano pequeño se metió en la casa, aunque no había sido invitado a entrar y a pesar de que Álex se había asegurado de mostrarle con su postura que no le apetecía tenerlo ahí.

—¿Insinúas que lo que tienes que decirme es tan importante que no puedes llamar por teléfono y ya está?

Mientras formulaba la pregunta, cerró dando un portazo. No le preocupaba tanto que su hermano hubiera faltado a clase (eso, al fin y al cabo, lo había hecho él también en su día) como que el siempre despreocupado Sito hubiera ido a propósito a verlo solo porque tenía algo que contarle.

—¡Ahí le has dado! —Aunque sonreía, su semblante mostraba un tinte de tristeza que a Álex no le gustó nada—. Invítame a un café o algo, ¿no?

—Tendrás que prepararlo tú. Yo me voy a la ducha a ver si puedo quitarme de encima este mal humor.

—Pues como tengas que rascarte la mala leche que calzas en los últimos tiempos, de ahí no sales hasta las ocho de la tarde —masculló Sito de camino a la cocina.

—¿Cómo dices?

Sito se señaló el pecho. Parecía avergonzado de que lo hubiera oído.

—¿Quién, yo? Nada, habrá sido el viento, el mar o algo...

Álex se encaminó refunfuñando hacia el baño. Se sentía como Gruñón, el enanito de *Blancanieves*, pero no podía hacer nada para remediar su estado de enfado perpetuo.

Al cabo de veinte minutos, ya se encontraba sentado a la mesa de la cocina frente a su hermano, con un café en las manos.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante que tienes que contarme?

Sito agachó la cabeza.

El teléfono comenzó a sonar antes de que el chico pudiera empezar a hablar. Álex bufó malhumorado; nada parecía irle bien aquel día. Tras mirar la pantalla, se rascó la nuca y respondió a la llamada.

—Dime, tío Hugo.

—Buenos días, chaval. Veo que no estás de mejor humor que la semana pasada.

—Pues no, la verdad, no lo estoy. ¿Necesitas algo?

—Lo cierto es que sí. Quiero que me hagas un favor muy grande, descomunal.

Álex, que había dejado de rascarse el cogote, se tensó. Su tío no solía pedirle favores, era más bien al revés.

—Si puedo, ya sabes que haré lo que sea.

—Poder, puedes, el tema es que quieras.

—Tío, ahórrate tu psicología barata, que nos conocemos.

Se oyó un resoplido a través de la línea telefónica y Álex puso los ojos en blanco.

—Una compañera mía del trabajo necesita un lugar para descansar y restablecerse de un accidente. Me gustaría que la hospedaras en tu casa.

—¡Acabáramos! —Su tono se había vuelto sarcástico—. Estoy un poco harto de vuestras triquiñuelas. No pienso meter a ninguna mujer en esta casa, por muy adecuada para mí que te parezca.

—No es eso, Álex, te juro que es un tema muy serio. No tiene nada que ver con los intentos de tu madre de buscarte novia para que se te quite ese humor de mierda con el que nos vienes deleitando.

—Es lo que intento decirte: no me soporto a mí mismo, ¿cómo quieres que meta a alguien en esta casa? Una mujer, para más señas. —Hablabla mirando hacia la mesa, sin querer fijarse en

nada en concreto.

—Lo sé, por eso he pensado que sería un arreglo muy conveniente para ti y para ella. Marina... ¿Cómo podría decirlo? Quiero que se quede contigo por si necesita protección en algún momento.

—Así que, ¿encima es alguien que todavía necesita más ayuda que yo? Tío, no cuido de la gente de esa manera, lo sabes.

—Pero sé que lo harás si llega el caso. —El silencio en la línea le indicó que su tío estaba buscando la manera de darle el puntillazo final—. No te causará problemas y, además, te hará compañía. Es una chica de tu edad, muy seria; seguro que os llevaréis de lujo.

—No necesito llevarme bien con nadie, estoy perfectamente yo solo.

—Por supuesto, no hace falta que te diga que si ella no se entera de que la estás vigilando, mejor. Anda un poco susceptible con ese tema en concreto.

—¿Estamos hablando de una víctima de violencia de género?

—No, en absoluto, pero es algo igual de peliagudo. Me temo que no puedo contarte nada. Secreto de sumario, ya sabes.

—¿No vas a explicarme a qué podría tener que enfrentarme?

—No. Si ella quiere contártelo, lo hará, pero de momento lo único que puedo decirte es que preferiría que se hospedara en un sitio donde pudiera vigilarla yo mismo.

Las cejas de Álex se elevaron.

—¿No te habrás enamorado, tío? —Esta vez sonó burlón.

—No es eso, gilipollas. Ya te he dicho que se trata de una compañera de trabajo a la que aprecio y que no se encuentra bien. Verás que el accidente le ha dejado lagunas en la memoria. Se pasó una buena temporada en coma. —Se mantuvo el silencio entre ellos durante unos segundos—. Te llamaré en unos días para informarte de cuándo tienes que ir a recogerla al aeropuerto.

—Tío Hugo, yo todavía no he... —El pitido intermitente de la línea le informó de que el hermano de su madre había colgado el teléfono sin siquiera despedirse de él.

Soltó el móvil sobre la mesa de la cocina con un golpe demasiado fuerte y se llevó las manos a la cabeza, renegando entre dientes. Le acababan de meter un gol por toda la escuadra. Nunca había sabido decir que no, aunque lo intentaba, y eso lo había conducido de un desastre a otro.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Sito.

—Me acaban de colocar a una desconocida en casa. Pero apenas puedo contarte nada más; el tío, como siempre, se ha limitado a decirme menos de lo que debería saber.

—Pues vaya marrón. ¿Quieres que me traslade aquí una temporada y así no se te hace tan pesado el encargo?

Álex levantó la cabeza y entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿Te crees que nací ayer, macho?

Sito chasqueó la lengua.

—Ahí he estado poco sutil. Joder, es que ya no sé cómo convencerte de que me dejes vivir aquí contigo; me aburro un huevo en casa, con los papás.

Álex se puso a revisar los mensajes de su móvil sin hacer caso de las payasadas de su hermano, hasta que al cabo de un rato lo oyó resoplar.

—¿No te gustaría entrenar un poco?

—¿No habías venido para contarme no sé qué?

Sito se removió inquieto en la silla. Álex, que lo conocía muy bien, decidió concederle una tregua y aceptó su proposición; ya habría tiempo para hablar cuando volvieran de la excursión que se le acababa de ocurrir.

—¿Has traído ropa de deporte o tengo que prestártela también?

Cuando llegaron a la ermita de Betlem, la respiración agitada de ambos y el sudor que perlaba sus cuerpos evidenciaban la hora que llevaban corriendo por la montaña.

Se dirigieron al manantial que brotaba de la roca, cerca de la cueva de Na Bernadeta, y bebieron con moderación.

Sito se apoyó en la mesa de piedra que los excursionistas solían usar para comer y miró a su hermano.

—Ayer Érika y yo nos saltamos un par de clases en la uni.

—Ni que eso fuera algo nuevo.

—Vi a Tere en el campus —barbotó como si las palabras le quemaran la lengua.

Álex se envaró al oír el nombre de su exnovia.

—¿Acompañada por su catedrático?

—No, iba sola. Me vio e intentó esquivarme, pero no se lo permití.

—¿Por qué no? ¿Qué le dijiste? Espero que no le hablaras de mí. No quiero que sepa que sigo hecho polvo. —Álex se sentía enfurecer por momentos. Las endorfinas que el deporte había generado en su organismo desaparecieron de un plumazo.

—No le hablé de ti. No hizo falta. Vio la decepción en mis ojos y no necesitó que le echara nada en cara. Hasta tuve que frenar a Érika para que no le diera dos tortazos, como pretendía. — Suspiró y, cuando parecía que no diría nada más, añadió con la voz cargada de pena—: Está embarazada, Álex.

CUATRO

*Aeropuerto de Son Sant Joan
Palma, Mallorca*

Hugo le había mandado a Marina una foto de su sobrino para que pudiera reconocerlo cuando fuera al aeropuerto a recogerla. Desde que la había recibido, Tatiana se encontraba en un estado de euforia y excitación que le producía un desasosiego constante.

—*Es que está buenísimo, tía. Te juro que me voy a desquitar del tiempo que hace que estamos en dique seco. En esta escapada nos vamos a hartar de follar, y empezaremos por tirarnos a nuestro casero, ¿vale?*

—*¡No, no vale! Ni nos vamos a desmelenar ni nos vamos a tirar a nadie, y mucho menos a un chico que nos va a alojar en su casa y que, para más inri, es el sobrino de uno de nuestros amigos más queridos.*

—*No me molan nada tus planes, en serio.*

Marina se concentró en buscar a Álex por la terminal de pasajeros. Recordar esas conversaciones la ponía tan nerviosa como en el momento en que se habían producido. Se puso de puntillas para ver si conseguía divisar a alguien que pudiera estar buscándola. El avión había aterrizado con diez minutos de antelación y no había nadie esperándola cuando salió de la zona de recogida de maletas. En esos momentos, la puerta de llegadas estaba bastante concurrida y, para acabar de arreglar el asunto, frente a ella había un hombre alto que le daba la espalda y le obstaculizaba la visibilidad.

—*Si no lo conocemos, ¿por qué piensas que lo vas a distinguir entre la gente?*

—*Con la foto que nos mandó Hugo no tiene que ser difícil, digo yo.*

—*Uf, sí, ESA foto.* —Marina pudo imaginar cómo Tatiana clavaba los dientes superiores en el labio inferior, con obscenidad—. *Qué ganas tengo de pasármelo por la piedra.*

—*¡Tatiana! Que no he venido aquí para pasarme a nadie por la piedra. He venido a descansar y a relajarme. Joder, qué equivocado está el doctor Izquierdo, ¿cómo puede ser mi voz interior tan ordinaria?*

—*Si que está equivocado, yo no soy tan pacata. ¿Cómo voy a ser yo la misma persona que tú?*

El teléfono empezó a sonar y Marina se apresuró a buscarlo en su bolsa. La llamada entrante procedía de un número desconocido y estuvo a punto de no descolgar. Fuentes había insistido, al menos un millón de veces, en que no lo hiciera si no estaba segura de conocer a quien la llamaba, pero algo, no supo qué, la empujó a hacerlo. Quizás el policía le había dado mal el número de su sobrino, o quizás simplemente fuera un comercial que quería venderle sus productos; lo que tenía claro era que no estaba dispuesta a sentir miedo siempre ni a que se lo hicieran sentir.

—*¿Diga?*

—*Hola, soy Sito, el hermano de Álex. He venido a recogerte, pero no te veo.*

Respiró hondo al darse cuenta de que se había preocupado por nada. Tendría que hablar seriamente de eso con su amigo policía.

Frente a ella había un chico alto con un teléfono pegado a la oreja; le daba la espalda, pero justo en ese momento se volvió. Se pasaba la mano libre por el pelo y en su rostro se dibujaba una mueca de aflicción.

—*Joder, es ese, seguro. Es idéntico al tío de la foto que nos dio Pancho.*

Marina se mordió los carrillos.

—Voy a levantar una mano, a ver si me localizas.

Vio cómo se dibujaba una ancha sonrisa en el rostro juvenil y se la devolvió de inmediato.

—Creo que no va a hacer falta, te tengo.

Ambos bajaron la mano en la que sostenían el móvil y Sito se acercó a ella.

—Bienvenida, Marina.

—Gracias, ¿Sito? Esperaba a ¿Álex?

—Sí, pero mi hermano me ha pedido que te recogiera yo; él tenía algunas cosas que hacer en casa. Espero que no te importe.

—No, no. No pasa nada. Solo faltaría.

—*A este también me lo quiero tirar, ¡pero si es un cachorrito precioso! Madre mía, ya estoy viendo que me pondré las botas. Un trío con dos hermanos buenorros, eso es lo que necesito. Nada más.*

—*¡Tatiana, te lo advierto! Como no pares de hacer esos comentarios, nos volvemos a Madrid.*

Se pusieron en camino hacia el coche. Sito quiso ayudarla con la maleta, pero solo era una y no muy grande, por lo que Marina se lo impidió.

—Solo faltaría que tuvieras que cargar con mi equipaje, encima que has tenido que venir a buscarme.

—Me ha encantado que mi hermano me mandara a recogerte, en serio. Lo que no entiendo es que no hayas venido en barco para traer tu propio coche. ¿No te advirtió el tío Hugo de que la comunicación entre Betlem y el resto del mundo es bastante pobre?

—Pues no, lo siento. Además, no tengo coche y hace siglos que no conduzco. No sé si me acordaría de algo de lo que el profesor de la autoescuela se empeñó en enseñarme.

—Hazte a la idea de que tendrás que aprender de nuevo. El pueblo al que voy a llevarte es muy bucólico y un lugar estupendo para descansar, pero no es el mejor sitio en el que quedarse sin un medio de transporte propio a mano.

—*Dile que sabes montar a caballo, en bici... Que lo montaremos a él si quiere.*

—*¡No puedo más, Tatiana, me estás volviendo loca! ¡Cállate! Suficiente tengo con lo que tengo. Te lo prometo: lo de la lobotomía iba en serio, a ver si desapareces de una vez por todas.*

—*No pienso ir a ninguna parte, estaré aquí para siempre, acompañándote. O al menos hasta que me parezca que puedes conducirte sola por la vida de nuevo.*

Marina se llevó la mano a la cabeza y resopló irritada. Tenía que relajarse; cuando lo hacía, Tatiana también se tranquilizaba.

—Sí, está un poco guarro, lo sé. —El chico parecía atormentado—. Pero es que he tenido exámenes y no me he entretenido en adecentarlo.

—¿Perdona?

—El coche, que no está muy limpio, lo siento.

Marina no sabía a qué se refería, ni siquiera sabía si Sito había seguido hablando mientras ella se peleaba con Tatiana, así que se limitó a sonreír de nuevo y apoyar la cabeza en el asiento.

Llegaron a su destino y Sito bajó del coche, que rodeó para ayudar a Marina a apearse. El lugar al que la había llevado estaba completamente a oscuras. No parecía haber nadie en esa casa, un poco apartada de las demás.

—Ten cuidado: el camino suele estar despejado, mi hermano es muy cuidadoso con eso, pero no sería difícil caerse.

Marina le agarró la mano con fuerza. No es que sintiera miedo, pero no le gustaba la idea de acabar con sus huesos en el suelo. Por otra parte, esa casa no tenía aspecto de estar habitada, no era precisamente acogedora.

—¡Álex!

Nadie contestó.

Llegaron hasta la puerta de entrada y Sito abrió una de las persianas.

—Tiene que estar cerca, no ha echado la llave —hablaba con cierta preocupación en la voz—. ¿Por qué no tiene ni una puñetera luz encendida? ¡Nos vamos a matar!

—¿A dónde cojones nos ha mandado Pancho Villa? Esto parece la casa del terror. No sé a ti, pero a mí no me apetece nada de nada quedarme en esta cutrez de chalet.

Una vez dentro, Sito le soltó la mano. Los ojos de Marina se iban acostumbrando a la oscuridad y pudo ver cómo el chico tanteaba la pared en busca de un interruptor. De repente oyó: «Al fin te tengo, ¡jodido interruptor!», y la luz inundó todos los rincones de la estancia.

Se hallaban en un comedor amueblado con una mesa grande, rodeada de muchas sillas, y un aparador que mostraba una vajilla pulcramente colocada junto a una gran cantidad de vasos. Al fondo, en la misma sala, había dos sofás y un mueble bajo con un televisor que parecían de factura mucho más moderna que la mesa y el aparador.

Sito desapareció por un pasillo a su izquierda llamando a su hermano.

Ella se dirigió hacia los sofás con cierta aprensión. Una puerta al fondo daba a la cocina, que se veía iluminada por la luz de la sala-comedor donde se encontraba.

Se asomó; en la cocina había otra mesa mucho más pequeña que la del comedor, y sobre ella, vio un bulto inerte que se parecía mucho al tronco y la cabeza de una persona.

—¡Joder! ¿A que va a estar muerto? ¿No te digo yo que hemos ido a parar a la mansión del terror?

—¡Sito! —llamó, con la cabeza vuelta hacia el pasillo por el que había desaparecido—. He encontrado a alguien, creo que se ha dormido.

En cuatro zancadas Sito estuvo a su lado y entró en la habitación. Se apresuró a encender la luz.

Álex estaba sentado en una de las sillas con el cuerpo derrumbado sobre la mesa. Cerca de él había tirada una botella de *whisky* prácticamente vacía.

—Bueno, le gusta la marcha. Como mínimo no es un muermo como tú.

—Mierda, mierda, mierda —exclamó Sito acercándose deprisa a él—. ¡Álex! ¡Álex! Pero ¿qué has hecho, hombre? ¿No ves que esto no te va a solucionar el problema?

Casi gritaba al oído de su hermano, que ni se inmutó.

—¿Crees que está en coma? —le preguntó a Marina con un punto de histeria en la voz.

—¡*Wejame en paa!* —balbuceó Álex en ese momento.

—Nop, *en coma no; como una cuba...* see.

—Parece que no, pero no le falta mucho.

—¡Ayúdame a levantarlo! Voy a meterlo en la bañera con agua bien fría, a ver si se le pasa la mona.

—No creo que a él le guste demasiado esa idea.

—Y a mí no me gusta verlo en este estado. —Levantó a Álex de la silla y pasó la cabeza por debajo de uno de sus brazos.

Entre los dos lo arrastraron al baño; era un chico grande y no ayudó en absoluto, era como trasladar un muerto.

Sito empezó a desnudarlo y a Marina se le fueron los ojos detrás de cada parcela de piel que quedaba al descubierto. Vestido, le había parecido adivinar que era un hombre fuerte, pero sin ropa era como estudiar un cuaderno de anatomía humana. Cada uno de sus músculos estaba definido; la famosa tableta de chocolate se le dibujaba a la perfección en el estómago. Ahora entendía por qué les había costado tanto a Sito y a ella trasladar a esa mole de pura fibra desde la cocina hasta ahí.

Cuando solamente le quedaban los calzoncillos, Marina consideró que era hora de salir del baño.

—*Ni se te ocurra irte ahora. Con lo que abultan esos gayumbos, yo quiero ver lo que sea que haya debajo.*

—¿A dónde vas? —Sito resoplaba por el esfuerzo—. No lo voy a poder meter dentro de la bañera si tú no lo agarras por los pies.

—Si pretendes que te ayude, será mejor que no le quites la ropa interior.

—¡Oh, venga ya! No me irás a decir que no has visto a ningún tío en pelotas.

—¡Claro que sí! A más de uno, pero ahora mismo no tengo la necesidad de ver a otro. Seguro que cuando lo metamos en el agua se va a cabrear, no creo que un calzoncillo mojado haga la diferencia.

—Pues no se lo quitaré, pero ven aquí y échame una mano, que si no, voy a partirme la espalda.

Marina se acercó a ellos de nuevo. Álex era un espectáculo digno de contemplar; Sito lo sujetaba a duras penas. En esos momentos le pareció que tenía ante sí a un semidiós: uno que se había quedado inconsciente después de una bacanal, pero un semidiós, al fin y al cabo.

—*Es que está para mojar pan. No me canso de que lo mires.*

Aunque tuviera el cuerpo flácido por la embriaguez, era evidente que estaba musculado. Su vista se dirigió de inmediato, y sin poder remediarlo, hacia la parte baja de su estómago, donde nacía una línea de vello que se perdía en el interior del bóxer.

—*Si le hubieras dejado que se lo quitara, ahora no estaríamos contemplando solo un paquete bajo la tela. Eres una reprimida.*

Sito eligió ese preciso instante para gritarle que se diera prisa. El bochorno por haber sido pillada en falta le tiñó de rojo las mejillas, la frente y hasta el cuello.

Fijó la mirada en la cara de Álex. Era muy guapo: con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios, parecía que se reía de sus esfuerzos por introducirlo en la bañera.

—*La cara, no, la cara, no; lo que nos interesa es lo otro, tía. La polla. El pene. ¡¡El aparato!!*

Marina gruñó a Tatiana con inquina:

—*¿No puedes ser más ordinaria?*

—*«¿Ne puedes ser mes ordinarie, ne puedes ser mes ordinarie?»*

—¡A la de una, a la de dos y a la de tres! —cantó Sito para asegurarse de que coordinaban esfuerzos. No sirvió de nada, y la cabeza de Álex acabó golpeando la bañera con un sonoro «dong» que a Marina le dolió en el alma, pero él ni se inmutó.

En cambio, cuando al fin consiguieron meterlo en la tina y el agua helada entró en contacto con su piel, abrió unos ojos como platos y empezó a revolverse y soltar tacos.

Si a Sito los movimientos bruscos de su hermano lo pillaron por sorpresa, no se le notó en absoluto. Lo tenía agarrado con fuerza y no dejaba que saliera de la bañera.

—¡Basta, basta! ¡Cierra el agua, está helada!

—Esto te enseñará a no hacer tonterías. Además, te la estaba guardando desde hace cuatro años. Yo no he vuelto a emborracharme; a ver si tú también aprendes y haces lo que predicas.

Marina se sintió utilizada cuando vislumbró una sonrisa maliciosa en la cara de Sito. Salió del baño y dejó que los dos se apañaran solos.

—*Me caen bien esos hermanos, nos lo vamos a pasar bomba.*

Al cabo de un buen rato, Sito se acercó a la sala. Marina se había sentado en uno de los sofás y ojeaba un libro que había sacado del bolso y en el que no podía concentrarse por mucho que lo intentara.

—No estaba tan borracho como pensábamos, con el agua se ha despejado bastante. Ahora se está vistiendo.

—Ya —dijo Marina entrecerrando los ojos—. Lo que tú querías era meterlo en la bañera para vengarte de él. Igual con un café cargado hubiésemos conseguido lo mismo.

—¡Lo mismo, no! Lo que yo me he divertido no me lo quita nadie.

Marina negó con la cabeza. Si no hubiese sido por la vergüenza que había pasado, la situación le habría parecido divertida también a ella.

Álex apareció en aquel momento arrastrando los pies.

—¿Te apetece un café cargadito? —preguntó Sito con retintín mientras se dirigía a la cocina.

—Vete y déjame en paz —gruñó su hermano, que no parecía para nada sereno.

Se sentó en el otro sofá, el que quedaba frente al que ocupaba Marina; no parecía haber reparado en ella. Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

—Venga, Álex, tienes que despejarte. He traído a Marina, ¿qué va a pensar de su anfitrión?

El hermano mayor levantó la cabeza, no sin hacer un gran esfuerzo, y miró perplejo en dirección a la puerta desde donde salía la voz de Sito.

—¿Que has traído a quién para qué?

—¡Marina, Marina! —insistió el pequeño—. Esta mañana me has pedido que fuera a buscarla al aeropuerto. ¿Cuántas neuronas te habrá matado ese *whisky*, tío?

—Y ¿pretendes que se quede aquí, conmigo?

—Sí.

—Entonces, ¿es que estás más borracho que yo!

—Cállate, ¡que va a oírte! —dijo Sito, saliendo de la cocina con una taza enorme, llena hasta el borde de café, y riéndose entre dientes.

Álex lo miró sin un ápice de alegría en la cara. Marina bajó la cabeza, avergonzada.

Sito le entregó la taza a su hermano y se sentó a su lado.

—Marina, no te preocupes. Álex te va a acoger, lo que pasa es que todavía está cabreado conmigo por haberlo duchado con agua fría y lo está pagando contigo.

Sentados uno al lado del otro, parecían gemelos, si no fuera por la mala cara del mayor, que contrastaba con la sonrisa luminosa del pequeño.

Ambos tenían el pelo castaño, y se notaba a la legua que Álex se lo había cortado hacía poco. El peinado *mohawk* le daba un aspecto tan salvaje que hacía gritar a Tatiana de gusto. Sus ojos eran del color de la miel y tenía la nariz algo aguileña. Para rematar el cuadro, en la oreja izquierda llevaba un pendiente negro y plano. Marina se mordió los labios pensando cómo sería

tener ese lóbulo en la boca.

—*¿Te he dicho ya que me lo quiero comer de la cabeza a los pies?*

Se imaginó a su *alter ego* relamiéndose y frotándose las manos, y tuvo que mover la cabeza para ahuyentar esa imagen diabólica.

Los dos hermanos lucían una barbita de varios días. Eran unos chicos muy guapos. Sito sonreía de una manera que a Marina le quitaba el aliento, por mucho que lo considerase un crío; eso la llevó a pensar que ver sonreír a Álex tenía que ser, cuando menos, turbador.

—Yo no quiero molestar —dijo ella—. Ya buscaré algún sitio donde pasar la noche —titubeó mientras se levantaba del sofá.

—*¿Cómo que nos largamos? No, no y no. Me encanta este sitio, y los chicos están buenos que te cagas. No nos vamos a ninguna parte.*

—*¿No ves que no nos quiere aquí? Además, no hace ni media hora decías que no te gustaba nada el chalet.*

—Por supuesto que no irás a ningún sitio. ¿Verdad, Álex? —Las palabras de Sito la sacaron de su trance.

—Mira, Sito, a mí ya me parecía que Hugo no había pensado con detenimiento eso de que viviera con él —dijo Marina señalando a Álex—. Lo mejor será que me vaya y busque una pensión o algo.

La risotada de Álex retumbó en la sala.

—*¿Una pensión? ¿En Betlem y en esta época del año?* —añadió con acritud—. Eso me gustaría verlo.

—Álex, deja de una vez de ser tan jodidamente desagradable —lo reprendió Sito—. Y tú, no seas cabezona. Esta noche te quedarás aquí. Si mi hermano te da miedo, puedo quedarme yo también, hay habitaciones de sobra...

—Sí, claro, y mañana ponemos un cartel que diga: «Pensión Álex». ¡No te jode!

—*Te juro que me encanta, Marina. Si no te lo tiras tú, me lo tiro yo.*

CINCO

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

Álex sentía la cabeza como si le fuera a explotar cuando abrió los ojos por la mañana.

Recordaba vagamente que su hermano lo había metido en la bañera y que le había preparado café, pero no estaba seguro de si lo había soñado.

Intentó concentrarse en lo ocurrido el día anterior, pero no pudo porque los elefantes que le estaban machacando el cerebro no acababan de quedarse quietos.

Pensó que lo mejor sería levantarse y darse una ducha, pero no le alcanzaban las fuerzas ni el coraje.

«Tere está embarazada. Tere está embarazada de otro. Tere está con otro que la ha dejado embarazada. Tere va a tener un hijo y no será mío...».

Esos pensamientos lo habían acompañado durante la última semana. El día anterior no había podido más y había llamado a su exnovia.

—¿No eras tú la que decía que no quería tener hijos? —le había espetado en cuanto hubo descolgado el teléfono.

—Hola, Álex. Tenía que haber sabido que te enterarías tarde o temprano. Siento no haberte llamado para decírtelo yo misma.

—Ese niño debería haber sido mío, Teresa. No es que no quisieras ser madre, lo que no querías era que yo fuera el padre.

El silencio en la línea lo había golpeado tan fuerte que se balanceó sobre sus pies.

—Quien calla otorga, ¿no es cierto?

—Tengo que colgar, Álex. Siento de veras que hayas tenido que enterarte por otros; adiós.

Entró de nuevo en el bucle de pensamientos desagradables tras rememorar la conversación.

«¡Basta! —se gritó a sí mismo—. No es tuyo, es del catedrático; lo prefirió a él. No te quería lo suficiente. ¡Basta, basta, basta!».

Hizo amago de levantarse; no podía estar compadeciéndose toda la vida por algo que ya no tenía remedio, se dijo. Pero no se movió.

Un ruido procedente de la cocina lo sacó de golpe de la autocompasión.

—¿Quién anda ahí? —gritó, una milésima de segundo antes de darse cuenta de que era una pésima idea.

El ruido cesó y unos pasos se dirigieron decididos hacia la puerta de su habitación.

—¡Veo que el señor se ha despertado!

—Y yo veo que no te había soñado —contestó con la voz pastosa.

Sito soltó una sonora carcajada, como hacía tan a menudo.

—¡No, no me soñaste! Fue divertidísimo meterte en la bañera. Lo volvería a hacer, así que procura no comportarte de nuevo como un imbécil, ¿vale, chaval?

Álex miró a su hermano intentando ingeniar una respuesta hiriente, pero decidió que no valía la pena el esfuerzo.

—¿Tú no piensas ir a clase nunca más? —preguntó al fin mientras ponía los pies en el suelo.

—No podré ir mientras tú no te comportes. Además, las clases ya han acabado; tengo quince días de vacaciones hasta que vuelvan a empezar. —Después, se sentó en la cama y, abandonando el tono jocoso, preguntó—: ¿Cómo lo llevas?

Álex lo miró elevando las cejas. En su cara podía leerse claramente la interrogación implícita; aun así, contestó:

—¿No lo has visto con tus propios ojos? ¿Hace falta que te lo diga?

—¡Joder, Álex! ¿En serio lo merece?

—Parece que sí.

—No, no lo parece. Tú te has empeñado en demostrar al mundo que no hay vida después de ella. Pero no creo que lo merezca. Lo merecería si se hubiese portado bien contigo; lo merecería si hubiese sido consecuente con lo que predicaba y no se hubiese quedado embarazada; lo merecería si no...

Álex puso fin a la diatriba de Sito levantándose de la cama y dándole la espalda a su hermano.

—Sito, no estoy para sermones. Si quieres quedarte por aquí, hazlo, pero mantén la boca cerrada.

Se dirigió al baño, pero estaba cerrado por dentro.

—Ayer no estabas solo. —No fue una afirmación y tampoco una pregunta.

—Si no recuerdas a Marina es que anoche estabas peor de lo que pensaba.

Álex siguió a su hermano a la cocina, se sentó a la mesa y ocultó la cara entre las manos.

—¡Tampoco estoy para visitas! —se lamentó.

—Álex, ¡escúchame! Puedo entender que estés hecho polvo, creo que también puedo entender tu mala leche, pero le prometiste al tío Hugo que te harías cargo de ella, así que haz el favor de comportarte como una persona y no como un ogro.

—Tú podrás entender lo que te dé la gana, ¡pero yo tengo derecho a cambiar de opinión! —Elevó considerablemente el volumen de su voz.

—¡No hace falta que me grites! Y que yo sepa, nunca has faltado a tu palabra. No creo que quieras empezar a hacerlo hoy.

En esos momentos oyeron cómo se abría la puerta del baño y los dos callaron de inmediato.

Su invitada apareció en la cocina. Cuando sus ojos se encontraron, la chica alzó la barbilla con altivez.

—Sito, tú has sido muy amable conmigo. Te lo agradezco muchísimo, pero está claro que no soy bien recibida. Como dije anoche, si molesto, prefiero marcharme. —Su voz sonaba segura e imperiosa.

—¡Eso ni lo sueñes! Te quedarás aquí el tiempo que quieras. El maleducado que ha usurpado el cuerpo de mi queridísimo hermano no se va a oponer, ¿verdad, Álex? Contesta si me oyes, estás donde estés.

Sito lo miraba con el ceño fruncido, pero Álex pasó de él, se levantó de la mesa renegando y salió de la cocina. Seguía oyendo cómo Sito vomitaba palabras sin pensar mientras se dirigía de nuevo a su habitación.

—Está muy enfadado, pero no es contigo. Es con el mundo en general. Se le pasará. Eres amiga del tío Hugo, y solo por eso tienes derecho a quedarte en esta casa. Aunque lo hagas por la patilla. Sin querer ofender, ¿eh?

Supuso que a Marina no le habrían sentado demasiado bien las palabras de su hermano, por lo que Álex se apresuró a añadir:

—Sito nunca quiere ofender, pero no tiene filtro. Dice lo que le parece cuando le apetece, sin

pararse a pensar si quien lo escucha se sentirá herido. —El comentario los pilló a ambos por sorpresa, a tenor del silencio que siguió a sus palabras.

Sito salió de la cocina tirando de la chica; le guiñaba un ojo al tiempo que hacía la señal de la victoria con los dedos.

—Anda que no eres gilipollas ni nada —le espetó. Esperaba que su postura, con los brazos cruzados, no indujera a ninguno de aquellos dos a hablar más del tema.

Su hermano le hizo una señal con la mano para que continuara hablando y se dio cuenta de que no se saldría con la suya tan fácilmente.

—Siento mucho haber sido tan brusco. Puedes quedarte, pero me temo que no seré una compañía muy agradable.

Marina hizo una pequeña inclinación de cabeza para darle las gracias. No parecía muy convencida de que estuviera hablando en serio.

—Te lo agradezco mucho —exclamó al fin—. Procuraré no ser una molestia.

Álex asintió una vez y se volvió a su habitación con la intención de seguir durmiendo.

Se despertó al cabo de unas horas para descubrir que su dolor de cabeza no solo no había desaparecido, sino que se había intensificado hasta límites insospechados.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse de la cama y se vistió con lo primero que pilló: unos vaqueros rotos y una camiseta que ya casi era transparente de tanto lavarla.

De camino a la cocina, le pareció oír una voz de mujer y le costó unos segundos recordar quién estaba en su casa. Bufó ante la idea de tener a una desconocida pululando por sus dominios y se acordó de todos los antepasados de su tío.

—Te he dicho que no pienso despertarlo. No está muerto, está durmiendo la mona que pilló anoche.

Álex se preguntó si Marina habría dejado entrar a alguien más en la casa y de inmediato se perfiló ante él la idea de una temporada muy larga con el chalet lleno de mujeres cotorreando y metiéndose en su vida.

—¿Quieres, por favor, dejarme un rato en paz? Estoy intentando leer, y paso de ti y de tu compañía.

Tuvo que hacer un esfuerzo por mantener las cejas dentro de su cara al oírla. La tía era casi tan maleducada como él, no obstante, seguía sin gustarle la idea de que hubiera invitado a otras personas sin siquiera pedirle permiso. Le iba a decir cuatro cosas bien dichas, aunque tuviera visita.

Entró en la sala y se extrañó al encontrarla sola con un libro en el regazo. Parpadeó varias veces para asegurarse de que sus ojos no lo engañaban, hasta que se dio cuenta de que Marina había estado hablando sola.

—Buenas tardes. Estaba discutiendo conmigo misma si debía despertarte o no.

Álex prefirió no decirle que la había oído. Sonaba demasiado raro, incluso en su mente.

—No hará falta —respondió escueto—. ¿Se ha ido ya mi hermano?

—Ha comentado algo de que quería ir a hacer pesca submarina.

Álex entrecerró los ojos y se dirigió hacia la puerta delantera. Salió a la terraza y vio que la cochera estaba abierta.

—¿Cuántas veces le tendré que decir al niño ese que no toque mis puñeteras cosas? —masculló mientras se cercioraba de que sus temores se habían hecho realidad.

Sito había dejado la puerta del garaje abierta y, para no variar, todos sus cachivaches de pesca

estaban revueltos. Le molestaban mucho ese tipo de cosas, pero no había manera de que le hiciera caso. Cuando volviera, le iba a dar un par de collejas. Eso lo sabían hasta en la China Popular.

Al girarse para entrar en la casa de nuevo, se topó con Marina, que lo miraba con algo demasiado parecido al estupor reflejado en la cara. Mejor; no quería establecer una relación de ningún tipo con ella. La vigilaría, como le había prometido a su tío, pero guardando las distancias.

Se la quedó mirando: llevaba el pelo corto pero con el flequillo largo, como si quisiera ocultar parte de su cara. Tenía unos bonitos ojos almendrados y una naricilla muy graciosa; su boca, sin embargo, era grande en proporción al conjunto. Tenía aspecto de duende, o de hada; «se parece a Campanilla, la de *Peter Pan*», pensó. De hecho era igual de menuda: le llegaba apenas a la barbilla, y eso que él se encontraba un poco más abajo; sin los diez centímetros que le otorgaba el escalón del portal, seguro que no le llegaba ni hasta el pecho. Estaba demasiado delgada. No era para nada su tipo. Al menos estaba claro que no sentiría la tentación de «jugar» con ella, se dijo.

—Mi tío Hugo no me ha dicho el tiempo que piensas quedarte por aquí.

—No lo sé todavía, todo dependerá de cuánto me aburra y de lo que vaya... —calló de golpe y a Álex le pareció que elegía con mucho cuidado las palabras— recordando —soltó al fin—. Pero dije en serio que podía buscarme otro sitio para vivir si te molesto. Tu tío insistió mucho para que viniera a esta casa, contigo, pero podemos pasar de él. Se preocupa demasiado por mí y por la situación que he vivido; pensó que el hecho de que fueras enfermero era algo que yo debía considerar, aunque prefiriese estar sola.

Así que Hugo había sido fiel a su palabra y no le había dicho a Marina que a él le había encargado una misión bien distinta. Le había prometido a su tío que la cuidaría, sí, pero de una forma diferente a la que ella se imaginaba.

—No tengo ningún problema con el hecho de que vivas aquí, pero eso no significa que vayamos a ser amigos. —Su tono era serio, quería aclarar ese último punto—. Y soy matrón, matrón, no enfermero. —Se acercó a la puerta, esperando que ella le franqueara el paso, pero parecía que se había quedado petrificada.

—¿Matrón? ¿Como una matrona, pero en chico?

—Sí.

Marina cabeceó con los labios apretados, como hacía mucha gente al descubrir que se dedicaba a un oficio reservado durante siglos a las mujeres.

—¿Algún problema con eso?

—No, no —contestó ella. Su cara burlona había desaparecido de un plumazo—. Me parece genial. Solo que...

—¿Qué? —Álex empezaba a perder la paciencia. Allí, de pie, y sin poder entrar en su propia casa por culpa de aquella mujer.

—Eres enorme. Me parece una profesión que no te pega para nada.

Iba a contestarle alguna bordería, pero el ruido de un coche accediendo por el camino de grava lo impidió.

—Lo que me faltaba —exclamó Álex tapándose la cara con ambas manos.

SEIS

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

La llegada de los padres de Álex y Sito puso la casa patas arriba. Esperanza era exactamente igual que su hermano Hugo, pero en mujer: bajita, morena y con los ojos negros y redondos.

—*Mucho más moderna, ¡ande vas a parar! Como mínimo no se ha quedado estancada en los años ochenta, como ha hecho Pancho.*

Sergio, en cambio, era como sus dos hijos. Eran copias perfectas unos de los otros, con la salvedad de los años que separaban la fecha de nacimiento de cada uno. A Marina la fascinó descubrir que verlos a los tres juntos era como ver evolucionar a una misma persona a través del tiempo.

En lo único en lo que no coincidían era en el humor. Mientras que Sito y su padre se pasaban el día con el semblante alegre, aderezando las conversaciones con risas y burlas, Álex permanecía más serio que un puñado de políticos tras perder las elecciones.

—*Es que no se ríe ni para atrás. ¿Ves como tenemos que tirárnoslo? A este chico lo que le hace falta es un buen revolcón.*

—*¡No te escucho!*

Marina y Esperanza estaban en la terraza. Los hombres se habían atrincherado en la cocina para preparar la cena. Hacía solo unos minutos que Sito se había acercado con dos copas de vino y unas aceitunas: «Para que vayáis abriendo boca», había dicho. Las había mirado a las dos con una de sus espléndidas y atractivas sonrisas iluminándole la cara, y había vuelto con su padre y su hermano a encargarse del pescado que se asaba en el horno.

Cuando Esperanza se dio cuenta de que Marina sonreía tontamente, en respuesta al gesto de su hijo, le confesó:

—Álex era igual que Sito hasta que sucedió lo de Teresa.

Marina miró a la mujer de hito en hito. No se consideraba a sí misma una cotilla, pero por el tono bajo de Esperanza intuyó que iba a hacerle alguna confidencia y se aprestó a escucharla.

—Antes era tan alegre como su padre y su hermano, y, aunque puedo asegurarte que eso llega a ser muy cansino en algunas ocasiones, yo disfrutaba de tener a esos tres payasos en mi casa. Ahora, sin embargo, los otros dos intentan hacerlo reír por todos los medios y no hay manera, ¡oye! Ya no sé qué hacer con él. ¿Tú crees que debería visitar a un psicólogo?

—*Pero ¿qué fue lo que le pasó con esa tal Teresa? Empieza un cotilleo y lo deja a medias, ¿dónde se ha visto?*

—Eso es muy personal, señora Fuentes...

—¿Me has visto cara de vieja, acaso?

—No, para nada —contestó cohibida.

—Entonces, ¿por qué te empeñas en llamarme señora Fuentes? Llámame Esperanza, jolines.

—Es la costumbre, lo siento. —Sonrió.

—Ahora que mencionas a Fuentes, he recordado otra cosa. ¿Cómo ves a mi hermano?

—*Como Pancho Villa pero sin sexapil.*

—Igual que siempre, ¿por qué lo pregunta?

—Otro que se va a quedar solo. A él sí que no le he conocido ninguna novia, ¿ves? Dice que su trabajo es demasiado peligroso para formar una familia. Menuda gilipollez. —Bebió un trago de su copa y miró al horizonte, hacia el mar—. Lo único que tuvo de bueno que Álex y Teresa se separaran fue que él se decidió al fin a comprar esta casa.

Marina se sentía un poco mareada por los cambios bruscos de tema. De repente entendió que Esperanza no esperaba que le contestase, sino solo que la escuchase, así que se limitó a asentir y se dispuso a hacerlo con atención.

—Llevaba años en venta y, de hecho, estaba en muy mal estado. Álex le tenía el ojo puesto desde hacía tiempo, pero Teresa ni quería oír hablar de comprarla. Está demasiado lejos de la universidad, ¿sabes? —La miró un segundo—. Es cierto, no lo sabes. Pues, seguramente, de toda la isla, este sea uno de los sitios más alejados de Palma; por eso lo elegimos nosotros hace años para pasar las vacaciones. Los niños disfrutaron de veranear aquí cuando eran pequeños y eso hizo que se enamoraran de Betlem.

Sergio salió a la terraza en ese momento, se acercó por detrás a su mujer, la abrazó y la besó con ternura.

—Pregunta Álex si queréis comer dentro o fuera.

—Creo que será mejor dentro; no es que haga frío, pero la verdad es que esta terraza necesita una limpieza a fondo.

—*Ya sabemos de quién ha heredado Sito eso de decir siempre lo que piensa sin pensar en lo que dice.*

Marina arqueó las cejas ante el primer comentario sensato de Tatiana.

—No digo que tengas que hacerlo tú, ¿eh? Pero, bueno, si te apetece durante el tiempo que estés aquí...

—*Tienes razón, tampoco usa el filtro.*

—*¿Cuándo no tengo yo razón, Marinita?*

—Claro que puedo echar una mano, pero tampoco quiero entrometerme donde no me llaman. Lo consultaré con Álex, a ver qué opina.

—¡Uf! Si tienes que consultarlo con mi hijo, será el día del juicio final y seguirá sin hacerse. Te va a decir que no te preocupes, que ya lo hará él, y después le saldrán planes más interesantes y se olvidará de la limpieza.

—*Por raro que pueda parecerte, Álex cada vez me cae mejor. Estoy pensando en hacer de él la figura principal de mi nueva religión.*

—*Pero si es un gruñón, creo que hasta roza la mala educación.*

—*Vete a saber qué le hizo al pobre la tal Teresa, que la madre, mucho hablar, pero ha cortado la historia cuando venía la chicha.*

—*Sea lo que sea, nosotras no le hemos hecho nada, y no nos ha dedicado ni una sola palabra amable. Será mejor que no te encariñes con él, porque pienso buscar una casa para mí sola.*

—*Eso ya lo veremos.*

—*¿Quieres apostarte algo?*

—*Si eres capaz de cambiar de casa, te dejaré sola cuando nos lo tiremos. Mira lo segura que estoy de que tú, de aquí, no te vas a ir. Que no me engañas, que sé lo que piensas, y Álex te gusta tanto como a mí misma.*

—*Ni Álex me gusta ni me lo pienso tirar. Además, este tema empieza a ser demasiado*

recurrente y me aburre.

—Claro que no te gusta, pero lo hará. Vaya si lo hará.

Estaba tan enfrascada en su discusión con Tatiana que no se había dado cuenta de que los demás ponían la mesa mientras ella seguía sentada en la terraza. Se puso en pie de un brinco y entró para preguntar en qué podía ayudar.

—¿Lo ves? Tú misma te contradices. Solo te has dado prisa para que no piense que eres una holgazana. Quieres gustarle.

Marina gruñó y todos se volvieron hacia ella.

—¿No te gusta el pescado? —Sito parecía preocupado.

—¿Qué? Sí, sí, me encanta.

—Es lubina a la sal, ¿la has probado alguna vez?

—No lo recuerdo, lo siento.

—Es una pasada, ya verás cómo se funde en la boca. Además, mi hermano es un maestro para prepararla.

Reparó en que habían colocado una amplia fuente para el horno en una mesa auxiliar, al lado de donde iban a comer. Lo único que se distinguía en ella era una gran montaña blanca; «la sal», pensó.

Álex la miraba con su cara eternamente seria; no le gustaba que estuviera allí, eso podía percibirlo incluso ella, aunque tampoco parecía que disfrutase demasiado de la compañía de sus padres y de Sito.

—¿Puedo? —inquirió con tono sarcástico mientras elevaba una cuchara grande y desviaba la mirada de ella para dirigirla a su hermano.

—Claro, claro —contestó el otro, guasón—. Ni que pelar el pescado requiera de tanta concentración que los demás no podamos hablar.

El gruñido de Álex resonó por toda la sala, y Marina se fijó en que Esperanza le rozaba la pierna a su hijo para pedirle calma.

Con ceremonia, se puso a golpear la sal en distintos puntos, rompiendo la costra que se había formado sobre el pescado. La apartó con parsimonia y empezó la delicada operación de quitar la piel a la lubina. Con un movimiento seguro, la enrolló con el tenedor, dejando a la vista la jugosa carne blanca.

—Eres un *crack* —aplaudió Sito.

—*Quiero que este hombre me desnude con un tenedor.* —Tatiana también aplaudía como una loca.

—Tiene muy buena pinta —señaló Marina, que había quedado gratamente sorprendida de que un cuerpo tan grande pudiera llevar a cabo movimientos tan delicados. Empezaba a cuadrarle un poco más su profesión, aunque en su fuero interno no acabara de entenderlo.

Álex le sirvió a ella primero. Para acompañar el pescado habían hervido patatas y judías que se aderezaban con salsa bearnesa.

Cuando el primer trozo de pescado tocó su paladar, no pudo reprimir un gemido de placer. Cerró los ojos y disfrutó del sabor como si nunca hubiese probado nada igual; se dio cuenta de que todos la miraban, incluso antes de volver a abrirlos, y se puso roja como un tomate.

—Sí, ese es el efecto que mi Álex suele causar sobre las mujeres —parloteó Esperanza con orgullo.

Álex cerró los ojos y negó con la cabeza al mismo tiempo, y Marina supo que debía decir algo.

—Está delicioso, no recuerdo haber probado nada así en mi vida; aunque no sé si eso es

meritorio, ya que hay muchas cosas de las que no me acuerdo.

—Mi hermano dijo que habías sufrido un accidente grave, pero no nos contó más.

Marina se envaró. No recordaba nada de su accidente, a pesar de que le habían explicado qué lo había causado, o, mejor dicho, quién.

—Estuve unos meses en coma y algunos de mis recuerdos quedaron dañados. No hay mucho más que contar —dijo a la defensiva.

—¿Como Harrison Ford en esa película en la que le pegan un tiro en la cabeza? *A propósito de Henry*.

Marina notó que alguien le lanzaba una patada a Sito por debajo de la mesa, aunque no pudo adivinar quién.

—No tanto. —Sonrió—. Sé abrocharme los cordones de los zapatos y no he perdido la capacidad de hablar ni de leer.

El chaval asintió.

—Pero debe de ser confuso, ¿no?

—Pues la verdad es que sí. —Empezaba a sentirse incómoda, no estaba acostumbrada a que hubiese tanta gente pendiente de ella—. Sobre todo teniendo en cuenta que siempre he gozado de una memoria prodigiosa. —Se calló de golpe. Eso no era algo que ella hubiera dicho.

—*¿Has sido tú!*

—*Por supuesto. Ya está bien, hombre. Tienes un cociente intelectual más alto que la media y ¿no puedes darte el gusto de decir que tienes buena memoria? ¡Anda ya! Eso no es más que falsa modestia.*

—*No es falsa modestia, es modestia y punto. Además, dudo mucho que ahora, con el cerebro convertido en un queso gruyer, el test arrojara un resultado tan alto.*

—*Gilipolleces.*

Se dio cuenta de que los cuatro la observaban con curiosidad.

—Eres una persona que mantiene unas acaloradas discusiones consigo misma, por lo que puedo ver.

Dio un respingo al escuchar esas palabras de la boca de Sergio.

—¿Por qué lo dices? —Su voz sonaba temerosa.

—Por la postura que adoptas, los silencios, tu aparente ausencia...

—Déjalo; le gusta presumir de que sabe leer el lenguaje corporal de las personas, pero yo creo que es un cuento chino para que le presten atención —lo atajó su mujer sin dejarlo terminar.

—La verdad es que a veces lo hago. —Sonrió con timidez—. Más desde el accidente.

—*Que yo no soy...*

—*Ya lo sé, y no quiero que lo sepa nadie más, así que cállate un rato, a ver si no nos pillan de nuevo.*

Miró a Álex con disimulo y se dio cuenta de que la observaba. Se revolvió en su silla y desvió la vista al plato.

SIETE

*Prisión de Alcalá-Meco
Alcalá de Henares, Madrid*

Su odio hacia la fiscal crecía exponencialmente con cada día que pasaba en aquella mísera celda. Había olvidado toda cordura y se limitaba a buscar posibles vías de escape. Tenía que salir de allí, debía conseguir hacerlo de alguna manera; no podía morir sin cumplir su juramento de matar a la puta que le había arruinado la vida a su familia.

Cada minuto que pasaba en prisión lo dedicaba a imaginar la satisfacción que le causaría infligirle el mayor sufrimiento posible a esa zorra.

Primero se dedicaría a asustarla, acecharla para que cada vez que saliera a la calle se cagara de miedo. Después empezaría la caza: jugaría con ella como si fuese un ratón hasta que solita se metiese de lleno en la trampa. Por último, la torturaría, cortaría cada milímetro de esa piel blanca y asquerosa, la quemaría, la haría llorar de dolor hasta la muerte.

Notó como se empalmaba, igual que le sucedía cada vez que la imaginaba desnuda y trémula, rota por sus manos poderosas.

—Carta para ti —oyó que vociferaba el guardia desde el otro lado de la puerta.

Esas palabras le sonaron a gloria. Tomó con ansia el sobre de las manos del carcelero y le dio varias vueltas, por puro placer, antes de decidirse a abrirlo.

Hermano:

Siento comunicarte que el pájaro ha volado. No te preocupes, sé a dónde ha ido y lo mantendré vigilado como acordamos.

Te escribiré pronto con lo que averigüe.

Releyó esas pocas frases un millón de veces antes de hacer una pelota con el papel. La rabia lo poseyó con tanta fuerza que entró en una de sus crisis. Golpeó repetidas veces con la cabeza en el suelo antes de que los guardias lo trasladaran a la enfermería.

OCHO

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

Eran más de las nueve de la noche cuando Álex llegó a casa. Se sentía muy cansado, llevaba sin librar casi toda la semana. Una de sus compañeras se había quedado de baja y habían tenido que cubrir sus turnos entre el resto. A eso debía sumarle el hecho de que las pesadillas que lo acechaban se repetían cada vez con más frecuencia, así que lo único que quería era entrar en su humilde morada, tomarse un vaso de leche y zanganear un rato antes de meterse en la cama.

Hasta que no introdujo la llave en la cerradura, no se acordó de que Marina estaba allí, y probablemente también Sito, que no la dejaba ni a sol ni a sombra desde que había llegado el sábado anterior.

De entre sus labios escapó una maldición cuando, al traspasar el umbral, los vio a ambos sentados en uno de sus sofás y partiéndose de risa. Cerró con un poco más de fuerza de la necesaria y se alegró al comprobar que se sobresaltaban por el ruido.

—Aquí está el hombre de la casa. —Sito parecía de un humor inmejorable.

—Cualquiera diría que tú no la tienes con todo el tiempo que pasas en la mía.

—Buenas noches. —Marina parecía bastante cohibida. Mejor, no quería acortar distancias con ella, para nada.

Se limitó a cabecear para devolverle el saludo.

—¿A qué huele? —Un levisimo olor a quemado acababa de llegar a sus fosas nasales, alertándolo de inmediato.

—La pizza —exclamaron casi al unísono Marina y Sito, y se levantaron del sofá a toda prisa. Los vio desaparecer en la cocina y se dio cuenta de que la complicidad entre ellos no le acababa de gustar. Preferiría que su hermano no pasara tantas horas con Marina. Era él el encargado de protegerla, no Sito.

Negó con la cabeza para alejar esos absurdos pensamientos de su mente. Soltó el macuto, que llevaba colgado en bandolera, sobre la mesa del comedor y fue tras ellos.

La mesa de *su* cocina estaba invadida por un millar de utensilios sucios de harina, restos de huevos y vete tú a saber qué más. Casi le dio un telele al pensar que tendría que recoger aquel desaguisado.

—Sabéis que si al mismo tiempo que vais cocinando recogéis lo que se ha ensuciado, después no tiene que limpiarlo nadie detrás de vosotros, ¿verdad?

La mirada que le echó Marina lo golpeó. A lo mejor tenía razón su madre y debía suavizar un poco el tono. Antes no le caía bien la gente que hablaba con tanta acidez, sin embargo, se había convertido en uno de «esos» amargados.

—No te preocupes, no tendrás que hacerlo tú, si es lo que te mortifica.

Exhaló por la nariz y cerró los ojos. Punto para la chica. Se lo tenía merecido.

—¿A que huele bien? —Para colmo, su hermano pequeño tenía que intentar salir siempre en su defensa para relajar la situación.

—Sí, de maravilla. —No pudo imprimirle un tono amable a su voz, aunque lo intentó.

—Pues venga, poned vosotros dos la mesa en el comedor mientras yo recojo este desastre y después cenamos.

Marina miró con fijeza a Sito durante unos segundos, como si no pudiese creer que le hubiera sugerido que se quedara a solas con su hermano. Joder, que no era ningún ogro, nunca se había comido a nadie. Aunque últimamente prefiriera estar solo, él había sido en muchas ocasiones el alma de la fiesta.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia la sala. Notó los delicados pasitos de Marina siguiéndolo.

Abrió uno de los cajones del aparador y sacó un mantel enorme (tenía que serlo para cubrir la mesa del comedor); al volverse, se topó de lleno con los ojos de Marina, que lo miraban interrogantes.

Elevó las cejas apenas un milímetro e inclinó la cabeza solo un poco, invitándola a exponer su duda.

La chica pareció de nuevo cohibida con su sola presencia, pero él no podía mostrarse más amigable en esos momentos. Su estado de ánimo no se lo permitía.

—Me preguntaba por qué tienes una mesa tan grande y tanto menaje si no te gusta recibir gente.

—¿Qué te hace pensar que no me gusta invitar a mis amigos a venir aquí?

—No es que yo tenga un grado en psicología, ni nada, pero no es difícil ver que no estás muy contento de tener gente en casa.

—Hubo un tiempo en el que me encantaba ejercer de anfitrión. De todas formas, esto ya estaba aquí cuando compré el chalet. Los anteriores dueños lo alquilaban por semanas y les gustaba estar bien surtidos de vasos, platos y todo lo demás.

—Pero si tu madre me comentó que la casa estaba casi en ruinas cuando la adquiriste.

—Mi madre es una exagerada. Es cierto que tuve que reformar el baño y mejorar la instalación de la luz, pero apenas hizo falta nada más.

—No te olvides de las goteras. —La voz de Sito salió de la cocina con un deje de humor—. Solo por haberte ayudado a taparlas, tengo derecho a quedarme aquí a dormir, por lo menos esta noche.

El labio superior de Álex se elevó de forma casi imperceptible; su hermano no pararía hasta haberse instalado del todo con ellos. Pues para eso tendría que pasar sobre su cadáver.

—Buen intento, chaval, pero el chalet de los papás no está tan lejos y allí tienes tus cosas, no necesitas quedarte aquí para nada.

Le pareció ver que Marina sonreía, pero no estuvo seguro porque enseguida reapareció en su cara un rictus serio.

Vio que se ponía en movimiento en dirección a él, mirándolo fijamente, y se tensó. No pensaría tocarlo, ¿verdad? Cuando estuvo justo a su lado, Marina se desvió levemente y se puso de puntillas para alcanzar los platos en la alacena.

Qué gilipollas había sido, ¿no había pensado que lo estaba provocando? ¿Cómo iba a hacer eso si él no le daba pie para ningún tipo de acercamiento? Ni pensaba hacerlo. Eso lo tenía clarísimo.

Cuando volvió en sí, Marina ya había terminado de poner la mesa y Sito salía de la cocina con una pizza enorme que lo hizo darse cuenta del hambre que sentía. Se acomodó en la silla que le quedaba más cerca y que, por casualidad, era la que se encontraba justo enfrente de la de Marina.

Atacó la comida y se llenó el plato; cuando hubo terminado las tres primeras porciones, se

puso en pie para agenciarse un poco más. Su mano quedó suspendida en el aire al notar la mirada divertida de su hermano clavándose en él.

—¿Qué pasa? Os ha quedado buenísima y me ha sabido a poco. ¿No puedo coger más?

—Nada, nada, sírvete toda la que quieras, hay de sobra. Solo que hacía siglos que no te veía comer con tanto gusto. Me alegro de que la estés disfrutando.

Miró a Sito con el ceño fruncido. Tenía razón, hacía tiempo que se sentía apático y no gozaba de comer como antes, pero aquel no era motivo para que lo observara con esa cara de suficiencia.

—Nunca la había preparado antes. —La voz de duende de Marina rompió el momento tenso entre los hermanos—. Menos mal que Sito estaba ahí para darme las instrucciones paso a paso.

—La receta no es mía. —El pequeño levantó las palmas—. A mí me enseñó Álex.

La chica lo miró de nuevo con interés.

—No tienes pinta de cocinero.

—Vaya, ¿de cocinero tampoco?

Marina enrojeció hasta la raíz de los cabellos y se sintió zafio. Quiso ponerle remedio enseguida:

—Guisar me relaja. Mientras me concentro en los ingredientes y en los condimentos, estoy entretenido y no me acuerdo de mis problemas.

—Sé lo que quieres decir. A mí me iba muy bien pintar, pero hace mucho tiempo que no me entretengo en eso.

—Pues ahora vas a tener ocasión —se emocionó Sito.

Marina se echó a reír y a Álex le sentó mal no haber sido él el causante de esa alegría. No por nada, se dijo, sino solo porque Marina era su invitada y debía ser él quien se asegurase de que estuviera feliz.

Negó con la cabeza. ¿Qué clase de pensamientos de mierda albergaba? No se explicaba por qué se sentía tan protector respecto a aquella chica si apenas había cruzado una docena de palabras con ella en toda la semana. Sería por su aspecto frágil, se dijo. Sí, parecía una muñeca de porcelana que podía romperse con el menor soplo de aire. Por eso era por lo que despertaba su instinto de protección. Por eso y porque su tío Hugo le había encargado encarecidamente que cuidase de ella, por nada más. Estaba claro. Llenó los pulmones cuando su mente le dio las respuestas que quería oír. Se extrañó de que Sito y Marina lo observaran. Solo había suspirado, ¿acaso era algo tan raro?

NUEVE

*Cala Na Clara
Betlem, Mallorca*

Marina estaba maravillada. Hacía solo tres días, Sito le había enseñado cómo acceder a esa encantadora playita por la ladera de la montaña. Desde entonces, era el lugar al que sus pies la conducían indefectiblemente cada tarde. No era por los reflejos que el sol arrancaba al agua azul turquesa, ni por el color ocre de la tierra de la montaña que la circundaba; era por algo más, algo intangible que le daba paz. No entendía si era a causa del rumor de las olas, solo interrumpido por el graznar de alguna gaviota, o por el olor a la resina de los pinos, que flotaba en el aire. Todo cuanto sabía era que estar allí la llenaba de energía. Se sentía en calma, y eso le proporcionaba una vitalidad que hacía mucho que no experimentaba. Incluso Tatiana parecía más sosegada; ya hacía un buen rato que no sabía nada de ella.

Sentada con las piernas cruzadas y sujetas entre los brazos, hecha un ovillo porque empezaba a tener frío, y sin poder borrar la sonrisa tonta que le iluminaba la cara, se lamentaba de que el sol estuviese a punto de ponerse y ella tuviera que abandonar su rincón secreto. De repente miró hacia la senda empinada por la que debía subir de regreso a casa de Álex y vio a dos hombres robustos que bajaban corriendo por el caminito que ella a duras penas podía transitar sin miedo a caerse.

Una risa cantarina brotó de su garganta cuando se dio cuenta de que uno de los dos la saludaba con efusividad.

—Sabía que te encontraríamos aquí —le explicó Sito entre respiraciones entrecortadas—. Por eso he engañado a Álex: le he dicho que si me ganaba una carrera hasta la playa, me tiraría al agua. Pero no me ha ganado. Se está haciendo viejo.

No sabía por qué, pero la idea de que Álex hubiese tenido que ir hasta allí engañado la decepcionó mucho. Lo miró con toda la altivez que le fue posible. Estaba harta de intentar ser amable con él y que no se diera por aludido. Por mucho que Esperanza dijera que el chico antes no era así, la empezaba a hartar su forma casi ruda de tratarla.

—*¡Uy, que la niña quiere mimos!*

Inspiró hondo ante el regreso tan poco oportuno de Tatiana.

—*No quiero mimos, me bastaría un poco de buena educación.*

—*No creo que el chico haya sido maleducado. Ha mantenido las distancias, nada más.*

—*«Nede mes», «nede mes».* —Se vio a sí misma en su mente sacando la lengua e imitando las burlas de Tatiana.

Una risa fresca, muy parecida a la suya, resonó en su cabeza. Nunca antes había hecho reír de esa forma a su *alter ego*, y eso la extrañó.

—*Me encanta que me imites. Cada día eres un poco más como yo y un poco menos como tú. Creo que al final tendrás arreglo, ¡mira qué te digo!*

—No me gusta que vengas aquí sola, no es seguro para ti. —Las palabras de Álex le cayeron encima como un cubo de agua helada.

—*¿Ahora tampoco crees que ha sido un rancio?*

—*Chica, se preocupa por ti.*

—No soy tan patosa. Creo que puedo arreglármelas bastante bien solita para regresar a casa...
A tu casa.

—No me refiero a eso.

Su tono autoritario la hizo pensar que Álex se estaba pasando un poco de la raya, así que alzó aún más la barbilla y se levantó para encararlo.

—Si tu tío me sugirió que me instalara en tu casa fue por si necesitaba un enfermero o no me encontraba bien. Me encuentro perfectamente, hasta empiezo a recordar muchas de las cosas que había olvidado. No necesito, ni quiero, que estés todo el tiempo pendiente de lo que hago o de dónde estoy. Te libero de tu obligación de tener que cuidarme. —Le sostuvo la mirada durante más de medio minuto, pero Álex no movió ni un músculo de la cara, lo que le arrancó un gruñido gutural y la hizo ponerse en marcha hacia el camino de cabras que tenía que ascender.

—*Marinita, no te pases, que ese chico me gusta mucho y te estás haciendo odiosa.*

—*Quédatelo, todo entero para ti, no lo quiero para nada. Menudo chulo de mierda me ha encasquetado Hugo.*

Notó unos pasos a su espalda, pero no se volvió, no quería encontrarse de nuevo con aquella mirada que la turbaba y la enfadaba a partes iguales. Quien se colocó a su lado fue Sito, no Álex, como ella había creído, y eso la decepcionó mucho más de lo que esperaba.

—No te enfades con él; está acostumbrado a tener los sentidos alerta y se preocupa por nosotros, eso es todo.

Inhaló. Los dos hermanos se querían y se protegían mutuamente, pensó. Recordó de repente la cantidad de veces que le había pedido a su madre que le trajera un hermanito, y la cara entristecida de ella, cada vez más, al ver que no podía dárselo. Sola, siempre se había sentido muy sola. No había tenido amigos, más allá de los imaginarios de la infancia, aunque tampoco los había necesitado. Hasta la fecha, había sido independiente y no había pretendido rodearse de gente que le dorara la píldora, pero en esos momentos hubiera dado cualquier cosa por que Álex le sonriera. ¿Por qué tenía que mirarla siempre con esa cara de desaprobación? No le caía bien, lo notaba en las vísceras, y eso la ponía de mala leche y a la defensiva siempre que él estaba cerca.

—*Porque te gusta tanto como a mí, aunque no quieras admitirlo.*

—*¡Y una leche!*

—*Uy, uy, que esto es grave si hasta has empezado a soltar tacos.*

Iba concentrada en sus pensamientos, su cabeza estaba lejos de las rocas sueltas del camino por el que subía. De repente, un estallido de dolor le dejó la mente en blanco al tiempo que notaba cómo caía hacia atrás. Sus manos no encontraron nada a lo que agarrarse para evitar el descalabro y se imaginó a sí misma con la cabeza abierta como un melón maduro, de nuevo. Antes de que sus huesos impactaran contra la montaña, una mano fuerte la asió de la muñeca y la alzó al vuelo. Álex solo necesitó darle otro tirón para acercarla a él mientras, con la otra mano, se sujetaba de una roca, sosteniendo el peso de ambos.

—¿Estás bien? —Su pregunta sonó demasiado cerca del oído de Marina, que no pudo contener un escalofrío.

—Creo que me he torcido el tobillo. ¡Joder, qué dolor!

—Cuando se camina por sitios como este, hay que mantener atención plena. —Su tono era seco, como siempre; no obstante, la asió con más fuerza, como si ella fuera solo una muñequita de trapo, y no la soltó hasta que llegaron a la cima dos minutos después.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sito.

—Creo que me he torcido el tobillo, pero no es nada.

En cuanto apoyó el pie en el suelo, un gritito salió de su garganta sin que pudiera evitarlo. Los dos hermanos se lanzaron en su ayuda. Vio por el rabillo del ojo cómo Álex apartaba a Sito de un manotazo para poder llegar antes hasta ella; después le examinó el pie con ojo crítico.

—*A lo mejor resulta que tampoco le eres tan indiferente como quiere aparentar.*

—*Es un arrogante. Porque sea enfermero no tiene por qué empujar a su hermano de esa manera. Sito solo quería ayudar.*

—*Sí, sí, lo que tú digas; además, no es enfermero, es matrócn.*

Marina puso los ojos en blanco. Figuradamente.

—No creo que puedas llegar a casa caminando. —Álex interrumpió su charla interior.

—Voy a buscar el coche —se apresuró a ofrecerse Sito.

—No hace falta; la casa no está lejos, yo puedo cargar con ella. He llevado macutos más pesados y durante muchos más kilómetros.

Los ojos de Marina se abrieron como platos. ¿Pensaba llevarla a cuestras? Pero ¿quién se creía ese chico? ¿Hulk?

—No es necesario, creo...

No había terminado la frase cuando Álex la alzó en volandas. Le pasó un brazo por la cadera y el otro por debajo de las piernas. Echó a andar como si cargara una sábana o un saco de plumas en vez de a una persona. No obstante, Marina notó que su respiración se hacía más densa, como si estuviera inspirando con mayor intensidad. La pobre no sabía dónde colocar los brazos para no caerse: no quería agarrarse a su cuello, pero al mismo tiempo una fuerza poderosa tiraba de ellos hacia allí. Los movió intranquila durante unos segundos hasta que en la boca de Álex apareció la sombra de una sonrisa.

—Puedes agarrarte a mí, todavía no me he comido a nadie. Irás más cómoda si me rodeas el cuello.

Marina seguía renuente a hacer tal cosa, por lo que se limitó a cruzar las manos sobre su regazo e intentó sobrellevar de la mejor manera posible la humillación de verse transportada como un crío.

No se atrevió a mirar a su portador a la cara; estaba demasiado cerca de él. Tanto que no le fue difícil percibir en su propio cabello el aire que exhaló al tiempo que una risita divertida le llegaba a los oídos.

—No sé qué puede causarte tanta gracia —le espetó, indignada.

—Nada, solo que la situación me parece divertida.

—Pues nadie lo habría dicho hace un rato, cuando casi me mato.

—Es que entonces me he asustado. No estaba para risas. —El tono de Álex volvía a ser serio, pero a Marina no le importó. Estaba molesta por verse en esa situación y no entendía que él pudiera divertirse a su costa.

—*Marinita, por ahí no vas nada bien para llegar a su cama.*

—*Tú cállate. No estoy de humor para tus tonterías.*

La risa de Tatiana, que, como ya había notado con anterioridad, cada día se parecía más a la suya propia, resonó en su cabeza, lo que hizo que se enfurruñara aún más y cruzara los brazos sobre el pecho.

—*Ahora sí que pareces una cría.*

—*¡Que no quiero oírte más! Desaparece de una vez.*

—*El día menos pensado, cuando quieras hablar conmigo, me habré ido y me echarás mucho de menos.*

—*¿Ah, sí?*

—Sí.

—Y ¿puede saberse cuánto falta para que llegue ese gran día?

—Eso lo decidirás tú.

—Si fuera cierto, haría mucho tiempo que te habrías marchado.

—Cuando vuelvas a ser la de antes, y no esta desconocida en la que te has convertido, dejarás de necesitarme y me largaré.

—No veo el momento, te lo aseguro.

DIEZ

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

Álex estaba seguro de que Marina no lo soportaba y se preguntaba por qué debería importarle; le molestaba mucho que no fuera tan simpática con él como lo era con su hermano, y constatar eso lo sacaba de quicio.

El «sí pero no» no era su estilo. Si algo le gustaba, iba a por ello, y si no, dejaba que pasara de largo y listo. Con Marina nadaba entre dos aguas, y el no saber a qué atenerse lo dejaba noqueado cada vez más a menudo.

No quería caerle bien, no necesitaba caerle bien a nadie, ya no. Se había convertido en un ermitaño, y ¿qué? En el trabajo era una especie de individuo huraño y desagradable. Las auxiliares y las otras matronas ya no cambiaban los turnos para poder estar con él, como habían hecho tiempo atrás; al contrario, ahora lo rehuían. Lo único que había logrado robarle algunas sonrisas durante ese último año eran las caras maravilladas de las madres al tener a sus hijos en brazos por primera vez.

Aparcó el coche frente a su casa y, antes de bajar, se entretuvo todavía un rato en estos pensamientos. Negó con la cabeza; no podía seguir dándole vueltas a si Marina sonreía más a su hermano que a él. Saldría a correr, eso siempre lo ayudaba a limpiar su cabeza del ruido de fondo. Sí, eso era exactamente lo que tenía que hacer: coger la ruta por la montaña hasta la ermita y olvidarse del mundo. Todavía quedaba un buen rato de luz hasta que anocheciera, así que tenía tiempo de sobra.

Mucho más sereno que unos minutos antes, se dirigió con pasos seguros hacia la entrada del chalet. Solo tenía que cambiarse y salir, eso no debía llevarle más de diez minutos; no necesitaba interactuar con Marina más que lo estrictamente necesario para saludarla y preguntarle cómo seguía su pie.

En cuanto abrió, el perfume de su invitada invadió sus fosas nasales. No era un aroma embriagador, pero ya el día que la llevó en brazos a su casa había notado lo mucho que le gustaba. Era un aroma diferente a todos y que la definía a la perfección. Le encantaba que la casa oliera a ella.

Marina estaba con el pie en alto, apoyado en un taburete, y con el cuerpo estirado, desmadejada sobre el sofá; tenía que estar superincómoda, pensó al verla. Pero una extraña corriente eléctrica le recorrió la médula, y le vino a la mente la petición de su tío Hugo de tenerla vigilada. Enseguida se arrepintió de haberla dejado tanto tiempo sola: no podía moverse con soltura con el pie como lo tenía. Si le hubiera pasado algo malo, no se lo iba a perdonar, y su tío menos aún.

Se acercó deprisa y su ansiedad se convirtió en ternura cuando percibió sus suaves ronquidos. Se había quedado dormida y seguramente se había ido desplazando hasta quedar en esa posición tan absurda.

Con mucha delicadeza, la asió del torso para acomodarla mejor. Cuando ya casi lo había

conseguido, ella abrió los ojos e inspiró con fuerza.

Ambos se quedaron quietos durante unos segundos, sin saber qué hacer, pero Marina se recompuso con rapidez y, atusándose el pelo, dijo:

—Creo que me quedé dormida. Es que no ponían nada interesante en la tele y ya he terminado de leer los libros que traje de casa.

Su voz soñolienta era adorable, igual que su cara y su mirada con aquel puntito de desenfoque. Álex sonrió, lo que hizo que ella lo mirara extrañada. Se pasó una mano por la boca.

—¿Qué ocurre? ¿Tengo una baba colgando o algo? —preguntó inquieta.

—No, qué va. Estás perfecta.

Marina arqueó las cejas.

—Chica, creo que aún estamos soñando. Álex me ha dicho que estoy perfecta. —No bien hubo terminado de pronunciar estas palabras, echó la cabeza hacia atrás y comenzó de nuevo con los ronquiditos.

Él se enderezó del todo mientras se reía flojito, para no despertarla. Se quedó observándola durante un buen rato. Esa cara de duende le encantaba. Podría estar mirándola dormir durante horas.

Agitó la cabeza cuando se dio cuenta de qué derroteros estaban tomando sus pensamientos y se fue a la cocina. Hizo mucho más ruido del necesario para ver si Marina se despertaba de una vez y él podía salir a correr.

—Sito, ¿eres tú? —Desde la sala, un sonoro bostezo siguió a la pregunta—. He soñado que tu hermano quería besarme o algo así. Lo tenía muy cerca y hasta me decía que estaba perfecta. ¿Te imaginas?

—Bueno, en lo del beso te equivocas —respondió, mordiéndose un carrillo para no reír—, en lo demás... En mi defensa solo puedo decir que estabas hecha un cuatro en el sofá y que intentaba colocarte mejor.

Oyó como Marina aspiraba con fuerza y rio en silencio al imaginar su apuro.

Tomó las dos tazas que había preparado y salió. La pobre tenía la cara entre las manos y movía la cabeza de un lado a otro.

—¿Quieres un té?

Marina lo miró avergonzada.

—Pensaba que eras Sito. Tú siempre eres mucho más silencioso que él.

Álex elevó los hombros.

—Me acabo de dar cuenta.

—Lo siento, no quería ofenderte. No es que yo hable mal de ti a tus espaldas ni nada; además, Sito no me lo permitiría, te adora.

Que la chica mencionara tantas veces a su hermano no le hizo mucha gracia. Quizás iba siendo hora de que fuera él quien pasara tiempo con Marina, y no su hermano.

—En mi habitación hay una estantería con libros, puedes mirar si hay alguno que te apetezca. Si no, puedo acompañarte a la Colonia: tienen una biblioteca bastante bien surtida.

—Muchas gracias. Creo que la opción de la biblioteca me gusta, así saldría un poco de aquí. Desde que me torcí el pie, no me he movido mucho; voy a echar un culo enorme.

Álex miró el reloj.

—Hoy ya estará cerrada, pero podemos ir mañana por la mañana. Tengo libre.

—¡Ah! Pues estupendo. Por mí, genial.

—¿Quieres que hagamos otra cosa esta tarde?

—Estaba esperando a Sito. Prometió que me ayudaría a caminar un rato, a ver cómo me

responde el pie.

—Eso también puedo hacerlo yo. —Su tono imperioso pareció sobresaltar a Marina, por lo que rebajó el volumen—: No necesitas esperarlo. Si quieres cualquier cosa, me la puedes pedir a mí.

—Va-vale —tartamudeó. Parecía cohibida; no obstante, después de dar unos sorbitos al té, preguntó—: Haces muchos turnos, ¿no? Apenas paras en casa. En la casa —se apresuró a añadir—. En tu casa.

—Sí, llevamos una temporada con mucha gente de baja y la coordinadora de la unidad nos ha pedido a los que quedamos en pie que hagamos horas extras. A mí no me importa, después me lo devolverán en días libres y tendré más tiempo para mí.

—¿Cómo se te ocurrió hacerte matrón?

—Vaya, te has despertado preguntona, ¿eh?

Marina enrojó de nuevo y Álex se dio cuenta de que se había pasado un poco. Justo cuando iba a contestar, se abrió la puerta de la calle y, de golpe, se esfumó el pequeño rescoldo de buen humor que había nacido en él minutos antes.

—Hola, guapísima, ya estoy aquí —exclamó su hermano pequeño al atravesar el umbral. Tenía la cabeza gacha porque se estaba limpiando los pies en el felpudo de la entrada, y no había mirado todavía en su dirección.

—Genial, estábamos hablando de ti y de que ibas a llevarme a dar una vuelta.

—¿Con quién hablabas de mí? —Levantó la cabeza y Álex lo miró con el ceño fruncido—. ¡Ah! Si hubiera sabido que estabas en casa, no habría venido. Érika me ha invitado al cine, pero pensé que tú tendrías turno y la he dejado plantada para que Marina no estuviera sola.

—¿Y no le ha importado que no la acompañaras? Vaya, empezaré a creer que esa chiquilla está madurando.

—Eres un borde, y lo sabes. No tienes por qué hablar mal de ella, ni de nadie. Pero de Érika, menos.

Marina y Álex cruzaron una mirada. Vio en sus ojos que ella también sabía que, en el fondo, su hermano estaba enamorado de esa chica, aunque no lo admitiera abiertamente, ni siquiera ante sí mismo.

—¿Crees que puedo dejarte sola con este ogro que tengo por hermano? —Sito miró de reojo a Marina, que se encogió de hombros.

—¿Quieres que te parta la cara, mocoso?

La chica dio un leve respingo ante esas palabras tan rudas.

—No te asustes, Marina. Se atreve a hablarme así porque sabe que lo quiero y que se lo perdono. Si en el fondo es todo corazón. ¡Que es matrón, joder! —Solo la miraba a ella, como si Álex no estuviera allí, oyéndolo todo. Si no hubiera sabido que era un payaso y, como él bien había dicho, si no fuera una de las personas a quien más quería del mundo, vaya si le habría roto la nariz de un derechazo, pensó picado.

Vio de nuevo la sonrisa en la cara de Marina y se sintió ofendido, por centésima vez, de no ser él quien la hiciera reír.

—Puedes largarte por donde has venido, no te necesitamos para nada. —Echó un vistazo a Marina para que ella corroborara lo que acababa de decir y se alegró de que la chica cabeceara levemente, asintiendo.

—Está bien, está bien, me marchó. A lo mejor todavía puedo convencer a Érika para que vayamos al cine más tarde. Álex, no dejes que Marina camine demasiado, que si no, no se recuperará nunca. Solo puede dar una vueltecita corta.

—¿Quieres irte ya, payaso? —Esta vez fue ella quien mandó a Sito a paseo, sorprendiendo gratamente a Álex. Hubiera jurado que ella prefería mil veces estar con su hermano que con él, pero quizás estaba equivocado.

En cuanto Sito se marchó, Álex llevó las tazas a la cocina.

—¿Quieres ponerte una chaqueta? Fuera hará más frío que aquí dentro.

—No hace falta, creo; todavía hay sol y no voy a llegar muy lejos. El pie aún me duele bastante.

—Quizás deberías dejarte de tonterías y consentir en que te lleve al hospital a que te hagan una radiografía. ¿No crees?

—No, paso de médicos. He tenido suficiente de ellos para dos vidas enteras. No es más que una torcedura, ya verás como en unos cuantos días estará mejor. Ya no lo tengo hinchado ni nada.

—Pero si acabas de decir que te duele mucho.

—Bueno, sí, pero será de no utilizarlo. —Movi6 una mano, tratando de restarle importancia al tema, a la vez que se levantaba del sof6 y apoyaba el pie en el suelo con tiento.

Álex la observaba sin decir ni pío. Quería comprobar si su cara reflejaba dolor al apoyar el miembro herido, pero, si le dolía, no lo exteriorizó. Le ofreció su brazo para que se sostuviera al caminar y le molestó que ella se mostrara renuente a agarrarlo, aunque solo fuera por un brevísimo lapso de tiempo.

—Por mucho que mi hermano insista, no muerdo.

—Lo siento, no quería parecer descortés, pero... pero... —Ya estaba tartamudeando de nuevo. No era consciente de que le impusiera tanto a la pobre. Tendría que intentar ser más cuidadoso si no quería que se asustara de él. «¿Y por qué querías que no mantuviera las distancias? Ya tienes claro que ella no te interesa ni lo más mínimo, ¿no?», se preguntó, enfadado consigo mismo.

Cuando ella posó la mano en su brazo, respiró más tranquilo. Ambos se dirigieron despacio hacia la puerta y el observó que ella caminaba bastante bien, casi sin cojear.

—Del uno al diez, ¿cuánto te duele? —le preguntó en cuanto se encontraron en la terraza delantera.

—Ahora mismo no más de un cuatro.

—¿Quieres que lleguemos hasta el mar?

—Sí, por favor. No creía que pudiera añorar tanto el ruido de las olas. Me calma más que los kilos de antidepressivos que los médicos pretenden que tome.

—Sí, a mí también me sucede.

Caminaron por la senda que conducía hasta el borde del acantilado en miniatura que se alzaba detrás de la casa. Los anteriores dueños habían construido una escalerilla para sortear los escasos metros que los separaban del agua, y Marina quiso sentarse en el primer escalón.

—¿Te importa que me quede aquí un rato?

—No, ¿quieres estar sola?

—Me da igual si quieres sentarte conmigo, no me molestas.

Álex estuvo muy tentado de hacerlo, pero en el último momento decidió que mejor iba a la cochera a arreglar el desastre que había montado Sito con los trastos para la pesca submarina la semana anterior, y que él aún no había tenido tiempo de recoger. Desde allí podría vigilarla y ver si Marina quería volver a la casa. Ella pareció leerle los pensamientos, porque le dijo:

—Creo que puedo andar sola de vuelta, no te preocupes por mí. Este pie está mucho mejor de lo que pensaba.

Álex se dirigió hacia el garaje después de asentir con la cabeza de forma escueta. Durante

todo el tiempo que estuvo ordenando el lío que había organizado su hermano, no perdió a Marina de vista. La chica había apoyado las manos en el suelo con los brazos estirados a su espalda e inspiraba hondo cada pocos segundos con los ojos cerrados.

«Pareces un perverso de mierda, ¿quieres dejar de mirarle las tetas? Ni que no hubieras visto unas en tu vida», se reprendió.

No obstante, no dejó de observarla durante la más de media hora que permaneció ahí sentada. No fue en su ayuda, como hubiera querido, cuando se puso en pie y se dirigió renqueante hacia donde él se encontraba. Se la veía feliz y relajada, y no quiso que pareciera que se preocupaba demasiado por ella.

—Sito me dijo el otro día que, de todos los deportes que practicáis, el que más os gusta es la pesca submarina —dijo nada más llegar junto a él.

—Sí. Es el único que le gusta a mi padre, y nos enseñó a los dos desde pequeños, aunque él ya no se mete en el mar más que en verano. Te dirá que no, pero se está haciendo mayor.

—Ya, a mí también me parece que hace mucho frío para meterse en el agua.

—¿Frío? Si hace sol. Solo estamos en noviembre; el agua aún guarda algo del calor del verano. Esto no es el Atlántico.

—¿Bajáis con botellas de oxígeno? —Miraba en derredor para ver si las localizaba.

—No, qué va, está prohibido. Se baja a pulmón.

—Ostras, y ¿con qué pescáis?

—Con un fusil que dispara un arpón. —Cogió el suyo de la estantería para enseñárselo.

—Es muy raro, ¿no?

—Su funcionamiento se parece más al de una ballesta que al de un fusil, en realidad. ¿Ves esta goma? —Tomó un arpón del mismo lugar donde había cogido el fusil—. El arpón se coloca así. —Lo dispuso mientras sacaba levemente la lengua para concentrarse—. Se tira de aquí. —Tiró con fuerza de la goma hacia atrás y la encajó en su sitio—. Y listo.

—¿Ahora podría disparar?

—Exacto.

—¿Es muy difícil? Quiero decir, ¿crees que podría ir a pescar algún día con vosotros?

—Podrías venir, claro que sí, pero armar el fusil es más complicado de lo que parece a simple vista. ¿Quieres intentarlo?

La chica asintió y Álex experimentó un pequeño pinchazo de orgullo. Le acababa de demostrar que no se acobardaba ante los retos, y eso le gustó; Marina tenía cada vez más puntos a su favor. Teresa ni siquiera se lo había planteado nunca, era demasiado embrutecedor para alguien como ella. Intentó desterrar esos pensamientos tan rápidamente como habían llegado y se concentró en el pequeño duende sonriente que tenía ante él.

Le entregó el fusil y se situó a su espalda para ayudarla. Le agarró los brazos desde atrás y la ayudó en los movimientos, como había hecho con él su padre hacía ya tantos años. El roce con el cuerpo femenino, sin embargo, lo excitó y lo puso alerta.

—¡Guau, qué dolor! —dijo Marina intentando separar el fusil de su hombro.

Álex se rio.

—Quizás este es demasiado grande para ti. Ni siquiera has acabado de estirar la goma.

—No creo que pueda hacerlo en mi vida. Es muy difícil.

—No, qué va, es solo cuestión de práctica. Bueno, y de que adquieras un poco de fuerza en esos bracitos tuyos, que parecen dos ramitas.

Marina movió sus extremidades, observándolas.

—Vaya, y yo que creía que había engordado desde que estoy aquí.

Álex sonrió de medio lado ante la voz decepcionada de la chica. En cuanto se dio cuenta de que su mente estaba jugando con sus propios sentimientos, decidió cambiar de tema.

—De todas formas, necesitas una licencia para pescar, pero puedes acompañarme cuando quieras. Aunque solo sea para contemplar el paisaje submarino; es una gozada, te lo aseguro.

Marina lo miró de una manera que a él le pareció diferente.

—Te tomo la palabra. Un día iré con vosotros de pesca.

Aquel «vosotros» no le gustó nada. La había invitado a ir con él, no con él y con su hermano. Aunque Marina se hubiese comportado educadamente en su presencia, seguía convencido de que habría preferido la compañía de Sito, y eso empezaba a mortificarlo mucho más de lo que quería admitir.

ONCE

*Prisión de Alcalá-Meco
Alcalá de Henares, Madrid*

—¿Cómo que se ha ido a Mallorca? Hostia puta. Cuando se den cuenta de que me he escapado, van a estar vigilando todas las jodidas carreteras. Tenemos que pensar la manera de poder llegar hasta allí. Necesitamos a alguien que esté limpio y pueda viajar, joder. —El preso de la celda 357 estaba muy enfadado y sabía que, si no se relajaba, podía sufrir otro de sus ataques, así que respiró hondo, tal y como le había enseñado aquel celador de la enfermería la última vez que estuvo allí.

—No te preocupes, hermano, lo tengo todo previsto. Ya he mandado para allá a tu sobrino y la está vigilando. Me ha dicho que pasa mucho tiempo sola y que levantársela al marica del enfermero con el que vive será un trabajo de niños. Tenías razón cuando pensaste que tu hermana nos ayudaría; su hijo es un *crack*.

—Son buena gente, de los nuestros, te tratarán bien. Ya te lo dije. Pero no abuses; ahora en cuanto cortemos la llamada, sales de su casa pitando. Con la fiscal, no te confíes. El perro de Fuentes la tiene más controlada de lo que crees. Conociéndolo, es fácil que haya puesto trampas de las que no os hayáis dado ni cuenta.

—Si ni siquiera ha estado allí. ¿Cómo habría podido hacerlo?

—Da igual, sus tentáculos llegan lejos. Tiene ojos en todos los sitios, te digo que sabe seguro dónde está la muy puta en cada momento.

—No lo tengo yo tan claro.

—Por eso yo pienso y tú actúas.

Se escuchó el silencio en la línea durante unos segundos escasos.

—Tú no te preocupes y, si seguimos con el plan tal y como quedamos, en menos de un mes estarás fuera y al fin podrás cargártela. Ya me ocuparé yo de pensar en cómo llevarte hasta ella o traértela aquí. Me encantará ver cómo la liquidas después de lo que te ha hecho sufrir la hija de perra.

—¿No te he dicho que el que piensa soy yo? ¿Es que no me escuchas?

—Pero...

—Ni «pero» ni hostias. El jueves vuelves a casa de mi hermana; llamaré a las cinco.

—Me dice que no cuelgues, que quiere hablar contigo.

—Pues dile que el jueves, que me quedan veinte segundos nada más. Lo nuestro es más importante que sus chorradas.

—No pienso decirle eso, si hasta me ha invitado a comer...

—¡Que te largues de su casa, te he dicho! Ni se te ocurra acercarte a ella, que te juro que te mato. ¿Me has entendido bien?

—Sí, sí, no te enfades, hermano, que no hay para tanto.

—Y no me llames «hermano». Yo solo tuve un hermano y la puta de la Jiménez se lo cargó.

—Tú dijiste que, si te ayudaba en esto, me considerarías de la familia.

—Todavía no has acabado el trabajito, ¿no?

—No... —El patético titubeo del ayudante de mierda que se había agenciado le provocó una arcada. Pero el puto flojo ese estaba fuera, mientras que él seguía dentro. Lo necesitaba; ya se encargaría de hacerlo un hombre cuando su cometido principal hubiese terminado. Ahora tenía que seguir tratándolo bien aunque le diera asco.

—Pues cuando lo acabemos, podrás llamarme «hermano», antes no.

DOCE

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

Álex parecía más accesible y menos cascarrabias desde hacía varias semanas, aunque seguía siendo un chico serio. No era para nada como su hermano, que siempre estaba con la sonrisa en la boca, ni como su padre, al que Marina había visto en varias ocasiones desde los primeros días que había pasado en la casa.

Si al final iba a tener razón Álex y el chalet se había convertido, si no en una pensión, sí en un punto de reunión por su culpa. Todos se quejaban de que Palma estaba muy lejos, pero a ninguno de ellos parecía darle pereza coger el coche y visitarlos una vez a la semana, al menos.

Marina se daba cuenta de que ella era la excusa que utilizaban Sergio y Esperanza para visitar a Álex, pero no le importaba. También entendía que el chico estaba pasando una especie de duelo por una separación traumática y que seguramente no se había dejado cuidar con anterioridad; no es que ahora lo hiciera, pero al menos no echaba a todo el mundo de su casa con cajas destempladas. Eso lo había deducido sobre todo por las pistas que le daba Esperanza, que a medida que se veían, iba soltando pequeñas perlas de lo que le había sucedido a su hijo, aunque nunca la historia entera.

—*Me tiene harta con eso. Mira que no poder hablar claro y contarlo todo de una vez. Solo tenemos una historia con más agujeros que una tela de araña; menos mal de nuestra imaginación desbordante y que tú eres una fiscal de la hostia y tienes un poder de deducción bestial.*

—*Sí, bestialísimo. No, tengo claro que no soy la de antes y que nunca volveré a serlo, aunque me siento más yo que cuando llegué aquí. ¿Eso tiene algún sentido para ti?*

—*Hombre, en Madrid no es que nos relacionáramos mucho con el exterior. Solo hablábamos con médicos y con la chacha. Bueno, y con Pancho Villa. Que, por cierto, tengo que decirte que al principio pensé que su familia sería tan sosa y sería como él, pero he cambiado de opinión, de verdad. Estaría guay formar parte de una familia así.*

—*¡Y dale!*

—*¿Qué? Estoy segura de que si pusieras un poco de tu parte, a ese chico nos lo llevábamos a la cama...*

—*No empieces otra vez con lo mismo, que me das jaqueca. Además, dos no se acuestan si uno no quiere.*

—*Ese dicho no es así, y ¿qué te hace pensar que Álex no quiere?*

—*¿Por qué tiene que ser él el que no quiera? A lo mejor resulta que a quien no le apetece es a mí.*

—*Sí, claro, ¡no va a apetecerte!*

—*Pues la verdad es que el físico no es suficiente. Y no es que el chico haga demasiados esfuerzos por acercarse y ser amable.*

—*¿Qué ciego es aquel que no quiere ver.*

Marina decidió zanjar la conversación haciendo mutis por el foro. Se puso en pie y se dirigió al jardín. Había descubierto en cuidar las plantas una cierta satisfacción que nunca hubiera imaginado. Para más inri, unos días atrás, entre bromas, Sito le había regalado un sombrero de paja, unos guantes y un kit de pequeños utensilios para que su nuevo *hobby* le resultara más divertido.

Lo había estrenado todo el día anterior, y en más de una ocasión había creído notar que Álex observaba sus movimientos, pero lo atribuía a que andaba vigilando que no podara lo que no debía, no a que la estuviese mirando a ella o su trasero en pompa cuando se encontraba de rodillas.

—*Pues claro que te mira el culo, ¿qué va a mirar si no?*

Siguió sin contestar a su pesadilla interna. Hacía unos días que estaba más al ataque que nunca, no la dejaba en paz con el tema de Álex, de modo que cada vez que el chico se le acercaba se le aceleraba el corazón.

—*Y todo por tu culpa y tus tonterías sobre que deberíamos meternos en su cama. Porque no es que él haga nada para merecerlo, precisamente.*

Estaba en cuclillas, muy concentrada, quitando las malas hierbas alrededor de un parterre de caléndulas naranjas que le llamaba especialmente la atención, por lo que no oyó unos pasos acercándose a su espalda. Cuando una fuerte mano la agarró por el hombro, dio un respingo que la hizo caer de espaldas.

—Cuidado, que vas a hacerte daño, mujer.

—¡Serás idiota! —le gritó a Álex, que le tendía la mano para ayudarla a levantarse—. Me has dado un susto de muerte.

En la cara de él se dibujó una leve burla.

—No ha sido para tanto. Solo quería preguntarte si te apetecía comer algo. Llevas ahí agachada más de una hora; cuando quieras levantarte, te va a doler todo.

—¿Una hora? ¡Qué va! Si acabo de empezar.

—Eso es lo que tú crees. Has salido de la casa sobre las diez y ya son casi las once y media.

—*Jolín con el tío, qué controladita te tiene.*

Marina buscó con la vista su reloj de pulsera y se dio cuenta de que Álex no exageraba. A pesar de que seguía con la mano tendida hacia ella, decidió pasar de su ayuda y se apoyó con fuerza en el suelo para levantarse sola.

—Ayer traje chocolate y *quelitas*; no suelo comprar porquerías, pero tenía antojo. —Álex parecía decepcionado de que no lo hubiera dejado ayudarla.

—*Pobrecito, despreciarlo de esta manera.*

—*Así aprenderá a no darme estos sustos; casi me mata de un infarto. Por un momento pensé que Gutiérrez se había escapado de la cárcel y me había localizado.*

—*Anda que no eres peliculera ni nada, ¿cómo quieres que se escape de la cárcel? Creo que has leído demasiadas novelas policíacas desde que estamos aquí.*

—¿Qué son *quelitas*? —preguntó, en un intento de relajar la tensión que se había vuelto a establecer entre ellos después de que no aceptara la ayuda de Álex.

—Son una especie de galletas marineras, aunque no tan duras. Son muy típicas, y no suelen faltar en cualquier casa de la isla que se precie. Yo no las compro casi nunca porque son un vicio. Cuando empiezo, ya no sé parar.

El tono quejumbroso de Álex la hizo sonreír. No se imaginaba que ese hombre no tuviera la voluntad suficiente para dejar de comer algo tan inofensivo como unas galletas, y mucho menos que no pudiera darse el gusto de comer cuantas quisiera.

—Hasta dejaría que me comiera a mí toda enterita.

—Pues mira, igual sería la solución para que dejaras de molestar. ¿Probamos?

—¿A que no hay huevos de decirle que oyes una voz en tu cabeza y que quieres que se la coma?

—A mí, mientras sea con chocolate, puedes invitarme hasta a comer piedras.

Álex agachó la cabeza para mirarla y sonrió.

—Pensaré que te gusta el chocolate más que a mí.

—No sé cuánto puede gustarte a ti, pero a mí me vuelve loca.

Después de limpiarse muy bien los pies en el felpudo de la entrada, se dirigieron a la cocina y Marina se dispuso a preparar té. Álex abrió uno de los armarios y sacó las *quelitas* y el chocolate. A ella se le hizo la boca agua.

—Pero no es por las galletas, zorrón, que eres un zorrón. Con solo verle una línea de piel te has puesto cardiaca. Ah, no, te has puesto a recordar lo bueno que está. Se me olvidaba que lo vimos prácticamente desnudo el día que llegamos.

Tatiana tenía razón, el corazón le latía desbocado solo porque, cuando Álex había levantado el brazo para alcanzar la comida, ella había podido deleitarse con la vista de un trocito de sus músculos oblicuos externos.

—*Estoy fatal.* —Se dio una palmada mental en la frente y pudo escuchar la risa cantarina de Tatiana.

—*¡Y que lo digas!*

Se sentaron en silencio a la mesa. Álex cogía las galletas directamente de la bolsa, guardaba tres o cuatro en una mano y el chocolate en la otra. Eran unas galletas pequeñas, así que Marina lo imitó: se puso un trocito de cacao en la boca y una *quelita* entera, como había hecho él. Al notar el sabor, gimió de placer. Álex la miró con las cejas levantadas.

—Tendrás razón en eso de que te gusta más el chocolate que a mí.

Ella lo miró avergonzada.

—Es que me encanta comer. Casi siempre logro reprimir los ruiditos, anda que no recibí regañinas de mi madre por eso, pero a veces no lo consigo.

—¿Murió?

—¿Quién, mi madre? —Él asintió con la cabeza—. Sí, de un cáncer de pecho. Ella lo imaginaba, pero tenía tanto miedo de ir al médico que no nos dijo nada a mi padre y a mí hasta que nos dimos cuenta de que apenas podía levantar un brazo. No lo superó, por supuesto.

—¿Y tu padre?

Su mueca fue triste. Aunque de eso ya hacía tiempo, seguía echándolos mucho de menos a los dos.

—Después de la muerte de mi madre, él aguantó poco menos de un año. Se aseguró de que me dejaba a mí encaminada hacia el futuro y la siguió en cuanto pudo. Desde el día en que la enterramos y hasta el día en que murió, no dejó de decir que, sin ella a su lado, la vida no merecía ser vivida.

—Lo siento mucho.

—Ya, muchas gracias.

—Hija, qué antipática eres cuando quieres.

—Con todas las cosas que he olvidado, y eso sigue ahí, ¿qué quieres? No es para tirar cohetes. Aún me duele que papá prefiriera seguir a mamá antes que quedarse conmigo.

Cuando volvió a fijarse en Álex, se dio cuenta de que tenía la mirada perdida en algún punto de la cocina. Se veía a las claras que ya no estaba allí, sino sumido en algún pensamiento

doloroso.

—¿Tendrá su propia Tatiana que le habla?

—No, creo que algo de lo que le has contado lo ha afectado, ¿no has visto cómo le cambiaba la cara cuando has mencionado que tu padre siguió a tu madre?

—No, estaba inmersa en mis propios recuerdos y no me he fijado.

—Tenemos que enterarnos de qué le hizo la dichosa Teresa. Esto ya pasa de castaño oscuro.

TRECE

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

Era ya de noche y Álex regresaba a su casa desde el trabajo. No podía dejar de pensar en Marina; no había podido dejar de hacerlo durante todo el día, ni durante los días anteriores, para el caso. Todo lo relacionado con ella se estaba convirtiendo en una especie de obsesión. ¿Qué la habría llevado a recalar en Betlem? ¿Por qué su tío se mostraba tan críptico cada vez que él le sacaba el tema? Y, lo más importante: ¿cuánto tiempo más se quedaría en su casa?

Si, cuando la miró con calma por primera vez, su físico no le había llamado la atención, ya no pensaba lo mismo. Marina había engordado un poquito durante los casi dos meses que llevaba en Mallorca, y lo que al principio le pareció un saco de piel y huesos, se estaba rellenando aquí y allá, pero sobre todo en los sitios que a él más lo atraían de una mujer. Tenía un culito redondo y respingón del que no podía desprender la vista, y estaba seguro de que ella lo había pillado mirándose en más de una ocasión. Por no hablar de sus pechos; no era capaz de pensar en ellos sin que su entrepierna se diera por enterada. Llevaba demasiado tiempo sin echar un polvo; sí, tenía que ser eso, se dijo no por primera ni última vez.

Además, se había acostumbrado tanto a su compañía que empezaba a echarla de menos aun sabiendo que la encontraría en el chalet cuando llegara. Ansiaba contemplar su cara sonriente, por mucho que la sonrisa no fuera dedicada a él.

¡Que esa era otra! Su hermano, que parecía que se había pasado la vida enamorado de Érika, ahora solo tenía ojos para Marina, y no es que Álex fuera un experto, pero parecía que ella le correspondía, o al menos se la veía muy satisfecha cuando lo tenía cerca. El hecho de que Sito anduviera por su casa mucho más tiempo del que a él le hubiese gustado lo enfurecía, muy a su pesar. ¿Qué coño pasaba con su hermano? ¿Es que nunca tenía clase o qué? Que fuera capaz de hacer reír a Marina de una manera que a él ni se le pasaba por la cabeza lo cabreaba un montón.

Aun así, seguía intentando convencerse de que Marina no le gustaba y de que solo pasaría una temporada en su casa, hasta que se restableciese, según decía ella. Y lo estaba consiguiendo a buen ritmo, como saltaba a la vista.

Decidió no volver a pensar en nada de todo eso, pero parecía que últimamente le costaba cada vez más mantener su mente a raya. Respiró hondo y trató de calmarse antes de afrontar de nuevo a Marina, pero cuando entró en el chalet y se encontró con que su hermano y ella habían montado un miniestudio de pintura en el salón, y que Sito posaba tumbado en el sofá haciendo el tonto y sin camiseta, empezó a verlo todo rojo.

—¿Otra vez aquí? —gruñó por todo saludo—. ¿Es que no tienes a dónde ir o qué? Tendré que pedirles a los papás que me pasen una pensión de manutención, porque, macho, no hay manera de sacarte de mi casa.

Su hermano lo miró con una mueca divertida, que no le hizo ni la más mínima gracia y que logró que refunfuñara por lo bajo.

—He venido a hacer compañía a Marina, que la pobre pasa sola más horas que un reloj.

—Creía que era eso lo que buscaba cuando vino aquí, estar sola. El tío Hugo no mencionó nada de que quisiera tener un niño a su alrededor durante horas y más horas. ¿Puede saberse qué haces medio en pelotas?

—¿Has tenido una mala guardia? —preguntó Sito, haciendo fuerza para que se le marcaran más los músculos y mirando descaradamente en dirección a Marina.

Álex le enseñó los dientes.

—La guardia ha sido buenísima, lo malo ha sido encontrarte a ti de nuevo en mi casa.

Marina lo observaba espantada, y su enfado subió un grado más. Quería gustarle, joder, no asustarla. ¿Qué estaba haciendo mal? Si quería ver músculos, él también tenía unos cuantos que podía enseñarle.

«Espera un segundo. ¿Has dicho que quieres gustarle? Y ¿desde cuándo, si puede saberse?». Movi6 la cabeza a un lado y a otro para alejar esos pensamientos tan perturbadores de su mente.

—Si quieres que me vaya, me voy, aunque dentro de un rato vendrá Érika. La he invitado a cenar.

—¿Perdona?

—Érika, Érika, mi «amiga». La que ha veraneado en el chalet contiguo al de los papás desde que ambos nacimos. Sabes a quién me refiero, ¿no? —Su sonrisa burlona se ensanchaba por momentos, mientras que Álex no podía hacer otra cosa que asentir—. Pues a esa. La he invitado a cenar.

—Sé quién es Érika, lo sé perfectamente —reaccionó rabioso—. No habéis pasado ni un minuto de vuestras condenadas vidas sin darme por saco. Lo que me pregunto es por qué. ¿Por qué te has tomado la libertad de invitarla a cenar a mi casa? —No podía rebajar el tono, aunque notaba que eso no le hacía ningún bien a su imagen. Estaba enfadado y ni siquiera sabía por qué.

El ruido de la puerta al abrirse lo hizo darse la vuelta para comprobar quién entraba por ella. Lo único que vio al principio fue la mata de pelo azul de la amiga de su hermano, pero, segundos después, la cara que puso la chica al ver a Sito de esa guisa fue un poema; algo que a Álex le provocó una insana satisfacción.

Sito debió de darse cuenta del malestar de Érika, porque se levantó del sofá y se puso la camiseta más deprisa de lo que se podría tardar en contarle.

—Hola, preciosa, estábamos hablando de ti.

Ella se recompuso de forma impresionantemente rápida y Álex maldijo para sus adentros. Hubiera preferido que le pusiera los puntos sobre las íes a su hermano y no verse en la tesitura de tener que hacerlo él mismo.

—¿Sí? Espero que estuvieras contando algo malo. Las travesuras son lo que mejor se me da.

Sito meneó la cabeza y se acercó a ella; la cogió de la mano y la arrastró hacia donde Marina continuaba con el pincel entre los dedos y, al parecer, bastante cohibida por toda la escena que se había desarrollado ante su vista.

—Marina, por fin voy a presentarte a Érika, mi más mejor amiga del mundo mundial y, algún día, si logro convencerla, mi mujer y la madre de mis hijos.

—Mira que eres idiota. —La chica lo golpeó en el brazo y, aunque sonreía, no se la veía del todo cómoda—. Antes muerta que ser tu mujer.

Sito y Érika llevaban años lanzándose ese tipo de pullas. Álex sabía que se habían enrollado al menos una vez, cuando tenían quince o dieciséis años, pero dudaba de que hubiesen repetido la experiencia. No obstante, y aunque le constaba que todo el mundo daba por sentado que esos dos eran pareja, a él no le acababa de cuadrar que hubiese nada entre ellos, y mucho menos desde que su hermano babeaba todo el santo día persiguiendo a Marina.

Su invitada soltó el pincel y, después de limpiarse las manos en un trapo, le dio dos besos a la recién llegada. A Álex le hubiese encantado ser el receptor de la sonrisa que le dedicó a la seudonovia de su hermano, pero él ya no era el chico encantador que había sido en el pasado, no desde que Teresa lo había dejado. «Ya ves de qué te sirvió ser la alegría de la huerta: Teresa te abandonó por un catedrático tieso y algo rancio que la ha dejado embarazada —se sermoneó—. De todas formas, un bombo no ha sido lo único que ha conseguido de él, ¿no? Ha ascendido más puestos durante este último año que durante los cuatro que estuvisteis juntos».

Casi podía paladear la bilis que le ascendía por el esófago.

«¿Ya hace un año que me dejó?», se preguntó de repente. La certeza de que el tiempo pasaba muy deprisa, y de que él lo estaba desperdiciando, lo golpeó con fuerza, como le había pasado en otras ocasiones de su vida. Algo hizo clic en su cerebro. Se apoyó en una silla que había justo a su lado y cerró los ojos; respiró hondo varias veces. «Ya basta, ni un día más, Teresa no se merece que dedique ni un solo segundo más de mi existencia a llorarla». Cuando abrió los ojos de nuevo, se sentía diferente, más liviano y mucho más dispuesto a ser el antiguo Álex, el de la risa fácil y la alegría contagiosa, que en los últimos doce meses.

Acababa de tomar una decisión importante: qué más daba el tiempo que Marina fuera a quedarse en su casa. Le gustaba lo suficiente como para intentar conquistarla. A partir de ese momento se daría cuenta de por qué, no hacía tanto, Álex Oliver triunfaba allá donde fuera.

CATORCE

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

—¿Qué cojones le pasa a Álex que de repente se ha convertido en todo sonrisas?

—Pues está claro: se querrá tirar a la amiga de su hermano. Capullo, ¿no se da cuenta de que Sito está enamoradoísimo de esa chica o qué? Si hasta me lo ha contado a mí. ¡A mí, que soy una desconocida!

—¡Marina Jiménez! Has dicho dos tacos en una sola frase. Te estoy recuperando, ¿te das cuenta?

—Déjame en paz, anda, que ya tengo suficiente con que el gilipollas este nos dé por saco a todos con su actitud.

—¡A Marina le gusta Álex, a Marina le gusta Álex!

—¡Cállate! Me sacas de quicio con tus tonterías.

—¡Marina, Marina! —Sito la apartó de sus cavilaciones cuando más lo necesitaba. Estaba hartándose de Tatiana y de sus reproches—. ¿Te apuntas?

Vio que los tres la observaban con distinto grado de ilusión y se dio cuenta de que se había perdido parte de la conversación, ¡maldita voz interior!

—¿A qué?

—A la yincana que están organizando los del club de la tercera edad de la Colonia con el fin de recaudar fondos para un viaje a no sé dónde. Es mañana.

—¿Mañana? Anda, que avisáis con tiempo.

—Te estamos avisando ahora, ¿qué más quieres? Yo me he enterado esta mañana.

—Puede ser superdivertido. Los grupos tienen que ser de cuatro personas; lo pasaremos genial, ya lo verás —aplaudió Érika.

Ver una sonrisa cómplice en la cara de Álex fue lo que más la desconcentró.

—Lo siento, soy muy patosa, solo sería un lastre. Seguro que tenéis muchos amigos dispuestos a participar. El deporte no es lo mío.

—¿Qué parte de «lo organiza el club de la tercera edad» no has entendido? Seguramente seremos los participantes más jóvenes. Excepto quizás algunos niños a los que sus abuelos logren convencer. Además, desde que has llegado te pasas el día aquí metida sin hacer otra cosa que leer. Tienes que airearte, y seguro que nos reímos un montón. —La mirada que Sito le echó de reojo a su hermano no le pasó desapercibida—. Yo que creía que lo tenía todo hecho si conseguía convencer a Álex, y ahora vas tú y ¿pones pegas?

Álex la miró y encogió los hombros, como si quisiera darle a entender que no le quedaba más remedio que acceder. El muy sinvergüenza acompañó el gesto de una sonrisa que, como ella y Tatiana habían corroborado en más de una ocasión, fue deslumbrante.

—¿Este cabrón de qué coño va? Se ha tirado más de un mes sin mirarme a la cara y ahora, de repente, esto.

—¡A Marina le gusta Álex, a Marina le gusta Álex!

Marina gruñó para sus adentros.

—*Si es que se veía venir que caerías rendida a sus pies, Marinita.*

—*¡Que no, joder! Que no me gusta su actitud, ¿quién te dice que mañana no volverá a ser el tío arisco y desagradable del último mes?*

—*Marina, te gustaba cuando era malcarado y silencioso, ahora lo único que ha hecho ha sido mejorar.*

—*Muy repentina me ha parecido a mí esa mejora. Te juro que si le está tirando los tejos a Érika, le doy dos hostias con la mano abierta. Aunque tenga que subirme a un taburete, jolines.*

—*Igual tenían todos razón y estaba hecho polvo por lo que fuera que le hizo la tal Teresa (que mira que tiene delito no habernos enterado de qué fue; que eres fiscal, coño, se supone que sabes interrogar a la gente).*

—Marina, regresa de tu mundo interior —dijo Sito acompañando su tono gutural de una melodía tétrica.

—Perdón, perdón. Es que estaba discutiendo conmigo misma.

—*Que yo no soy...*

—*¡A callar, que ya lo sé!* —No la dejó acabar la frase y se dirigió a los otros tres.

—Está bien, participaré. —Sito y Érika la vitorearon; ella se apresuró a acallarlos con las manos—. Con la condición de que a mí me dejéis las pruebas menos duras. Todavía estoy convaleciente, y los médicos se han hartado de decirme que no haga esfuerzos que impliquen el aumento de la presión intracraneal.

—Sito me dijo que habías sufrido un accidente. —Marina se envaró ante la indiscreción de Érika, pero no fue la única que lo hizo. Se dio cuenta de que Álex se había puesto muy serio de repente y de que el pequeño de los hermanos le daba un pellizco a su amiga por debajo de la mesa—. ¡Ay, no me pellizques! No sabía que no podía hablar de ello. No habérmelo dicho si no querías que lo repitiera, sabes de sobra que no tengo ni idea de cómo guardar un secreto.

El rapapolvo gratuito que acababa de recibir Sito eterneció a Marina, que se echó a reír.

—No pasa nada, chicos, no se os ocurra pelearos por eso. No es ningún secreto. Aunque tengo una laguna enorme respecto a todo lo que sucedió los días anteriores al accidente y, como podéis imaginar, no recuerdo nada de los meses que pasé en coma ni las semanas posteriores a despertar de él.

—¿Fue un accidente de coche? —La cara de espanto de Érika había ido en aumento con cada frase que Marina pronunciaba.

—Sí.

—¿Sola?

—Bueno, yo iba sola por la calle, sí. Me atropellaron; no os puedo contar ni si lo vi venir porque, como ya os he dicho, no me acuerdo de lo que pasó.

—Pero te habrán contado cómo fue, ¿no?

—*¿Estás segura de que se lo quieres explicar? Los vas a acojonar.*

—*Este es tan buen momento como cualquier otro. ¿Qué más dará?*

Álex pareció percatarse de su silencio. Se puso en pie y dio dos fuertes palmadas.

—Chicos, es hora de irse a la cama.

—No te preocupes. —Marina sonrió en su dirección—. No me importa contároslo, pero solo puedo deciros lo que me han relatado a mí.

—*¿Eso que veo en los ojos del matrn es una chispa de dulzura? ¡A Álex le gusta Marina, a Álex le gusta Marina!*

Marina se perdió en la mirada cálida que acababa de regalarle Álex y eso, junto con la

persistente letanía de Tatiana en su cabeza, hizo que perdiera el hilo de lo que estaba diciendo.

Sito y Érika se levantaron al unísono de sus sillas y balbucearon un: «¡Uy, sí, qué tarde es! ¡Deberíamos irnos!» conjunto. Se dirigieron a la puerta, despidiéndose al tiempo que daban las buenas noches, y se esfumaron antes de que Marina pudiese desprenderse del embrujo de los ojos de Álex.

No salió de su trance hasta que el chico empezó a retirar los platos de la cena.

—Te... te ayudo —le dijo imitándolo.

—No te preocupes, yo lo haré. No pasa nada.

—No, no, ¡quiero ayudar! No creo que quitar la mesa fuera una de esas cosas a las que se referían los médicos cuando dijeron que no hiciera esfuerzos.

Álex sonrió de nuevo y Marina casi tuvo que sentarse de la impresión.

—*¿Dónde se ha metido Álex y quién es este extraterrestre que ha venido a ocupar su lugar?*

—*No tengo ni idea, pero seguro que tiene poderes extrasensoriales: consigue que me tiemblen las rodillas con solo mirarme... Y no empieces con la dichosa cancioncilla, que te veo venir. Claro que me gusta. Si basta con que lo mires; está más bueno que una caja de bombones.*

—*Y me apostaría algo a que en la cama es más caliente que el picaporte de la puerta del infierno.*

Inmediatamente después de que Tatiana terminara de decir esas palabras, la mente de Marina empezó a proyectar imágenes de cuerpos desnudos, sudorosos y satisfechos en una cama, y tuvo que sentarse de nuevo.

—*¿Cómo puede ser que tú recuerdes eso y yo no?*

—*Porque las experiencias que hemos tenido en ese terreno hasta el día de hoy no merecen precisamente ser guardadas bajo llave en un cajón. Creo que las imágenes que acabamos de evocar provienen de alguna fantasía nuestra, no creo que se ciñan a la realidad.*

—*¿Te encuentras bien? Estás temblando.* —La mano que Álex apoyó sobre su hombro la devolvió a su salón de inmediato.

—*¿Eh? Sí, sí, estoy bien. Quizás un poco cansada.*

—*Vete a dormir, en serio. Ya termino yo de recoger la mesa. ¿O prefieres que veamos una película?*

Marina no salía de su asombro y, para su desgracia, por una vez Tatiana se había quedado muda por completo.

—No, mejor lo dejamos para otra ocasión. Me duele la cabeza, creo que iré a acostarme.

—*Anda, que no eres gilipollas ni nada.*

—Está bien. Yo también me voy a la cama, creo que leeré un rato. Usa tú el baño primero, después ya iré yo.

QUINCE

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

A Marina le costó más de una hora dormirse. Oía a Álex trastear por la casa, y las imágenes que había visualizado al tenerlo tan cerca se paseaban descaradas por su mente, impidiendo que

cayera al fin en el sueño reparador que tanto necesitaba.

Sobre la una de la mañana, se despertó sudorosa y con las sábanas enrolladas en torno a su cuerpo como si fueran una serpiente. Decidió levantarse para beber un vaso de agua, aunque por un momento pensó que echársela por el cuello le iría mejor. Cuando pasó por delante de la puerta de la habitación de Álex, se dio cuenta de que estaba entornada.

—*Vamos a ver qué hace.*

—*No pienso meterme en el cuarto de Álex, Tatiana. Ni que fuera una depravada. Además, lo que quiero es refrescarme, no calentarme más.*

La risa de Tatiana volvió a sorprenderla; no estaba acostumbrada a ella, pero podría llegar a estarlo, se dijo.

Sin que Marina pudiera evitarlo, los dedos de su mano derecha se apoyaron en la madera y empujaron la puerta con suavidad. La luz de la luna iluminaba tenuemente la habitación, y lo primero que vio de Álex fueron sus pies, así que abrió un poquito más. Se sorprendió al notar que el chico se revolvía en la cama, gemía y parecía asustado.

—*Creo que está teniendo una pesadilla.*

—*Nunca me acuerdo de qué debe hacerse en estos casos, ¿lo despertamos o dejamos que se despierte solo?*

Un quejido doloroso, mucho más fuerte que los anteriores, impulsó a Marina hacia el interior de la habitación. Su instinto protector la lanzó a querer despertar a Álex; no le gustaba nada de nada verlo sufrir.

Se detuvo justo a su lado y alzó las palmas para zarandearlo, pero justo antes de tocar sus hombros, él levantó sus manazas y la asió con fuerza de las muñecas. El poder y el calor que le transmitían esas manos la dejó muy tocada, tanto que ni siquiera se asustó. Casi se sintió desamparada cuando él la soltó como si quemara.

—*¿Qué haces aquí?* —preguntó con sequedad—. *No puedes acercarte a mí mientras duermo. —Habla en un tono tan grosero que intimidaba—. He estado a punto de romperte los brazos.*

—*¡Es la primera noticia que tengo sobre eso de no acercarme a ti! Ni que fueras un perro al que quieren robarle la comida —se defendió Marina—. Además, estabas teniendo una pesadilla, gritabas y me has despertado; solo pretendía ayudar.*

—*Mentirosa.*

—*¡Shhh!*

Álex se sentó en la cama y se pasó ambas manos por la cara.

—*Lo siento. Te lo digo ahora: no vuelvas a acercarte a mí mientras duermo si no me adviertes primero de ello.*

—*Ni se me ocurriría hacerlo, no te preocupes. —Mientras salía de la habitación, siguió murmurando—: Ni siquiera pienso acercarme a él mientras esté despierto, mira qué te digo. Mi abuela ya me avisó de que una golondrina no hace verano. Te dije que la simpatía esa no iba a durar, ¿o no te lo dije?*

Se metió en el baño y estuvo gruñendo y hablando por lo bajo durante un buen rato. Cuando salió, la luz de la sala estaba encendida, pero evitó dirigirse allí.

—*Siento haberte gritado. —La voz de Álex sonó contrita a su espalda antes de que lograra meterse en su habitación—. Te he preparado un vaso de leche con cacao. ¿Paz?*

Marina negó con la cabeza mientras se daba la vuelta.

—*Está más pirado que yo.*

—*Más, no; por el estilo, me temo que sí.*

Pasó por su lado sin mirarlo siquiera a la cara. Se encaminó a los sofás y vio que había

colocado dos tazas sobre una bandeja en el centro del más grande. Se sentó a un lado y subió las piernas para cruzarlas bajo ella como si fuera un indio. Él tomó asiento, dejando las bebidas entre ambos.

—¿Con quién hablabas en el baño?

—Conmigo misma, ¿con quién si no? —Su respuesta fue más seca de lo que pretendía y Álex arqueó las cejas ante el ataque. Agradeció que por una vez Tatiana no le recordara que ellas dos eran personas distintas—. ¿Siempre te despiertas tan belicoso? —Su tono seguía teniendo un regusto amargo, pero no fue tan áspero como segundos antes.

—Lo siento mucho, me he asustado y he reaccionado de forma desproporcionada. Hace unos meses que se me repite una pesadilla que me pone los pelos de punta.

—Hasta yo he notado lo angustiado que estabas, por eso he querido despertarte. ¿Quieres hablar de ello?

—Mi tío no me dijo que fueras psicóloga; de hecho, cuando me dijo que eras una compañera suya de trabajo, pensé que eras policía.

—¿Y qué te hace pensar que no lo soy?

—Pues la verdad es que tu físico no me cuadra demasiado con el de un policía nacional.

—Ese comentario es puro machismo, ¿te das cuenta?

—No es verdad, y lo sabes. —Álex le guiñó un ojo y Marina se estremeció.

—Sí que lo es. Es un comentario extremadamente machista. Tu tío Hugo no es mucho más alto que yo, ni más fuerte.

La risa que le provocó a Álex esa afirmación convirtió su boca en un géiser que derramó por el suelo del salón parte de la leche que acababa de beber. Marina retrocedió lo que pudo, temiendo ser bautizada.

—Mi tío te saca al menos una cabeza de alto y un cuerpo y medio de ancho, ¡chavala!

—¿«Chavala»? ¿Te ha llamado «chavala»?

—Lo de la cabeza de alto será cuando se atusa ese pelo que tiene a lo afro.

La carcajada de Álex la tomó por sorpresa, pero enseguida se recuperó y se repantigó en el sofá, sonriendo satisfecha con la taza entre las manos.

—Será mejor que no te metas conmigo ni con mi estatura, ¡chaval! Lo que tengo de pequeña lo suplo con mi cerebro portentoso, así que cuidadín.

—*Eso es algo que nunca habría dicho la antigua Marina, aunque lo hubiera pensado. El cambio me satisface.*

Álex la miró por encima del borde de la taza. La posó de nuevo en la bandeja y preguntó:

—Entonces, ¿eres psicóloga?

—Frío, frío —contestó juguetona.

—*Juo, juo, juo. Te lo estás comiendo por los pies. Mira bien sus ojos y cómo te contempla.*

—¿No piensas darme ninguna pista?

Álex había hablado a media voz mientras la miraba fijamente, y la intuición, más que el recuerdo de cómo actuar, le dijo a Marina que era hora de una retirada digna.

—Ni una sola. Es más, te doy tres intentos. Si para entonces no lo has adivinado, te quedarás sin saber a qué me dedico.

Se puso en pie con agilidad y se dirigió hacia el pasillo que conducía al baño y a las habitaciones. Se volvió para darle a Álex las buenas noches y se dio cuenta de que tenía la mirada clavada con descaro en su trasero, tal como ella había pretendido.

—Espero que descanses bien.

El chico se sobresaltó y subió la vista a su cara.

—Buenas noches, lo mismo digo —carraspeó.

—*Lo tienes en el bote, Marinita. Creo que sería buena idea pedirle a Érika que nos acompañe a comprar ropa interior adecuada; las bragas de abuela que te trajiste le bajarían la libido a cualquiera. Lo sabes, ¿no?*

—*Me parece una idea excelente. Igual mañana le pido a Sito que me pase su teléfono.*

—*¿Ya está soñando de nuevo?*

Esta vez a Marina sí que la habían despertado los gemidos de Álex, y se bajó de la cama corriendo para ir a averiguar qué le pasaba. Tuvo un *déjà vu* en cuanto apoyó la mano en la puerta, pero no estaba preparada para lo que vio a continuación.

Álex sostenía su pene con una mano mientras con la otra se masajeaba los testículos.

—*La hostia, se está masturbando.*

Marina se había quedado pegada al suelo. No podía dejar de observar cómo Álex se daba placer. De repente, en un suspiro más profundo, intuyó que murmuraba algo.

—*Ahí seguro que se podrían ensartar media docena de rosquillas. Por Dios, acércate a echarle una manita. No me dejes con las ganas.*

—*Cállate, que quiero oír lo que está susurrando.*

—*¿Qué va a ser, gilipollas? Lo mucho que le gusta. Pero le gustaría aún más si lo ayudásemos. ¡Confía en mí!*

—*¡Que te calles, joder!*

Aguzó el oído mientras introducía un poco más la cabeza en la habitación. Los movimientos de este se hacían cada vez más frenéticos y sus caderas se despegaban de la cama mientras exclamaba con voz clara:

—*¡Oh, Marina, Marina!*

—*Hala, ahora ya no nos necesita para nada. Huye. Que nos va a descubrir.*

Marina retrocedió y se refugió deprisa en su habitación. Su temperatura corporal había subido al menos dos grados; tenía la respiración acelerada y el corazón a punto de salirse por la boca. No podía dejar de pensar con deleite en la escena que acababa de contemplar.

—*Y ahora, ¿qué voy a hacer?*

—*Pues yo lo tengo claro, tía; tumbate en la cama que te explico cómo. O a lo mejor hemos huido demasiado deprisa. ¿Ha pronunciado tu nombre mientras se corría o me lo he imaginado?*

—*No me refiero a eso, pedazo de animal. Quiero decir que cómo voy a poder mirarlo mañana a la cara.*

—*¿Qué interés puede tener su cara sabiendo lo que ocultan los pantalones, chavala? Venga, volvamos con él. No creo que Álex, con el pedazo de hombretón que es, no sea capaz de repetir eso tres o cuatro veces en una noche.*

—*En serio que tengo que deshacerme de ti, me estás volviendo loca.*

—*Ya lo sabes, lo mío solo se soluciona de una manera. Vuelve a ser la de antes.*

—*¿Crees que si supiera cómo lograrlo no lo habría hecho ya?*

—*No estás tan lejos de conseguirlo, mi querida padawan, no estás tan lejos.*

DIECISÉIS

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

—¿Quieres hacer el favor de levantarte ya de la cama?

—Eso ni lo sueñes. No pienso salir de la habitación hasta que Álex se haya ido.

—En algún momento tendrás que enfrentarte a él.

—No, he decidido que en cuanto salga, haré la maleta y me largaré lejos.

—A ver, Marinita, si lo que viste anoche te encantó. Te pusiste a mil. ¿Por qué razón tendrías que salir corriendo?

—Porque me da mucha vergüenza. ¿Es que no lo entiendes?

—Si él ni siquiera se enteró.

—¡Pero yo sí! —Marina se tapó la cabeza con el edredón. Solo con recordar la escena de la noche anterior se ponía como un tomate. ¿Cómo podría estar en la misma habitación que Álex?

—¿Que te levantes de una vez! Vaya mojigata estás hecha. Quién te ha visto y quién te ve. ¿En serio cuando te operaron la cabeza no te extirparon un trozo de cerebro?

—No lo sé, yo no estaba ahí. La única que perdura en el tiempo, por lo que veo, eres tú.

—Para lo que nos sirve. Hazme caso: vístete y sal al encuentro de ese pedazo de hombre, que me pongo cardiaca sabiendo que está tan cerca y sin que me dejes verlo.

Marina se destapó a regañadientes. Hacía un rato que oía los movimientos de Álex por la casa. Suponía que no tenía guardia en el hospital y que se estaba preparando para ir a practicar algún deporte. Esos dos hermanos eran adictos al ejercicio. Se pasaban el día entrenando: o corriendo o yendo en bici o metiéndose en el mar, aun con el frío que hacía.

Cogió sus útiles de aseo y la ropa que iba a ponerse después de la ducha y se dispuso a abrir la puerta lentamente para que, desde la sala o la cocina, no se la oyera salir de su habitación. Echó un vistazo al pasillo y le pareció que estaba despejado. Salió como una bala hacia el baño. Asíó el picaporte y, ante su total incredulidad, se le escapó de la mano porque alguien estaba tirando de él en dirección contraria. Intentó una retirada digna, pero ya era demasiado tarde. Álex acababa de abrir la puerta del baño desde dentro. Iba ataviado con un traje de neopreno que se le ajustaba tan bien a las piernas y a las caderas que los músculos quedaban definidos a través de él. No se había colocado la parte de arriba, sino que llevaba las mangas atadas a la cintura, dejando todo el pecho descubierto.

—Santa María, madre de Dios.

El topetazo fue inevitable, y la nariz de Marina quedó pegada justo en el esternón de Álex, escasos centímetros más abajo de su pecho. El aroma que desprendía solo era igualable a la fuerza que emanaba de cada uno de sus poros. Una imagen clara del momento en que él había llegado al clímax la noche interior invadió el cerebro de Marina. Cualquiera pensaría que todas sus neuronas se habían activado al mismo tiempo reaccionando a ese aroma tan embriagador.

Álex, en lugar de retroceder, le puso las manos alrededor del cuerpo, para evitar que se cayera. Sentir ese contacto tan estrecho con su piel desnuda hizo el resto. Sin poder evitarlo, abrió

la boca y con suavidad empezó a mordisquear y besar cada centímetro de aquel torso duro y apetecible.

Él se envaró e hizo amago de retirar las manos de su espalda, pero la vacilación duró solo unos segundos y esos brazos la acercaron más a él. Miró hacia arriba y se perdió en la inmensidad del deseo que le devolvían los ojos de Álex.

Una de las manos de él voló desde su espalda a su nuca y, con una lentitud exasperante, se acercó a sus labios sin dejar de mirarla.

El contacto de sus bocas desató en Marina un frenesí que yacía enterrado en algún lugar desde el accidente, o incluso antes, no lo sabía con seguridad. Pero era ella quien lo manejaba, no había ni rastro de Tatiana. Era Marina en estado puro.

Soltó todo lo que llevaba en las manos y, con dedos ávidos, acarició la cabeza y la cara de Álex. El beso se hizo más intenso, y abrió la boca para que él pudiera entrar sin problema.

Si el toque de sus labios la había predisposto a continuar con el beso, el roce de sus lenguas la sacudió por entero. No creía poder tener suficiente de eso que le estaba dando Álex, nunca, era adictivo.

Se separaron con las respiraciones aceleradas y juntaron sus frentes.

—Marina, no entiendo qué me has hecho, pero me gustas mucho, muchísimo.

Ella sonrió.

—Y tú a mí.

—No sé si esto es lo que más nos conviene ahora mismo.

—A mí la vida me ha enseñado que solo existe el presente. Mañana es tarde.

Volvió a besarla; se agachó aún más para asirla por las piernas y levantarla del suelo. A pesar de lo incómodo de la postura, Álex consiguió abrirse paso hacia su habitación.

La dejó con suavidad sobre la cama y, sin dejar de besarla, le tomó un pecho por encima de la tela del pijama. Marina inspiró con fuerza al notar cómo se intensificaba la caricia y le pellizcaba el pezón.

Tiró de él para acercarlo más a su cuerpo. Incluso a través del neopreno, notó el duro bulto acomodándose entre sus ingles. Soltó de golpe el aire por el impacto de todo ese calor y esa presión en su parte más íntima.

Álex le cogió la cara entre las manos y le rozó las mejillas con los pulgares.

—Eres preciosa.

Ella sonrió pícaro.

—¡Sí que te ha costado darte cuenta!

—Lo pienso desde el día en que llegaste. —Se apoyó sobre los codos y Marina lo echó en falta.

—¿Seguro? —Arrugó la nariz.

—Vale, pongamos que lo pensé en cuanto empezaste a rellenar ese traje vacío que traías y se te formaron esos hoyuelos tan apetecibles en los mofletes. —Le dio un mordisco cariñoso que le arrancó una carcajada.

Álex la miraba como si realmente le pareciera que era hermosa, y a ella se le calentó aún más la sangre, si es que era posible.

Muy despacio, se fueron acercando uno al otro para besarse, primero, y comerse la boca con ansia, después.

Marina le rodeó las caderas con las piernas y elevó el pubis para poder rozar mejor su erección. Álex pasó la mano por el interior del pantalón del pijama y le estrujó las nalgas con la mano mientras la ayudaba.

Sin previo aviso, la vidriera de la entrada tembló con un portazo.

—¡Buenos días! —La voz de Sito anunciando su presencia los dejó a ambos petrificados.

—¿Qué hace aquí? No habíamos quedado hasta la tarde —susurró Marina.

—¡Venga, dormilones! Álex, pensaba que ya estarías listo. Si no vamos tirando, se nos hará muy tarde.

Álex apoyó la frente en el pecho de Marina, bufando.

—Yo sí que había quedado con él; vamos a hacer pesca submarina. —Hablaba tan bajito que apenas lo oyó.

—Chicos, ¿estáis bien? ¿Por qué no me contesta nadie? ¿Álex?

—¡Ahora salgo! —gritó. La fuerza abdominal que necesitó para hacerlo trajo consigo un nuevo roce entre sus excitados sexos, que, a pesar de la ropa que había entre ellos, acusaron el contacto.

Marina inspiró a través de los dientes e inclinó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué pasa? Me estáis preocupando.

—Te digo que no pasa nada, joder. Ve afuera y empieza a preparar lo que necesitamos, que enseguida voy.

—Está bien, ya salgo. Pero que conste que me quedaría más tranquilo si antes de irnos pudiera comprobar que Marina está bien. Seguro que con todo este jaleo la hemos despertado. —Su voz sonaba amplificadas, como si se hubiera colocado las manos a modo de bocina.

—Es innegable que te ha oído. No hace falta que grites más.

—Mira quién habla.

El ruido de la puerta al cerrarse acompañó esas últimas palabras.

—Si consigo ahogarlo, ¿crees que va a parecer un accidente?

—Pobrecito, ¿por qué querrías hacer algo así?

Álex empujó su pubis en dirección al de Marina.

—¿Esto te parece razón suficiente?

A ella le entró un ataque de risa. Álex le dio otro beso, muy suave, como si pensara que iba a romperse si lo hacía de otro modo.

—¿Te gustaría que en otro momento acabáramos lo que hemos empezado?

—¿Acaso hay algo en mi actitud que pueda hacerte pensar que no es así?

Álex sonrió, metió los dedos en su pelo y empezó a acariciarla muy despacio. Marina percibió el segundo exacto en que dio con la cicatriz que le atravesaba el cráneo porque los dedos frenaron de inmediato y porque sus ojos cambiaron de juguetones a preocupados en un solo parpadeo. Elevó las cejas al tiempo que torcía la boca en un vano intento de restarle importancia al costurón. Álex ya le estaba separando el pelo a mechones para poder observarlo.

—¿Tuvieron que aspirar coágulos?

—Parece ser que sí. El traumatismo fue grave. —Intentó sentarse en la cama, pero el peso de él, que no hizo nada por quitarse de encima, se lo impidió.

—Eres una mujer fuerte.

Ella negó con la cabeza.

—Sí, se ve que soy bastante dura de mollera. Pero te mentiría si te dijera que soy la misma de antes al cien por cien.

—Date tiempo. ¿Cuánto hace que saliste del coma?

—Casi ocho meses.

Álex se tumbó a su lado y la aferró por los hombros para acercarla a él. Volvió la cabeza y ella notó que la seguía examinando.

—No me había dado ni cuenta, lo siento. He sido un poco brusco.

—No soy ninguna muñequita de porcelana. No dejes que mi físico te engañe. Además, la brusquedad de antes me ha gustado. Al menos, mucho más que la del mes pasado.

Él se frotó la cara, como si quisiera borrar algún pensamiento insidioso.

—He estado haciendo el gilipollas desde que llegaste. Lo siento, yo no solía ser así.

La vidriera de la entrada volvió a sonar, y Marina dio un salto para ponerse en pie antes de que Sito entrara.

—Tenemos una conversación pendiente —susurró Álex.

Ella arqueó las cejas.

—¿Solo una conversación?

Álex abrió unos ojos como platos, y Marina se rio por lo bajo mientras salía de la habitación. Recogió lo que había tirado por el suelo y se dirigió a la sala con todo ello en la mano.

—¿Qué pasa? ¿A ti te parece normal hacer tanto ruido por la mañana?

Sito le sonrió abiertamente.

—Son casi las nueve, no es tan temprano.

—¿Tú nunca tienes clase?

El chico entrecerró los ojos y la observó como si no la conociera.

—Y a ti, ¿no podría pegársete lo bueno de mi hermano y no eso? Además, hoy es sábado. Sábado, no hay clase.

De repente, abrió mucho los ojos. Se llevó la mano a la frente y señaló con un dedo a Marina, después el pasillo donde se encontraban las habitaciones y de nuevo a Marina.

—Esos labios tan hinchados no son de dormir...

Ella se apresuró a taponarle la boca para que no hablara más.

—Cállate, que lo vas a gafar —susurró.

La sonrisa de Sito se ensanchó bajo su palma. El chico arrugó la nariz, cerró los puños y bajó los codos con los brazos doblados.

—¡Toma ya! Soy un Celestino de la hostia; verás cuando se lo cuente a Érika.

Marina negó con la cabeza y sonrió de camino al baño.

—*No sé por qué sonríes, si te has quedado a medias.* —La voz hastiada de Tatiana la tomó por sorpresa.

—*¿Dónde te habías metido?*

—*Ya te dije que había cosas para las que no me necesitarías. Te juro que esta es una de ellas.*

—*Pensaba que tenías mucho que enseñarme.*

—*En cuanto he visto que recuperabas la memoria tan deprisa, me he retirado discretamente. Creo que lo que te toca es agradecérmelo y no quejarte tanto.*

—*Muchas gracias.*

—*Muchas denadas.*

DIECISIETE

*Plaza de la Iglesia
Colonia de Sant Pere*

Aquel sábado por la tarde, en la pequeña plaza de la Colonia, habría reunidas unas cien personas, o más. Eso, según le habían dicho Érika y Sito a Marina, era una auténtica multitud para aquel pueblo costero. Los veraneantes hacía tiempo que habían vuelto a sus casas de Palma —menos los asiduos, claro— y la tarde no se presentaba nada apacible; no obstante, había mucha gente que se había acercado a curiosear.

Después de que Álex y Sito se fueran a pescar, Érika se había presentado en el chalet con camisetas fucsia idénticas para los cuatro.

—Son nuestro uniforme. Tienes un pantalón negro, ¿verdad?

Desde entonces todo habían sido preparativos para la yincana. Álex y ella no se habían quedado ni un rato a solas en todo el día y no hacían más que intercambiar miradas de deseo, de las que los otros dos no parecían darse ni cuenta.

A Marina, Érika le parecía una chica genial, y cada vez entendía mejor por qué Sito estaba tan coladito por ella. Era muy maja y siempre estaba sonriente, como él. Formaban una pareja perfecta, aunque quizás eran demasiado jóvenes para atarse para toda la vida.

—*Esos dos acabarán juntos, eso lo saben hasta en la Conchinchina, pero primero tienen que volar por separado. Es mejor para su salud mental. Te lo digo yo.*

—*¿Qué sabrás, precisamente tú, de salud mental?*

—*Que tú pienses que estás loca porque puedes oírme no significa que lo que diga yo sea erróneo, ¿aún no te has dado cuenta? Además, voy notando cómo me diluyo en tus pensamientos, ¿será que he conseguido llevarte por donde deseaba?*

Marina brindó una mueca mental a Tatiana y dirigió la mirada hacia el lugar por el que Sito y Álex habían desaparecido para inscribirlos a los cuatro en la yincana. Érika estaba bromeando con unos conocidos a los que se había encontrado, así que se dedicó a observarlo todo con atención.

Los organizadores habían dispuesto una especie de pista de pruebas que, por cierto, no tenía nada que ver con las yincanas que ella recordaba de los campamentos en los que había participado de niña. Nada más empezar el circuito, unos neumáticos colocados en paralelo, uno al lado de otro, vaticinaban un esfuerzo que no había previsto realizar; en otra zona del recorrido, una gran bala de paja, redonda y tan alta como ella, ocupaba la mitad del carril; más adelante había una torre de madera con unas cuerdas en la parte superior, que tenía todo el aspecto de tener que ser escalada, y, en los últimos metros, un andamio del que colgaban unas anillas cerraba la ruta de la tortura.

—*No pretenderán que te cuelgues de eso como si fueras un monito, ¿verdad? ¡Ay, que nos veo con la cabeza abierta! Con lo que les costó que se cerrara la primera vez...*

Marina chasqueó la lengua. Si bien desde hacía poco las intervenciones de Tatiana eran cada vez más espaciadas en el tiempo, no había dejado de intervenir por completo; también era cierto,

como ella aseguraba, que estaban de acuerdo en muchas más cosas que al principio de su relación (o lo que fuera aquello), así que Marina tampoco le daba razones para quejarse con tanta frecuencia como en el pasado. Pero, desde luego, no necesitaba que se dedicara a aumentar su temor, que crecía de manera exponencial a medida que se imaginaba en qué consistiría cada una de las pruebas que le esperaban.

—Ya estamos aquí —oyó la voz risueña de Sito a su espalda.

Álex le sonrió y le tendió un dorsal junto con dos imperdibles. Sus dedos se rozaron y Marina dirigió la mirada rápidamente a su cara para ver si se había estremecido, como había hecho ella. Le dio la impresión de que así era y le sonrió con timidez.

—Supongo que los dorsales son para que no resulte fácil confundirnos entre el gentío —dijo él con sorna, sin borrar esa maravillosa sonrisa de su cara, y Marina se sintió más feliz que en mucho tiempo.

—*Porque estás alelada, por eso estás tan contenta. Se trataba de tirárnoslo, no de enamorarnos.*

—*No estoy enamorada, gilipollas. Solo me gusta un montón.*

—*Y yo que me lo creo.*

La voz de un hombre retumbó en varios altavoces tras ella:

—Por favor, que los participantes se dirijan a la línea de salida y los espectadores salgan del circuito; la prueba va a dar comienzo. Os recordamos que el premio es una excursión en el tren de Sóller para cuatro personas, por si algún grupo de rezagados se anima y se atreve a participar.

—¡Oh! El tren de Sóller —exclamó Érika emocionada—. Hace años que no me monto en él. Tenemos que ganar ese premio.

—Claro que lo vamos a ganar. —La mirada que le dedicó Sito era muy elocuente—. ¿Acaso dudas de que los hermanos Oliver vayan a machacar al resto de equipos?

—No deberías ir tan de sobrado; he visto que Óscar y Michel también participan.

—¿Cómo? —La cara de Sito se ensombreció por unos instantes.

Érika señaló a dos chicos que tendrían su misma edad y que parecían igual de fuertes que Sito y Álex, aunque menos altos; los acompañaban dos chavales que no parecían tan obsesionados con el deporte como los otros y que, por consiguiente, no estaban tan en forma.

—¡Buah! Se han buscado de ayudantes a esos dos porque creen que lo tienen ganado. Venga, Álex, prepárate, que tenemos que aplastarlos como a cucarachas.

—No te hagas muchas ilusiones. Ya te dije que a mí no me iba el deporte y que iba a ser un lastre —se quejó Marina.

—Tú no te preocupes por nada: con los puntos que ganemos nosotros dos, nos basta y nos sobra para los cuatro. —Sito hablaba con su seguridad habitual, pero no dejaba de echar miradas recelosas hacia el otro grupo.

—¡Pedazo de carne bautizada! ¿No ves que ellos habrán pensado lo mismo que tú? —preguntó, despectiva, Érika.

—Pero Álex y yo tenemos un sueño y una meta y ellos dos, no.

—¿Y cuál es, si puede saberse?

—Pues llevaros a ti y a Marina de excursión, ¿qué va a ser? —contestó chulesco.

—Pero qué infantil eres cuando te lo propones.

La voz del locutor volvió a escucharse por toda la plaza; estaba explicando en qué consistía la prueba de esa tarde y, a medida que lo iba relatando, Marina se ponía más y más verde de angustia. Incluso parecía que iba a desmayarse de un momento a otro.

—Yo no voy a ser capaz de hacer la mitad de las cosas que ha dicho ese hombre —exclamó

preocupada cuando por fin la voz calló—. Me habíais hablado de una yincana y esto se parece más a una pista americana que a un juego divertido.

—No te preocupes, no es obligatorio que hagas todas las pruebas. Esquiva aquellas que creas que te van a costar más y continúa con las siguientes.

La voz amplificadora de aquel hombre, que ya empezaba a hacérsele odioso a Marina, resonó de nuevo:

—Me acaban de avisar de que me he olvidado de lo más importante: los participantes recorrerán todo el circuito de dos en dos y con uno de los brazos atado al de su pareja.

Al oír eso, su vista voló rauda hacia Álex, pero el alivio que sintió al ver como él le sonreía a su vez duró poquísimos.

—Estupendo. —Fue Érika la que habló—. Pues tú y yo vamos juntas y nos escaqueamos de todo lo que podamos. Que se curren estos dos el premio, ya que su meta y su sueño es llevarnos de excursión.

—No sabes lo que dices...

—Y tanto que lo sé. ¿No quería lucirse el zoquete este? Pues que lo haga, me muero de ganas de verlo. —El tono de Érika rozaba la hostilidad, y Marina se quedó un poco cortada hasta que se dio cuenta de que el pequeño de los hermanos miraba a su amiga con suficiencia.

—Si ganamos nosotros, querré que la excursión tenga final feliz, te lo aviso.

—Sigue soñando, chaval. Si ganáis, tendréis que agradecerlos a Marina y a mí que os obsequiemos con nuestra presencia en la dichosa excursión.

Uno de los organizadores del club de la tercera edad se acercó a ellos y ató a los hermanos por la muñeca con una brida, sin preguntar siquiera si iban a formar pareja. Marina cayó en la cuenta de que en el pueblo los debían de conocer lo suficientemente bien como para saber que harían equipo sin cuestionarlo siquiera. En menos de dos segundos, ella misma se vio emparejada con Érika y sintió que empezaba a hiperventilar de nuevo.

—No te preocupes por nada, es solo un juego. Aunque estos dos se lancen todas las pullas del mundo, no te sientas presionada, ¿vale? —Álex había apoyado ambas manos en sus hombros, arrastrando consigo el brazo de Sito. La miraba a los ojos y logró transmitirle una tranquilidad que creía desaparecida para siempre—. Primero saldremos nosotros dos, así que tú fíjate bien en cómo lo hacemos para poder hacer lo mismo.

—Dios mío, creo que me voy a desmayar.

—*Qué melodramática te me pones a veces, Marinita. Ya lo has oído, es solo un juego, así que vamos a divertirnos.*

Las risas de Álex y Érika resonaron en sus oídos, no así la de Sito, que parecía tan enfurecido como un toro de lidia.

Los chicos de los que habían estado hablando, Óscar y Michel, se aproximaron a ellos; también los habían atado uno al otro por una muñeca; aun así, tenían un andar jactancioso que hizo gruñir a Sito.

—Vaya, el día ha empezado a ponerse interesante en el momento en que os hemos visto aparecer —comentó uno de los dos—. Esto tenía pinta de ser muy aburrido.

—¿Os habéis puesto nerviosos porque sabéis que no tenéis nada que hacer contra nosotros? —espetó Sito, tan altanero como ellos, mientras Álex negaba con la cabeza.

—No, al contrario, va a ser divertido ver a los hermanos Oliver morder el polvo.

—Si quieres, puedo pedir que nos aten también un pie y así no os sacaremos tanta ventaja. Marina oyó el bufido de Érika antes de que tirara de ella.

—Vamos a alejarnos un poco de estos idiotas; no son más que masas de testosterona con patas,

solo de oírlos me entran ganas de devolver —dijo hastiada.

La sonrisa de hermano mayor de Álex le confirmó lo que ella ya se había imaginado: Sito y el otro chaval no hacían más que exhibir su plumaje como si fueran dos pavos reales peleando ante la hembra a la que querían conquistar.

—Cierra la boca o te vas a tragar todos los mosquitos que hayan salido esta noche, Marina.

La voz de Érika la obligó a dejar de mirar a Sito, Álex y los movimientos que llevaban a cabo. Se desplazaban por la pista americana como si fueran uno solo; su coordinación la tenía asombrada y asustada a partes iguales. El sudor que empapaba las camisetas hacía que se pegaran a sus cuerpos igual de musculosos, igual de altos, igual de ágiles.

—¿Pero tú te has dado cuenta de cómo se mueven?

—Sí, por supuesto; aunque hoy he decidido mirarte y ver cómo te afectaba a ti. Está siendo interesante.

—¿Perdona?

La chica se rio.

—Siempre pasa lo mismo, todas las mujeres alucinan al verlos ejercitarse juntos. Sito no era así antes. Ha sido su hermano quien lo ha convertido en un adicto al deporte. De hecho, creo que ni siquiera Álex estaba tan fuerte hasta que volvió de la misión de paz.

—¿La misión de paz?

—Sí, ¿no te lo ha contado?

—No.

—Pues deberías pedirle que lo haga, es muy bonito cuando lo describe él.

—*No puede ser, joder. No me digas que esta también se va a quedar tan pancha sin contarnos nada más. ¿Qué pasa con las mujeres de este pueblo, no cotillean o qué?*

—Tampoco es que estén muy musculados —respondió Marina—. Es la fuerza que transmiten lo que hace que no puedas apartar la vista de ellos.

Justo en ese momento, Álex y Sito llegaron ante la bala de paja, dieron un saltito en el suelo y se subieron a ella de una sola zancada, como si no midiera más de un metro y medio de alto. Marina se llevó las manos a la boca y pudo oír la risa de Érika.

—Cuando corren por la montaña, dan saltos más elevados que ese. Son como dos gacelas; un día tenemos que ir a correr con ellos y verás a qué me refiero.

—Ni loca. ¿Yo, corriendo? No llegaría ni a la entrada de Betlem.

Érika volvió a reírse.

—Y no pienses que voy a poder saltar sobre esa mole de paja. No creo que lo consiga ni aunque me apoye con las manos y tú me empujes desde abajo. ¡Si es más alta que yo!, y ellos la acaban de esquivar como su fuera una ramita en su camino. Por Dios.

Se agachó para posar las manos en las piernas y tomar aire, por lo que Érika no tuvo más remedio que agacharse tras ella.

—Ponte en pie, que te vas a perder cómo pasan por las anillas.

Marina obedeció; tampoco era cuestión de hacer el gilipollas y no deleitarse cuanto pudiera con lo que veía.

Después de esa parte, se alcanzaba la meta, donde había que hacer sonar una campana para dar la prueba por finalizada.

—Los hermanos Oliver, como siempre, han logrado un tiempo espectacular. Quiero oír esos fuertes aplausos para ellos. —La voz del locutor no había dejado de escucharse desde que los

concurstantes habían empezado a competir.

—Pues menos mal que Sito aseguró que iban a participar muchos niños; no entiendo cómo sus padres lo permiten.

—No te agobies, Marina, de verdad. Los únicos que se lo toman tan en serio son ellos dos; bueno, aparte de Óscar y Michel. Pero solo lo hacen para ver quién la tiene más grande.

Marina se echó a reír y Érika negó con la cabeza.

—¡Hombres!

Después de los chicos, les tocó el turno a varias parejas que estaban en tan baja forma como ella misma y se tranquilizó un montón, aunque no participó de las risas generalizadas que provocaban los tropezones y las caídas de los pobres diablos. Se daba cuenta de que no tardaría mucho en ser la causante de ellas y no le apetecía nada de nada.

—¿No podemos retirarnos?

—¿Qué quieres, que esos dos nos maten?

—Ya pago yo la excursión dichosa, pero no me tortures de esta manera, por favor. Soy una mujer débil y estoy convaleciente.

—Lo harás genial, no te agobies. —La voz de Álex sonó muy cerca de su oreja. Se volvió para encararlo y lo miró con cara de malas pulgas.

—Me habéis engañado, esto no va a ser nada divertido.

Érika le dio un codazo; en ese momento empezaban la prueba Michel y Óscar. Los miró con atención y enseguida se percató de que carecían de la coordinación de Álex y Sito, pero no lo hacían nada mal. El marcador quedaría bastante ajustado.

—*Vas a tener que esforzarte mucho, mi pequeño saltamontes.*

—*¿Esforzarme? Me voy a morir antes de llegar a los neumáticos.*

—*Si te oigo decir eso una sola vez más, te juro que vas a pasarlo fatal conmigo en tu cabeza. ¿Me has entendido?*

Marina tomó aire. Ya no debía de faltar mucho para que llegara su turno y no veía cómo podía salir airosa de semejante prueba de fuerza.

—*No te preocupes y déjame a mí.*

—*¿Y eso cómo se hace? Tú solo estás en mi cabeza.*

—*Relájate y deja que yo dirija, ya verás como lo vas a flipar.*

Érika le dio un leve tirón de la mano y le indicó que les tocaba a ellas. Decidió hacer caso a Tatiana y relajarse. Seguro que permitir que ella condujera, aunque fuera solo por una vez, no la iba a dejar tan mal parada. ¿O sí?

El sonido del silbato de salida la sorprendió con los músculos tensos. Enseguida empezó a correr al mismo ritmo que Érika. Pasaron sobre los neumáticos sin problemas, primero un pie, después otro, sin pensar en nada más que en el siguiente movimiento.

Después se encaminaron hacia una especie de bosque de conos que tenían que esquivar haciendo zigzag. Como no se coordinaban demasiado bien y cada una tiraba de la otra en sentido contrario, los volcaron casi todos y les entró la risa floja.

Sin dejar de reír, superaron las siguientes pruebas con más o menos éxito; aun así, Marina pensó que no recordaba haberlo pasado tan bien desde hacía mucho tiempo.

Llegaron a la bala de paja y, como había vaticinado, Érika tuvo que empujarla desde abajo para que lograra subir. Una vez arriba, no le quedó más remedio que tirar de su compañera, porque la pobre tampoco tenía la maña suficiente para hacerlo sola.

—Ya casi estamos, ¿te parece que pasemos bajo las anillas con los brazos en alto, como si estuviéramos celebrando la victoria? —preguntó Érika con la respiración entrecortada.

—¿Te he dicho que te adoro?

La chica se rio ante la pregunta al tiempo que ambas elevaban las manos al cielo.

—Pon cara de chula. Ya verás.

Recorrieron despacio la última prueba, jactándose como si fueran las verdaderas campeonas de la noche.

La ovación y las risas no se hicieron esperar, y las dos decidieron dar coba a sus espectadores y exageraron cada vez más sus gestos, hasta que llegaron a la campana y la tocaron con grandes aspavientos.

—A eso se le llama perder con elegancia y una sonrisa en la boca. Ahí están Érika y Marina, un fuerte aplauso para ellas; me parece que el jurado tendrá que deliberar si les otorga un premio de honor por su gran sentido del humor.

Sito y Álex las esperaban en la meta. Mientras que el mayor sonreía y meneaba la cabeza, el pequeño intentaba parecer enfadado, cuando en realidad se veía a la legua que se moría de la risa.

Álex le retiró una brizna de paja que se le había quedado a Marina prendida del pelo y ella se estremeció.

—Aunque no seamos los campeones, te invito a cenar —le dijo, muy cerca de su oído para que nadie más lo escuchara.

—¿Y dónde dejamos a estos dos?

—Ellos que se las apañen solos. Vamos a ir a cenar tú y yo y después te enseñaré a qué se refería Sito cuando le ha pedido a Érika un final feliz.

La risilla tonta que le salió por la nariz y la boca la hizo sentirse un poco ridícula, pero olvidó enseguida la sensación cuando se vio atrapada en la mirada de Álex.

Ni se dio cuenta de cuándo cortaron la brida que la unía a Érika ni tampoco de que los otros concursantes llegaban a la meta. Solo tenía ojos para Álex y su cuerpo musculoso y firme.

—*¡Uf, Marinita, que esta noche te vas a poner las botas! Y no me refiero a la comida, precisamente.*

DIECIOCHO

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

Lo que más le había costado a Marina había sido decidir qué ropa se pondría para su primera cita con Álex.

—*Si lleváis más de un mes cenando juntos prácticamente cada noche, ¿qué tendrá esta de especial?*

—*No seas idiota. Esta cena no tiene nada que ver con todas las demás. Hoy vamos a cenar como pareja.*

—*Marina, ¿qué tal si resulta que te estás haciendo demasiadas ilusiones y el chico solo quiere echar un polvo?*

—*¿Tú crees? A mí me parece que no, que lo que quiere es que nos conozcamos mejor y ver qué surge entre nosotros.*

—*Eso es lo que tú quisieras, so pánfila.*

—*¿Y por qué no puede querer él lo mismo, listilla? A ver, dime.*

—*Yo solo quiero advertirte...*

—*¡Que sí, pesada! Tanto tiempo metiéndome en la cabeza la idea de que me gustaba Álex y ahora te echas atrás. Al final resultará que la lanzada aquí soy yo y que tú solo me haces compañía.*

Marina oyó el gruñido de Tatiana en su mente y tuvo que reírse. Unos golpecitos en la puerta de su habitación la pusieron en tensión; qué rápido le había pasado el tiempo, aún le faltaba un ratito para estar arreglada del todo.

—*¿Estás lista?*

—*Solamente un momentito, Álex. Acabo de maquillarme y salgo, ¿vale?*

—*De acuerdo. No tenemos la reserva hasta dentro de media hora, pero me hubiese gustado llevarte a dar un paseo por la orilla del mar. Aún no hace demasiado frío y la bahía de Alcudia se ve muy bonita a estas horas.*

—*Anda, que no te das prisa ni nada cuando te interesa, Marinita. Nunca habías tardado tan poco en tu vida en maquillarte, y la cuestión es que no has quedado tan mal.*

—*Ya podemos irnos —dijo, saliendo de la habitación.*

En cuanto vio a Álex, se paró en seco.

Se había puesto unos pantalones chinos azul claro y una camisa blanca con unos topitos rojos que, de lejos, hacían que pareciera rosa. Estaba impresionante. Marina dudaba de que existieran palabras en su —quería creer que vasto— vocabulario que le hicieran justicia a ese pedazo de hombre que tenía enfrente.

—*Estás guapísima. —Mientras se acercaba a ella, la miraba a los ojos de una manera que la dejó muda. Ni siquiera Tatiana podía pronunciar palabra.*

—*Si dejas que te bese, se ha acabado el rollo de la cena, te aviso. —O quizás no se había quedado tan muda como pensaba.*

Pero Álex la besó, vaya si la besó. Ella se puso de puntillas, a pesar de que llevaba los tacones más altos que tenía, y él se agachó de manera que entre sus brazos y su tórax la tenía rodeada por todas partes. Hubo un momento en que incluso le pareció notar cómo los dedos de sus pies se despegaban del suelo, pero no supo si era por el éxtasis o si de verdad Álex la había levantado.

—Será mejor que salgamos hacia el restaurante o, en menos de dos minutos, no habrá nada que consiga despistarme de todo lo que tengo pensado hacerte esta noche.

—¿Tienes mucho compromiso con el restaurante? Quiero decir, ¿quedaremos muy mal si no nos presentamos?

La risa de Álex resonó como un eco en su propio pecho.

—¿Quieres comerte primero el postre?

—Pues la verdad es que no estaría nada mal.

Solo habían separado sus bocas para poder hablar, así que seguían muy pegados uno al otro.

Álex se enderezó y le colocó el flequillo de manera que no le tapara el ojo.

—¡Vámonos!

—¿En serio me harás esperar otra vez?

—Después será mucho mejor, ya lo verás. —La besó con suavidad en los labios y tiró de ella asiéndola de una mano.

—¿Y si le comentas que tú no descargaste el arma como vimos que hizo él anoche?

—¿No ibas a desaparecer?

—Y lo he hecho, pero esto tiene delito, mucho delito. No nos apetece comer nada que no sea él, ¡díselo!

Marina clavó los talones en el suelo y, aunque Álex tenía mucha más fuerza, dejó de tirar de ella cuando notó que se había parado.

—No quiero ir a cenar, solo tengo hambre de tu boca.

—Ahora sí que lo has dejado muerto. No vais a ir a ninguna parte, te lo digo yo.

La rapidez con que Álex la acercó a él fue tal que Marina sintió el viento en su cara, como si estuviera volando. La levantó del suelo, esta vez sí que estaba segura de ello, y le comió la boca con tanta pasión que creyó que iba a desmayarse del gusto.

—Aquí tienes el aperitivo —dijo con voz enronquecida por la excitación—. Te juro que el postre será mucho mejor.

La dejó de nuevo en el suelo. Ni un centímetro de su cuerpo quedó sin rozarse con el de él; se estremeció de tal manera que pensó que se caería de bruces si la soltaba del todo.

—Me pone a mil verte tan encendida. Voy a disfrutar mucho de la espera, y tú también. Ya lo verás —susurró muy cerca de su boca.

Sin saber muy bien qué hacía, se metió en el coche y se dejó conducir de nuevo hasta la Colonia; no estaba lejos, solo a unos cinco kilómetros, pero durante todo el trayecto Álex no dejó de lanzarle miradas fugaces cargadas de fuego.

Justo antes de llegar, empezó a llover, por lo que suspendieron su paseo y fueron directos al restaurante.

El Gospodaix no era uno de los locales de primera línea, frente al mar, pero era un sitio bonito. Dos grandes fotos del pueblo, en blanco y negro, sin marco, cubrían casi por completo las paredes, y la decoración era cuidada y con un aire *vintage* que le encantó.

La camarera los llevó hasta una mesa apartada del fondo. Álex se adelantó para separar su silla y la ayudó a sentarse.

Marina sonrió tímida; seguía pensando que todos esos movimientos delicados no pegaban con

la figura imponente de Álex, pero le encantaba que cuidara de ella con tanto mimo.

—Creo que ya sé en qué trabajas. Aunque eres compañera de mi tío, no eres psicóloga ni policía, así que yo me decantaría por la ¿abogacía?

Ella elevó las cejas. Buena capacidad de deducción, se dijo.

—Podría ser. Te lo diré cuando tú me cuentes por qué te hiciste matrn.

Álex rio.

—Es una historia muy simple. —Tenía los brazos encima de la mesa, apoyados sobre los codos; alargó uno de ellos y la cogió de la mano. Con el pulgar, empezó a dibujar pequeños círculos en su piel.

—No sé si podré concentrarme en lo que cuentes si sigues tocándome.

—Es que no hay mucho que contar. —Se encogió de hombros—. Cuando acabé la carrera de Enfermería, me alisté en el ejército...

—¡Soldado! Eso te pega mucho más. —Se sentía satisfecha de sí misma. Ya sabía ella que lo de ser matrn no había podido ser la primera elección de aquel semigigante.

Álex negó con la cabeza.

—Eres un poco adicta a los tópicos, ¿no te parece?

Marina abrió los ojos desmesuradamente.

—Eso no es cierto.

—Vaya si lo es. Solo porque me ves grande ya crees que no puedo hacer cosas como cocinar o traer niños al mundo.

Tuvo que callarse y admitir que él llevaba razón. Torció la boca, pensativa, pero no encontró argumentos para rebatir sus palabras, así que encogió el hombro derecho, concediéndole la razón.

—Quizás sea cierto, pero tú tampoco te libras: pensaste que no podía ser policía solo porque soy pequeña y delgada.

—Hay unos mínimos para entrar en la policía; tú no los cumples. No fue suposición, fue algo que saltaba a la vista.

—¡Oye! Que yo mido más de un metro sesenta.

—Ni en sueños. —Su risa estentórea sonó en el restaurante, y los camareros los miraron con atención; menos mal que apenas había nadie más que ocupara las mesas.

—No cambies de tema —contestó picada y retirando la mano de entre las de Álex—. Cuéntame qué tendrá que ver que te alistaras en el ejército con que después decidieras hacerte matrn.

—Pues muy sencillo: estaba en una misión de paz humanitaria en Mali y un día que no había médico en mi célula de estabilización...

—¿Qué es una célula de estabilización?

—Es una ambulancia militar que acompaña a las patrullas por si hay algún problema.

—¡Ah!, OK. ¿Y qué pasó? ¿Viste la luz?

—Algo así. Íbamos por un camino de tierra y se acercó un niño corriendo; pedía a gritos un médico, así que lo seguí. Un poco apartada, pero en la carretera misma, estaba su madre dando a luz. Se dirigían a un campo de refugiados y no había podido llegar. El parto fue estupendamente. Si se hubiese complicado, no habría podido hacer nada, así que decidí que eso no podía quedar así, que necesitaba formarme para que no me ocurriese nada parecido nunca más. No te puedes imaginar la sensación que tengo cuando ayudo a alguien a traer una nueva vida al mundo.

Sus pupilas reflejaban una ilusión y una alegría contagiosa que hizo que a Marina se le llenaran los ojos de lágrimas de emoción.

—Así que dejé el ejército y me presenté al EIR para ser matrn. Y aquí me tienes. —Abrió los

brazos—. Trabajando en algo que, según tú, no me pega para nada.

Marina inclinó la cabeza hacia un lado.

—Ya no lo pienso —dijo con la emoción comprimiéndole la garganta.

En ese momento les trajeron los platos que habían pedido, y se mantuvieron callados y mirándose a los ojos el tiempo que la camarera tardó en dejarlos ante ellos. A Marina le parecía mentira que llevara casi dos meses viviendo con ese hombre y no se hubiera dado cuenta del magnetismo que ejercía sobre ella. El corazón le pulsaba más rápido de lo normal, y no podía dejar de observarlo y recrearse en la imagen que proyectaba.

—*Sí, querida, ese hombre va a ser todo tuyo esta noche. No lo dudes.*

—Yo soy fiscal. —Cualquier intento por alejar esos perturbadores pensamientos de su mente le parecía lícito. Al menos mientras durase la cena.

—¿Fiscal? No te veo asustando a los malos para que confiesen. No parece que des mucho miedo.

—Ah, ¿no? Pues te aseguro que los acojonaba a todos, al menos antes del accidente.

DIECINUEVE

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

Después de cenar, fue Marina quien lo condujo como a un corderito de vuelta al coche. No entendía qué le había pasado por la cabeza cuando le había asegurado que sería mejor esperar; estaba superexcitado con solo estar a su lado, y la cena entera había sido un suplicio.

No había querido parecer desesperado. Llevaba mucho tiempo sin mantener relaciones sexuales, demasiado tiempo, y tenía miedo de parecer un adolescente salido. Por eso en la ducha se había masturbado pensando en ella. Como había hecho la noche anterior, y la anterior a esa.

Ahora no veía el momento de llegar a casa. Le había puesto una mano sobre la pierna y había reseguído la media hasta llegar al ligero. Tuvo que aspirar con fuerza para no aparcar en el arcén y abalanzarse sobre ella en el coche.

En cuanto llegaron a casa, saltó de su asiento para rodear el Jeep y abrirle la puerta a Marina, pero ella ya se estaba apeando para cuando llegó a su lado. Empezaba a entrever la fuerza de la que le había hablado, la que, según ella, tenía antes del accidente. No era fuerza física, era algo más, algo intangible que la precedía y que a él lo ponía a mil por hora.

No esperaron ni a abrir para empezar a besarse, así que sacarse las llaves del bolsillo mientras sostenía a Marina, que se había colgado de su cuello, no fue una operación para nada sencilla, aunque tenía claro que él era el primero que no quería que se soltara.

—Cierra con llave y déjala puesta —advirtió—. No creo que a tu hermano se le ocurra venir, pero por si acaso.

—¡Qué va! Aún seguirá enfadado por no haber ganado a esos dos esta tarde, seguro que no lo veremos en unos días. Tiene muy mal perder.

Marina alzó los ojos para mirarlo. Si le quedaba algo de cordura, la perdió en ese mismo instante. Álex la agarró por las nalgas y la elevó del suelo, instándola a rodearle el torso con las piernas. El vestido se le remangó de manera que el ligero quedó a la vista. Movié las manos para poder acariciar la franja de piel que dejaba al descubierto.

—¿Te gusta? Me lo ha prestado Érika.

—Me gustaría más que ya no lo llevaras puesto.

—No nos molesta para lo que tengo pensado hacerte, no te preocupes por él.

Inspiró hondo y, mientras la besaba, se dirigió hacia su habitación. La colocó en la cama, justo en la misma posición en que la había tenido por la mañana, y rozó su entrepierna contra la lencería para que ella notara lo hinchado que estaba.

Marina echó la cabeza atrás y él empezó a darle pequeños mordiscos en el cuello que la hicieron suspirar de placer.

—Te vi anoche —oyó entre gemido y gemido.

—Ya lo sé, estuvimos hablando —contestó sin dejar de pellizcar la piel de su garganta con los dientes.

—No, más tarde.

Sintió un tirón tan fuerte en la entrepierna que tuvo que parar. Imaginar que ella lo hubiera visto dándose placer lo llevó cerca del orgasmo.

—¡Uf! Se te ha puesto durísima. ¿Te excita que te miren? —le preguntó Marina con los dientes apretados.

—No sabía que me gustara. Creo que me pone que me vieras tú —dijo con la boca pegada a la de ella.

Introdujo una mano por debajo del vestido y después por debajo del sujetador. Apretó con fuerza el pezón en cuanto lo encontró, lo que hizo que ella se convulsionara de placer y se frotara contra él con fogosidad.

—Arráncamelas. Ahora. —Se había incorporado y, apoyada sobre los codos, le estaba dando una orden, no se lo pedía.

Álex llevó la mano hasta la fina tela de las braguitas y la desgarró con un solo movimiento.

Deslizó el dedo pulgar entre sus labios y alcanzó el clítoris; se entretuvo masajeándolo. Los codos de Marina patinaron sobre las sábanas y ella quedó tendida de nuevo, arqueándose para salir a su encuentro. Tuvo que morderse el labio inferior. Estaba tan excitado que no sabía si los preliminares podrían durar mucho más. Quería tener a Marina a horcajadas sobre él y que lo cabalgara. Se dejaría domar por ella si lo deseaba.

—Ahí, no pares, estás a punto de hacer que me corra. —Oírla suspirar de esa manera hizo que quisiera más de ella, así que se arrodilló al borde de la cama y empezó a darle grandes lametazos, desde el periné hasta el clítoris y vuelta a empezar.

Marina lo aferró por la cabeza y acercó más su boca. La penetró con fuerza con la lengua mientras la nariz seguía sumergiéndose en su sexo. La notó tensarse: al instante, una convulsión y un grito le anunciaron el orgasmo. Libó cada gota de su esencia con fruición.

—Ostras, Álex, eso ha sido fantástico —reconoció entre suspiros entrecortados.

Se tumbó en la cama, a su lado y le rozó la cara.

—Ahora te toca a ti. —Su sonrisa pícara lo hizo reír.

—Quítate la ropa y siéntate sobre mí, móntame. —La voz le brotó ronca, sin un atisbo de la risa anterior.

Ella lo miró a los ojos como si quisiera leerle el pensamiento.

—¿Cuántos orgasmos pretendes que tenga esta noche?

—Todos los que pueda darte. Aunque no creas que, en cuanto te tenga encima, voy a aguantar mucho. Me vuelve loco la idea de estar dentro de ti. No sé cuánto voy a tardar, pero me imagino que no demasiado.

Pareció que sus palabras la habían acicateado con fuerza, porque se levantó de un brinco y casi le arrancó los pantalones.

—¿Tienes protección?

Álex alargó la mano hasta la mesita de noche y, a duras penas, sacó una caja de profilácticos del primer cajón.

Marina la tomó y, con una parsimonia que a él se le antojó mortal, abrió el envoltorio de un preservativo y lo fue desenrollando sobre el pene.

Después se quitó el vestido y el sujetador. Se quedó solo con el ligero y las medias; se arrodilló a horcajadas sobre él, pero muy lejos de donde quería tenerla.

Le estaba haciendo pasar un suplicio delicioso; su pene palpitante reclamaba más, mucho más. La cogió de las caderas y ella le dijo que no con el dedo índice.

—Ahora mando yo.

Se inclinó sobre él, apoyó las manos a los lados de la cabeza y empezó a besarlo.

Los besos fueron ganando en intensidad; las lenguas de ambos, explorando, danzando, haciendo que la excitación fuera en aumento. De repente, se alejó de él, dejándolo huérfano de esas caricias que tanto le gustaban.

Tomó sus manos y se apoyó en ellas al mismo tiempo que descendía sobre su miembro con lentitud, sin dejar de mirarlo a los ojos ni un solo segundo. Cuando sus sexos entraron en contacto, Álex pensó que iba a enloquecer; a medida que se introducía en ella, centímetro a centímetro, supo que sería para siempre su esclavo.

Un grito de éxtasis salió de la garganta de Marina, y Álex sintió la primera descarga eléctrica en cuanto estuvieron completamente encajados. Soltó sus manos y la asió por las caderas, invitándola a moverse.

—Lo siento, Marina, esto va a durar menos de lo que pensaba.

Ella cerró los ojos y empezó a convulsionarse por toda respuesta. Le clavó las uñas en el pecho mientras gemía y se retorecía, y Álex no pudo más. Se dejó ir gritando su nombre y llenándose con él los oídos y el corazón.

Mucho tiempo después, cerca de la madrugada, Marina estaba recostada en su pecho mientras él paseaba la mano desde sus nalgas desnudas hasta su pelo y después volvía en sentido contrario. La sensación de plenitud que lo embargaba mantenía la sonrisa en su boca.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar?

—¿Ya quieres echarme? Sabía que los chicos teníais prisa por deshaceros de nosotras en cuanto conseguíais lo que queríais, pero no creí que fuera tanta.

Negó con la cabeza a la vez que la estrechaba contra él.

—Solo me gustaría hacerme una idea de cuánto durará esto. Me tienes un poco pillado, ¿sabes?

Marina se apoyó sobre un codo y lo miró a los ojos de aquella manera en que lo hacía siempre, como si quisiera guardar esos instantes a fuego en su cabeza.

—Vine para una temporada, pero nada me ata a Madrid; no creo que sea capaz de reincorporarme a mi trabajo, mi cerebro ha perdido demasiada información. Me gustas mucho, Álex. Si quieres que lo intentemos, puedo quedarme aquí, contigo. Me chifla la idea.

No podía dejar de mirarla, no podía creer que ese duende hubiera aparecido en su vida y la estuviera revolviendo de arriba abajo. Quería que se quedara, pero no sabía si estaba curado del todo del desengaño, ni tampoco si quería contarle a Marina lo tocado que se había quedado después de lo de Teresa.

—¿De qué huías cuando decidiste venir aquí?

—De la soledad, del tedio de estar en casa, de las visitas a los médicos... No sabría qué decirte. Quería descansar de todo eso.

—Ya, pero mi tío me pidió que cuidara de ti.

—Supongo que lo hizo pensando en que probablemente necesitaría más atención médica de lo que yo estaba dispuesta a reconocer; al fin y al cabo, eres enfermero.

Sabía que debía decirle que Hugo no le había pedido que se ocupara de ella de esa forma, pero tampoco quería asustarla.

—Hugo me pidió que te vigilara, no que cuidara de tu salud.

Vio como aparecía una arruga en su entrecejo.

—Joder con Fuentes —exclamó, separándose de él con rapidez. Se levantó y se fue al baño.

Tardó un buen rato en regresar, tanto que Álex estuvo a un tris de ir a buscarla, pero no fue

necesario. Cuando volvió, traía una botella de agua y dos vasos y se había puesto una bata. Se sentó en la cama con las piernas dobladas como un indio; no era la primera vez que Álex la veía sentarse de esa manera y le hizo gracia. La observó mientras tomaba un sorbo de agua; después Marina empezó a hablar con la mirada puesta en algún lugar lejos de esa habitación.

—Tu tío está convencido de que Gutiérrez vendrá a por mí.

El pánico le paró el corazón durante un segundo, pero se recompuso y preguntó:

—¿Quién es Gutiérrez?

—Ni siquiera me acuerdo de él, pero por lo que me han contado, hice que mandaran a su hermano a prisión por violar y matar a una menor de edad. Al poco de estar allí, murió, lo mataron en las duchas. Gutiérrez ha jurado vengarse de mí.

—¿Es el que provocó tu accidente?

—Sí, me atropelló. Sufrí un traumatismo craneoencefálico y estuve a punto de palmarla. Pero, como ya te dije el otro día, se ve que soy dura de mollera, porque regresé de entre los muertos y aquí estoy. Tu tío no para de decir que Gutiérrez es muy malo y que yo sospechaba algo acerca de él, que si quiso matarme no fue solo porque mandara a su hermano a la cárcel. Suelo tomar notas de mis sospechas en todos los casos que llevo, pero en las de ese solo escribí: «¿Implicación hermano?». No es que ayude mucho, la verdad.

—¿Dónde está Gutiérrez ahora? —Álex se incorporó con los sentidos alerta. Su tío tenía que haberle dado esa información, joder, ¿cómo pretendía que se ocupara de que a Marina no le sucediera nada si no le había explicado toda aquella mierda? La había dejado sola la mayor parte del tiempo; una punzada de culpa se abrió paso entre sus costillas.

—En la trena. Después de que me atropellara, lo pillaron enseguida. Está en prisión preventiva hasta que salga el juicio. Fuentes dice que ese tipo es de lo peorcito de la sociedad, despiadado y sin escrúpulos, que si yo recordara lo que sabía de él estaría acojonada, pero no logro hacerlo.

—¿El qué, estar asustada?

—No recuerdo nada del juicio. Ni de Gutiérrez, ni de su hermano, ni de lo malos que eran o de lo jurada que me la tenían. Por eso no tengo miedo. Tu tío cree que soy como un bebé desvalido y que necesita vigilarme en todo momento. Ahora entiendo por qué quería que viniera aquí, contigo. Supongo que tu pasado en el ejército fue lo que hizo que me propusiera instalarme en tu casa, y no el hecho de que seas enfermero. ¿Me equivoco?

—No, en absoluto. Aunque no me advirtió de qué debía protegerte exactamente, quería que yo estuviera alerta todo el tiempo.

—Es un exagerado. Gutiérrez está considerado un preso peligroso, no puede escaparse. Ojalá recordara algo más.

—No te preocupes, lo más seguro es que la mayoría de los recuerdos vuelvan de forma paulatina, menos los inmediatamente anteriores al accidente; esos no es probable que lo hagan.

Se tumbaron de nuevo en la cama y se apretujaron uno al otro.

—Todavía tendremos que agradecerle a Gutiérrez que me atropellara; de no haberlo hecho, hoy no estaría aquí.

Álex la apretó con más fuerza contra sí, la besó en el pelo y suspiró.

—No hay que agradecerle nada a nadie, y menos que te hicieran daño. Estás aquí, y eso es lo importante. Yo cuidaré de ti.

VEINTE

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

—*Estás agilipollada. Enamorada de la cabeza a los pies como una colegiala. No te soporto, nunca habías hecho una cosa así.*

—*¿Nunca me he enamorado?*

—*No, eso es para débiles e ilusas, o eso era lo que solías decir.*

—*Creo que te inventas la mitad de las cosas; no recuerdo haber dicho eso, en absoluto.*

—*¡Porque no te conviene! ¡Serás oportunista!*

Marina estaba frente al espejo y se miraba la cicatriz. El flequillo, tal y como lo llevaba, se la tapaba por completo, pero necesitaba ir a la peluquería para retocarse el color y le daba mucha pereza tener que explicarle a una desconocida por qué tenía la cabeza partida en dos.

Aprovechó para examinarse el resto del cuerpo: no estaba tan delgada como un mes atrás, pero aún no se reconocía a sí misma del todo.

La puerta del baño se abrió y pudo ver la figura imponente de Álex reflejada en el espejo. Iba sin nada de ropa; enseguida volvió a calentársele la sangre al tiempo que el corazón le palpitaba acelerado.

—*Lo que yo decía, estás idiotizada. Voy a ver si me pierdo un rato por ahí, que asco me da tanta emoción. Yo lo único que quería era follar. ¿Tan difícil es entender eso?*

—Buenos días —dijo envolviéndola con sus fuertes brazos desde atrás.

—Muy buenos. —Elevó la mano para acariciarle la cabeza, que ya tenía apoyada en el hueco de su cuello. Él le respondió con mordisquitos en el lóbulo de la oreja—. ¿No crees que deberíamos comer algo y coger fuerzas antes de continuar con eso? —Una sonrisa juguetona, que él no pudo ver, se le dibujó en el rostro.

—No sé de qué tengo más hambre, si de ti o del desayuno.

—¿Desayuno? Ese ya nos lo hemos perdido, son casi las dos.

Álex se enderezó de golpe.

—¿Las dos? Y mi hermanito aún no ha aparecido por aquí.

—Anoche dijiste que estaríamos una temporada sin verlo porque habíamos perdido, ¿te acuerdas?

—Es solo una manera de hablar. Me extraña mucho que no haya venido a dar por saco. —Se separó un poco de su espalda, lo que Marina aprovechó para darse la vuelta y quedar cara a cara con él.

—¿Eso que suena en tu voz son celos?

—Yo no estoy celoso de mi hermano. —Tiró de ella hacia la sala, se sentó en el sofá y la colocó sobre su regazo.

La estrechó por la cintura y buscó su boca. Marina lo esquivó.

—Sito me encanta, pero es un crío. Lo veo como a un hermano pequeño.

Álex apoyó la frente en su hombro.

—Soy un poco imbécil, ya lo sé. Pero me ponía malo que solo tuvieras ojos para él, que rieras todas sus bromas...

—Las tuyas no las podía reír porque no las hacías. Pero al que no perdía de vista era a ti. Lo sabes, ¿no?

—Ahora sí.

—¿Por qué no me cuentas qué sucedió con Teresa?

—¿Ahora? —Abrió los brazos, como si quisiera señalar la evidencia de su excitación.

—Sí, me gustaría saber qué pasó para ver a qué me enfrento.

Álex se pasó ambas manos por la cara y suspiró. Después se reacomodó en el sofá, impidiendo que Marina se moviera de su regazo, y, por fin, volvió a agarrarla por la cintura y la acercó a él para poder reposar la cabeza en su pecho.

—Teresa y yo aspirábamos a cosas diferentes. Yo quería tener hijos, más de dos a poder ser, y ella estaba centrada en su carrera en la universidad; es profesora adjunta (a lo mejor ya ha llegado más arriba, sé que ha escalado varios puestos en el último año), así que no quería ni oír hablar del tema. Decía que si se quedaba embarazada perdería los mejores años de su vida tras los niños, que lo que ella ansiaba de verdad era ascender. No sirvió de nada que le suplicara y que le dijera que ya me ocuparía yo de los críos. Un día me dijo que ya no me quería y al siguiente estaba liada con un catedrático que casi le dobla la edad.

Marina le cogió la cara entre las manos para poder mirarlo de frente.

—Tú lo has dicho, queríais cosas diferentes.

—Varios días antes de que tú llegaras, Sito se la encontró por la universidad. Está embarazada. No ha pasado ni un año. No te puedes imaginar la cantidad de veces que se lo supliqué. No es que no quisiera tener hijos, es que no quería tenerlos conmigo.

—¿Por qué piensas eso? Los errores de cálculo existen; por muy catedrático que pueda ser, ¿quién te dice que ese hijo era deseado? ¿Por qué no piensas que podría llamarse Goma Rota o algo así?

—¿Goma Rota?

—Sí, ¿no sabes el chiste?

La risa empezó como una pequeña vibración en el pecho de Álex y fue ascendiendo hasta terminar en una carcajada estentórea que la hacía dar pequeños saltos sobre sus rodillas.

Cuando se calmó un poco, la miró extasiado. Negaba con la cabeza, como si no pudiera creerse lo que veían sus ojos.

—¿Por qué has tardado tanto en aparecer?

—Porque no sabía que me estabas esperando.

La tomó por la cintura y, sin esfuerzo aparente, la levantó para ayudarla a sentarse a horcajadas sobre él.

—Quiero hacerlo muy despacio. Yo ya estoy listo, ¿y tú?

Marina reajustó su postura para que pudiera penetrarla y él lo hizo sin dificultad.

—¡Dios, Marina! Me vuelve loco estar dentro de ti.

—Y a mí que lo estés. —Inclinó el cuerpo hacia atrás para que pudiera entrar todavía más.

Lo oyó aspirar y empezó a balancearse con suavidad; imprimía a sus caderas movimientos casi imperceptibles apoyando las rodillas en el sofá. Álex afianzó ambas palmas en su espalda hasta que entre ellos no hubo ni un solo centímetro de separación.

Marina siguió moviéndose despacio, con morosidad, paladeando cada sensación en su cuerpo. Por una vez, su cabeza quedaba más alta que la de Álex y se acercó a su boca. Empezó a darle pequeños mordiscos y su voracidad fue en aumento. Lo besó, lo penetró con fuerza con la lengua y

se sintió correspondida; sin embargo, cuando quiso imprimir mayor rapidez a sus caderas, Álex la frenó con delicadeza.

—Despacio, no tenemos prisa. Yo estoy justo donde quiero estar. ¿Tú no?

Negó con la cabeza, como había hecho él no hacía más de unos minutos.

—No querría estar en otro sitio que no fuera este —contestó entre suspiros.

Siguió meneándose con lentitud durante un tiempo que le pareció infinitamente delicioso hasta que, desde sus muslos, comenzó a brotar con fuerza un cosquilleo conocido que alcanzó su sexo y la hizo estallar al tiempo que Álex.

Se quedaron en la misma postura, besándose con ternura, mordiéndose con delicadeza a ratos y con más fuerza en otros, hasta que estuvieron listos para volver a empezar. Y lo hicieron, lo hicieron una y otra vez mientras la luz de la ventana se volvía púrpura y luego gris, y sus almas quedaban atadas una a la otra con un vínculo indisoluble.

Ese día y el siguiente lo pasaron entre la cama, la cocina, el sofá y la bañera. Nadie acudió al chalet a molestarlos, ni siquiera sonó el teléfono para perturbar su paz. El martes a las ocho de la mañana, Álex tenía que estar en el trabajo, y por mucho que lo intentó, no consiguió cambiar el turno.

Marina se dio cuenta de que la idea de dejarla sola en la casa lo atormentaba.

—Gutiérrez está en la cárcel, Álex, no puede hacerme nada de nada. Por favor, no te *emparanoies* como Fuentes; suficiente tengo con el cambio que ha sufrido mi vida como para preocuparme por lo que pueda pasar.

—Ayer llamé al tío Hugo cuando te dormiste. Le dije que me lo habías contado todo; aun así, no quiso explayarse en los detalles. Me contestó que lo único que necesitaba saber era que el tío era malo de cojones y que no nos podíamos fiar de él. Que era capaz de todo. ¿De verdad no lo recuerdas?

—Pues no, no me acuerdo de nada de ese tipo. No insistas. A lo mejor si todo lo referente a él es tan terrible como lo pintan, mi cerebro se ocupa de mantenerlo enterrado para que no sufra; o igual se ha borrado para siempre, debido al traumatismo, como tantos otros recuerdos.

—Siento mucho tener que irme. Hoy no puedo hacer nada, pero intentaré pedirme libre la semana que viene.

—Y ¿qué pasará a la siguiente, o a la otra? En algún momento tendrás que volver al hospital. No puedes pasarte la vida a mi lado, contemplándome. De algo tendremos que vivir. —Su tono era jocosos.

—Hablando de eso, ¿tú sigues de baja?

—No, me dieron el alta poco antes de venir para acá, pero pedí una excedencia en el trabajo; no creo que esté preparada para volver a una sala, aunque me encantaría, no creas que no.

—Y cuando te sientas preparada, ¿qué piensas hacer? ¿Te irás?

—No lo sé, de momento quiero concentrarme en el presente y ahora me he tomado un año sabático, o eso es lo que le he dicho a todo el mundo en Madrid. Más adelante, si consigo acordarme de lo que sabía, ya veré qué hago. Lo que no quiero es desempeñarme de forma inapropiada en mi cometido como fiscal.

—*¡Eh! A mí no me pongas a fregar platos o alguna guarrería por el estilo.*

—*¡Hombre, Tatiana! Cuánto tiempo.*

—*No me necesitabas, te bastabas muy bien tú solita para lo que había que hacer.*

—*Perdona, eras tú la que quería acabar en la cama de Álex y al final me lo he quedado yo.*

—*Para que veas lo maravillosa que soy.*

De repente notó que Álex la zarandeaba con suavidad y volvió rápidamente en sí.

—Perdona, estaba manteniendo una interesante conversación conmigo misma.

—¿Te han hecho algún electroencefalograma, Marina? Es que cuando te concentras de esa manera parece como si estuvieras en un estado de ausencia.

—Esto...

—*¿Se lo vas a contar?*

—*Nos hemos estado sincerando todo el fin de semana, ¿por qué no debería hacerlo?*

—*Pensará que estás loca.*

—*¿Prefieres eso o que crea que tengo algún tipo de epilepsia?*

—*Pues qué quieres que te diga, no sé qué es peor.*

—Álex, me gustaría que escucharas con la mente muy abierta lo que tengo que contarte, ¿vale?

—Me estás asustando.

—*¿Ves? Te lo dije: aún no le has contado nada y ya lo tienes acojonado. No deberías explicárselo.*

—Desde que me desperté del coma, oigo una voz en mi cabeza.

Álex frunció el ceño a la vez que torcía levemente la cabeza.

—*Ya está, de aquí, directa al psiquiátrico. Que tiene enchufe, tía, que conoce gente, médicos que nos pueden encerrar. Cállate.*

—¿Una voz?

—Sí, aunque no es distinta a la mía propia. Se lo conté al doctor Izquierdo, mi psiquiatra, pero no le dio mayor importancia.

—Joder, Marina, me habías asustado. Todos tenemos una voz interior que nos habla.

—No es eso. La voz que me habla a mí no es igual que si yo estuviera hablándome a mí misma.

—No lo entiendo.

—*No digas nada más, ¿no ves que lo estás perdiendo?*

—Tú me has sorprendido hablando con ella en varias ocasiones.

—Dijiste que hablabas contigo misma.

—Es lo que intento explicarte. —Se llevó los dedos a las sienes. Entre una y otra empezaba a sentir un dolor considerable. No había pensado que algo tan simple fuera tan difícil de verbalizar —. A ver, oigo mi voz en mi cabeza, ¿vale? Pero me da consejos, por decirlo de alguna manera, que no se parecen para nada a lo que yo haría o me gustaría hacer; me hace comentarios soeces; quiere que la llame Tatiana.

La cara de Álex fue un poema, y durante unos segundos que le parecieron larguísima, pensó que Tatiana tenía razón y que lo había asustado.

—Ya sé que no soy médica, no tengo ni idea sobre lo que eso significa, pero estoy segura de que no estoy loca. No se trata de una voz tétrica que me ordena que mate a la gente, o algo así. Es mi voz. Como si fuera yo misma un poco pasada de vueltas, pero nada más.

—¿Pasada de vueltas?

—Sí. No para de repetir que no soy la misma de antes y que tengo que espabilar, que cuando lo haga, ella desaparecerá. Que solo está aquí para que no me olvide de todo lo que aprendí o de todo lo que fui. Lo más extraño es que cada día nos parecemos un poco más y que no me desagradan para nada los cambios. Si no hubiera sido por ella, nunca me hubiese atrevido a hacer algunas cosas...

—¿Quieres decir que estos días hemos sido tres?

—No, precisamente todo el tiempo que hemos pasado juntos, ella ha estado ausente, por eso te digo lo de que cada día me parezco más a ella, y cuanto más lo hago, más callada está.

—Tengo un compañero con el que he jugado alguna vez al rugby que es psiquiatra, ¿quieres que le pida una cita?

—*¿Lo ves? ¿Lo ves? ¿Lo ves?*

—Te digo que ya visité al mío y que no le dio importancia, me dijo que «esa voz» no era otra cosa que yo misma instándome a la acción después de un periodo prolongado «inoperativa».

Álex se pinzó el puente de la nariz.

—Te prometo que no lo entiendo.

—Es que es muy difícil de explicar.

—Si el psiquiatra te dijo que no le dieras importancia, no se la des.

—*A ver si este se cree que porque estés coladita por él vas a pasar de mí de repente, como si nunca hubiera existido.*

VEINTIUNO

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

—Tatiana estaba en lo cierto, no tenía que habértelo contado. Ahora estás pensando que has cometido un error conmigo y que estoy como una cabra.

—No, no. —Se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos. La estaba haciendo sufrir y eso no le gustaba nada—. No pienso que estés loca, pero entenderás que no es algo fácil de asumir. Tienes a alguien más ahí, en esa cabecita tuya, que te da por saco, y eso me preocupa.

—La verdad es que no me molesta tanto como al principio. Me he acostumbrado a tenerla conmigo; creo que la echaría de menos si se largara definitivamente.

No sabía qué contestar a eso. No creía que Marina estuviera perturbada: había estado observando su comportamiento durante el último mes y medio y no había hecho nada que lo indujera a pensar que sufriera una patología mental.

—No te preocupes por lo que yo piense, en serio.

—No estoy nada preocupada. Quizás solo estaba equivocada y hay ciertas cosas que es mejor no compartir ni siquiera con el hombre del que te estás enamorando.

El cerebro de Álex enterró todo aquel asunto de la tal Tatiana en algún recóndito lugar al oírla pronunciar esas palabras.

—¿Crees que te estás enamorando de mí?

—Sí, vaya si lo creo. ¿No debería? Sé que lo has pasado mal...

—¡Shh! —La hizo callar colocándole un dedo sobre la boca—. Yo también pienso que podría enamorarme de ti. Es más, si lo hiciera de alguien, seguro que sería de ti.

Empezó a besarla con fruición. Con voz en la cabeza o sin ella, sabía que Marina lo había pillado de verdad. No tenía nunca suficiente de ese duende que lo había embrujado por completo; le daba igual haber pasado más de treinta y seis horas pegado a su cuerpo: no podía parar de tocarla, de adorarla, de hacerla suya una y otra vez.

Se apartó de ella solo un segundo para coger aire y vio la hora en el reloj de la mesilla de noche.

—Joder, tengo que irme ya o llegaré tarde.

—¿Ya son las ocho?

—A las ocho tengo que estar en Manacor, mejor si es a las ocho menos cuarto, y necesito un poco más de media hora para llegar.

Marina le dio una palmada en una nalga y lo empujó fuera de la cama.

—¡Eh! ¿Qué haces? Todavía no he tenido suficiente de ti.

—Ni yo tampoco, pero no puedes llegar tarde al trabajo. Tus compañeras de la noche estarán ansiosas por regresar a sus casas y descansar. Todo esto —se señaló el cuerpo con la mano, de arriba abajo, varias veces— te estará esperando aquí por la noche cuando vuelvas.

Aún se acercó para besarla una ocasión más antes de ponerse en pie y salir disparado hacia la ducha. Cuando volvió del baño, ella lo estaba esperando con el café en la mano para que lo

tomase sin tener que sentarse a la mesa.

—¿Te he dicho ya que me encantas?

—Sí, pero puedes repetirlo las veces que quieras, no me canso de oírlo, te lo juro.

Se despidió de ella desde el coche y se aseguró de que cerraba la puerta antes de salir pitando hacia Manacor. Conectó el manos libres y llamó a Sito.

—¿Sí?

—¿Te he despertado, chaval?

—Pues claro, no son ni las ocho. No empiezo las clases hasta las nueve, podía haber dormido al menos media hora más.

—Si esas clases de hoy no son muy importantes, igual podrías ir a Betlem y pasar el día con Marina.

—¿Qué sucede, no está bien?

Experimentó un sentimiento extraño al percibir la preocupación en la voz de su hermano, a medio camino entre el agradecimiento y los celos.

—No le pasa nada, pero no quiero que esté tantas horas sola. El tío Hugo tenía razón cuando me dijo que debía vigilarla para que no le pasara nada malo.

—¿Te ha contado lo que le ocurrió?

—Sí, ¿tú lo sabes?

—No, qué va, no ha soltado prenda.

—¿No la habrás estado molestando con tus preguntas?

—¿Por quién me tomas? Claro que no la he molestado.

—Vale, ¿puedes ir o no?

—Sí, claro, ahora mismo salgo para allá. En cuanto me vista. Compraré algo por el camino y desayunaré con ella, no te preocupes.

Alex notó otro pinchazo de envidia, así que respiró hondo y rezó para que ese día tuviera que atender a un montón de mujeres de parto y le pasara el tiempo lo más deprisa posible.

Tras colgar el teléfono, estuvo tentado de llamar a su supervisora para decirle que se encontraba mal y que no iría a trabajar, pero él nunca había hecho tal cosa; ni siquiera soportaba a la gente que lo hacía por costumbre, así que desechó ese pensamiento tan apetecible y buscó el número de Marina.

—Buenos días —dijo nada más contestar—. Ya te echo de menos.

—Y yo a ti. Pero tengo que trabajar, me has obligado, ¿recuerdas? He llamado a Sito para que vaya a hacerte compañía hasta que yo regrese; dice que comprará ensaimadas para desayunar.

—Pensaba que no te gustaba tenerlo aquí todo el día.

—No me disgusta, es mi hermano pequeño, lo quiero un montón. El problema era que pensaba que tú también lo hacías.

—Pues resulta que sí, claro que lo quiero, aunque no como tú pensabas.

—No os lo paséis demasiado bien, ¿vale?

—¡Serás idiota! Nos lo vamos a pasar genial, y tú te alegrarás un montón por ello. ¿De acuerdo?

—Sí, mamá.

Su risa vibrante desde el otro lado de la línea lo hizo sonreír.

—Me tienes loco, Marina. Antes de que te des cuenta, estaré de vuelta.

—Te esperaré para continuar exactamente donde lo hemos dejado.

—Ya estoy llegando al hospital. Te llamo más tarde, ¿vale?

—Hasta dentro de un rato.

Al cruzar la puerta del paritorio se percató de que los hados lo habían escuchado y que aquel día sería movidito. Dejó todas sus cosas en la taquilla, incluso el móvil; aunque estuvo tentado de llevarlo consigo, no lo hizo; no le gustaba tenerlo en el uniforme y que se le fuera cayendo de esos bolsillos tan poco profundos.

—Chico, ya puedes atarte los machos: tenemos todos los boxes llenos, y dos más, que ya han dilatado, en la planta. —El único hombre, además de él, que trabajaba en el paritorio era Bernat, y también de los únicos que no se habían alejado de él en los malos tiempos, básicamente porque no le gustaba demasiado la cháchara hueca, y, de esa, Álex había tenido muy poca en los últimos doce meses.

Le puso la mano en el hombro y le sonrió con sinvergonzonería.

—Justo lo que necesito hoy. Quiero volver cuanto antes a casa y así al menos me pasará el tiempo deprisa.

—¡Uh! ¿A que ya sé por qué tienes prisa por volver?

—Supongo que puedes imaginártelo, pero saberlo, lo que se dice saberlo...

—¡Tú has quedado con una *chati*!

—No te pases ni un pelo, que no es una *chati*, chaval, es mi chica.

—¿Tu chica? ¿Habéis vuelto?

Un nubarrón oscuro atravesó su mente durante unos segundos, pero no se quedó ahí, como habría hecho solo una semana atrás, sino que pasó de largo.

—Para nada, he conocido a alguien.

—Me alegro, tío. —Su compañero lo golpeó varias veces en el hombro—. No me entraba en la cabeza eso de verte pasear como alma en pena, con lo divertido que ha sido siempre trabajar contigo...

Un grito proveniente de uno de los boxes los impulsó en esa dirección.

—Ya falta poco, un empujoncito más y tendrás a tu preciosa hija en brazos. Vamos, cuando sientas la próxima contracción, empuja fuerte.

Los dos entraron para ayudar a sus compañeras y se sumergieron en la vorágine que conlleva una jornada ajetreada. Cuando Álex volvió a mirar el reloj aquel día, era cerca de la una de la tarde.

—Álex, vamos, nos toca el primer turno para comer.

—Ve tirando para la cafetería, voy a buscar el móvil a la taquilla.

La matrona con la que iba a comer, Helena, era una de las que mejor le caían. No eran grandes amigos, pero había sabido respetar su duelo y no le había exigido que se pusiera de mejor humor, como habían intentado hacer otras.

Cuando salió del vestuario, la encontró recostada en la pared, esperándolo.

—No me apetece nada el menú de hoy. ¿Cogemos un bocadillo y vamos fuera? Añooro la luz del sol.

—Por mí, perfecto. —Todavía estaba comprobando los mensajes y no le prestaba toda la atención que merecía, pero la chica no se quejó.

Se echó a reír cuando vio una foto que le había enviado Sito, de Marina y él haciendo el bobo. Se la enseñó a Helena.

—¡Así que esta es la chica que te ha devuelto la alegría!

—Joder, ¿tanto se me nota?

Helena dobló un poco el cuello.

—¿Cómo te lo diría? Me alegro mucho por ti, Álex. Me encanta verte feliz de nuevo.

El teléfono empezó a sonar en ese preciso instante, dejando las palabras de Helena flotando en el aire. Un extraño presagio sacudió a Álex cuando vio el nombre que aparecía en la pantalla.

—Dime, tío Hugo.

—Álex, ¿dónde estás? ¿Tienes a Marina contigo?

—No, estoy en el trabajo. —Se le aceleró el pulso; el tono de su tío había sido urgente.

—¿Está sola?

—No, está con Sito. Me acaban de mandar una foto.

—Menos mal, aunque preferiría que estuvieras tú con ella. Llama a Sito, dile que no la deje ni a sol ni a sombra hasta que llegues. ¿A qué hora terminas de trabajar?

—A las ocho de la tarde, pero puedo pedir que me dejen salir antes si es necesario. ¿Qué pasa, tío Hugo? Me estás asustando.

—Es para estarlo, hijo. Gutiérrez se ha escapado de la cárcel.

Álex voló al despacho de su supervisora y ni siquiera le pidió permiso para irse.

—Tengo una emergencia en casa —le dijo justo en el momento en que su teléfono comenzaba a sonar de nuevo—. Me marchó. Siento mucho dejarte colgada un día como hoy, pero sabes que no lo haría si no fuera de verdad necesario.

Miró la pantalla al mismo tiempo que le hablaba a su jefa y dio un respingo al descubrir que quien lo llamaba era su hermano.

—Dime, Sito. ¿Estáis bien?

—Joder, Álex, menos mal que lo has cogido a la primera. Tienes que venir para acá. Se la han llevado, se la han llevado... —Habla de forma entrecortada por la ansiedad.

—¿Cómo que se la han llevado, Sito?, ¿qué coño pasa?

—He ido un momento al súper y cuando he vuelto, cuando he vuelto... —Su hermano estaba al borde del llanto, lo que hizo que su corazón se disparara a más de mil por hora. Decidió hablarle con calma; no podría aclarar nada si no lograba que se tranquilizara.

—Sito, serénate. Cuéntame qué ha pasado.

—La casa está revuelta, todo está patas arriba y Marina ha desaparecido.

VEINTIDÓS

Algún lugar indefinido

Marina se despertó con un fuerte dolor de cabeza. Lo primero que notó fue un frío intenso que le calaba los huesos. La segunda cosa que la golpeó fue darse cuenta de que se encontraba en una habitación que olía a humedad, a podredumbre y que estaba totalmente a oscuras.

Respiró con cierto alivio cuando detectó un pequeñísimo haz de luz que se colaba por la rendija de lo que parecía una puerta. Intentó ponerse en pie, pero el gesto fue demasiado brusco y la asediaron unas fuertes arcadas que la devolvieron al suelo.

Se llevó la mano a la cabeza y la notó húmeda.

—No me jodas que nos la han vuelto a partir en dos.

—Creo que nunca me había alegrado tanto de saber que seguías a mi lado. —Sonrió.

—Ya sé que no puedes vivir sin mí, pero quizás ahora no es el mejor momento para darnos palmaditas en la espalda. Tenemos que intentar averiguar dónde estamos, ¿no crees?

—Sí que me han dado fuerte si hasta suenas amable.

—¿Puedes ponerte en pie?

—Puedo volver a intentarlo, pero no te garantizo nada.

—Tenemos que comprobar si la puerta está cerrada.

Hizo un nuevo intento, pero las ganas de vomitar la devolvieron al suelo. Inspiró hondo varias veces antes de un tercer intento. Se movió con lentitud y logró mantenerse sentada, aunque con la cabeza entre las rodillas. Se sentía mareada, pero las ganas de vomitar iban menguando.

Se llevó la mano a la coronilla para conocer la magnitud del golpe que le había dado ese hombre. Tocó lo que le pareció un chichón enorme; de ahí procedía la humedad que había sentido en los dedos. Probablemente hubiera sangrado, pero era evidente que no demasiado.

Se puso de rodillas, apoyó las manos en las baldosas heladas, después un pie y luego, otro. Avanzó despacio, temiendo que las náuseas volvieran, pero no lo hicieron.

Se acercó a la puerta y la tanteó buscando la manija. Los ojos empezaban a acostumbrarse a la penumbra, así que no le fue difícil encontrarla. La decepción vino cuando se dio cuenta de que no podía abrir. Estaba encerrada.

Trató de recordar lo que había pasado antes de que la golpearan; se acordaba de eso, lo cual le pareció una buena señal, así que se esforzó por evocar algún otro recuerdo.

Sito había salido un momento para comprar tomates que necesitaban para preparar la comida. Casi enseguida oyó ruido en la puerta y salió de la cocina, pensando que el chico se había dejado algo y que por eso volvía. Pero quien estaba en la entrada del chalet no era Sito, sino otro hombre. Uno que le sonaba mucho, aunque no había podido ubicarlo en esos momentos.

Después, todo estaba confuso. Le parecía haber forcejeado con él, incluso recordaba haberle propinado algunas patadas. Desde luego, se darían cuenta de que se la habían llevado a la fuerza porque le parecía que había tirado la tele mientras intentaba huir de él.

—Claro que se darán cuenta de que te has ido a la fuerza. Tu soldadito vendrá a por nosotras. No te pongas histérica.

—No es soldado.

—Pero lo ha sido, ¿no? Qué suerte que Pancho Villa lo supiera y nos mandara a su lado. Lo que tenemos que hacer ahora es sentarnos y esperar a que nos rescate, como en las pelis americanas.

—¿Tú estás tonta o qué te pasa?

—Oye, a mí no me hables en ese tono, que aquí la chula soy yo.

—Me da igual, no pienso quedarme sentada esperando a que me salven. Tenemos que salir de aquí por nuestra cuenta. Quién sabe el tiempo que van a tardar en encontrarnos. Si estoy segura de algo es de que ese que nos ha raptado no es Gutiérrez.

—¿Cómo lo sabes? No te acuerdas de su careto.

—Pero no es él. Este es mucho más joven, y además lo he visto no hace mucho en algún sitio; ahora no recuerdo dónde, pero lo he visto hace poco.

—No me jodas que nos la tiene jurada más gente aparte del tal Gutiérrez. Tía, que solo has cumplido treinta y cinco años, ¿cómo has tenido tiempo de fastidiar tantas vidas?

—Pero si eres tú la que presume de recordar mi pasado. Qué sé yo a cuánta gente he jorobado si me viene justo recordar lo que me cuentan de un día para otro.

—Vale, vale, vamos a tranquilizarnos.

—Aquí la única nerviosa eres tú. Yo estoy tan mareada que no me quedan tiempo ni ganas de ponerme histérica.

—¿Qué crees que nos va a pasar?

—No tengo ni la más remota idea, Tatiana. Pero seguro que no tardaremos en averiguarlo. Pobre Sito, el susto que se habrá llevado al llegar al chalet y encontrárselo patas arriba.

—¡Eso es, Pancho Villa es el tío de los chicos! Seguro que vendrá desde Madrid para arreglar este lío. Ya no tenemos a un solo hombretón buscándonos, tenemos a dos, como mínimo.

—No te hagas demasiadas ilusiones y déjame descansar. Debemos estar fuertes para lo que esté por venir y para poder aprovechar cualquier fallo que cometa quien sea que nos ha raptado y escapar.

—Ya te dije que leías demasiadas novelas de misterio. ¿Te crees que vamos a poder largarnos sin la colaboración de alguien de fuera?

—Que te calles ya, Tatiana, no estás ayudando.

Marina se recostó en una pared y se deslizó hasta el suelo. A pesar del mareo, se sentía muy lúcida, más que en mucho tiempo. No sabía cómo había acabado en esa habitación mohosa ni por qué; aunque un sexto sentido le decía que estaba relacionado con Gutiérrez y su sed de venganza, no le acababa de cuadrar. A no ser que el tío hubiera escapado de la cárcel. En ese caso, se encontraba bien jodida, pensó.

Cerró los ojos y todo empezó a darle vueltas; tenía que dormir, recuperar fuerzas por si lo que le esperaba era peor que eso. Y no sabía por qué, pero intuía que su encierro no era nada en comparación con lo que estaba por venir.

Suspiró. Tatiana le había hecho caso y se había esfumado, así que se concentró en respirar pausadamente y en relajarse. No tardó demasiado en quedarse dormida.

VEINTITRÉS

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

La policía llegó a la casa poco tiempo después que Álex. Su tío había sido rápido: había organizado a sus compañeros y había pedido ayuda a la Guardia Civil. Uno de los agentes le había explicado el tema de las jurisdicciones, pero él no le había prestado atención y seguía sin tener claro quién estaba al mando del operativo. Lo único que sabía era que Marina había luchado para que no se la llevaran. Una de las primeras cosas que vio al entrar fue una mancha de sangre de tamaño considerable, de la que partía un reguero que llegaba hasta la puerta y aún más allá. El golpe que sintió en el centro del pecho al verla no era comparable con nada que le hubiera sucedido con anterioridad.

Se dirigió a grandes zancadas a su hermano, que lloraba con la cabeza entre las manos, culpándose por haber dejado a Marina sola.

—Esto es culpa mía.

—No ha sido culpa de nadie. Está claro que la tenían vigilada y que han aprovechado que se encontraba sola para entrar.

—Si no me hubiese emperrado en ir a comprar los dichosos tomates... Ni siquiera eran imprescindibles.

—Déjalo ya, Sito. Te necesito entero, no hecho un trapo, ¿me has entendido?

Su hermano cabeceó y se secó las lágrimas. Álex entendía perfectamente su nerviosismo y, si no fuera porque no podía permitirse el lujo de venirse abajo, él también estaría hecho un ovillo en la cama maldiciendo su infortunio.

Sacó a su hermano de la casa para dejar que los policías hicieran su trabajo.

—Tú y yo nos vamos a correr. Yo iré por la parte alta de la urbanización y tú por aquí abajo, al lado del mar. Quiero que mires bien en todas direcciones, que te fijas en cualquier cosa que no esté en su lugar habitual.

—¿No sería mejor que dejáramos eso en manos de los que saben?

—Si quieres ayudar, haz lo que te digo; si no, ya recorreré yo el pueblo.

—Claro que quiero ayudar, pero ni siquiera sé lo que tengo que buscar.

—Yo tampoco lo tengo claro: un coche aparcado delante de un chalet en el que sabes que no debería haber nadie; luces encendidas en una casa que ya se ha cerrado hasta el próximo verano, no lo sé. Lo que sea que no encaje con Betlem en esta época del año.

—Está bien, voy a calzarme las zapatillas y salgo de inmediato. Nos vemos aquí en dos horas.

Álex asintió; en esos momentos la furia lo embargaba. Si encontraba a quien se hubiese llevado a Marina, sería capaz de matarlo con sus propias manos. Correr lo ayudaría a rebajar la tensión y al menos sentiría que estaba haciendo algo útil. Sabía que las primeras horas eran fundamentales para encontrar a alguien desaparecido, lo había oído en muchas ocasiones, así que entró en la casa, se calzó las deportivas y se dispuso a buscar una aguja en un pajar. Porque si de algo estaba seguro era de que quien la hubiese raptado no se la había llevado lejos. Lo notaba en

los huesos.

Sobre las siete de la tarde llegó su tío desde Madrid. Álex estaba harto de dar vueltas arriba y abajo por la urbanización. Había dos o tres centenares de casas, apartamentos y chalets que permanecerían cerrados a cal y canto hasta el verano siguiente. Él y su hermano no habían cubierto aún la totalidad de la urbanización, pero ya había oscurecido y habían tenido que cejar en su empeño. Veía que la policía no podía entrar ni en la mitad de las casas, ni aunque les mandasen el doble de efectivos para ayudar en la búsqueda.

—¿No habíais visto a nadie extraño estos días pasados, alguien que no conocierais del pueblo, alguien a quien no hubierais visto nunca?

Sito negó con la cabeza.

—Esto ha estado tan tranquilo y solitario como siempre en invierno. No había nadie merodeando por aquí, si es a lo que te refieres.

—No era la primera vez que Marina se quedaba sola: yo no he dejado de trabajar, y aunque Sito ha pasado mucho tiempo por aquí últimamente, yo pensaba que en casa estaba segura.

—Os dije que ese Gutiérrez era lo peor de lo peor. Que no la dejarais ni a sol ni a sombra. Ella siempre decía que le parecía mucho peor que el hermano, al que mandó a prisión, aunque no me explicó por qué; siento en los huesos que tenía razón.

—¿Crees que es algo que él ha orquestado estando en la cárcel?

—Estoy seguro. No es coincidencia que el tío escape y que Marina desaparezca justo a la misma hora.

—No le será fácil llegar hasta aquí, tío. Tiene que coger un barco o un avión, ¿cómo lo hará?

—¿Quién te dice que no la han llevado a ella a donde quiera que esté él?

—No creo que les resulte fácil. Si les da la misma guerra que les ha dado aquí, creo que sacarla de la isla será una tarea ardua.

—No es tan difícil llegar a Mallorca. Puede pagar a alguien para que lo traiga en un velero, por ejemplo. Tiene dinero, mucho, según lo que creemos, y muchas ganas de vengarse de Marina. Maldita la hora en que la mandé a este pueblo de mala muerte.

—Tío, yo tengo más interés que tú en encontrarla. Lo creas o no.

El comisario Fuentes debió de intuir algo en el fondo de sus ojos, porque la sospecha y la rabia aparecieron de golpe en su cara.

—¿No te habrás liado con ella?

—¿Qué pasa si lo he hecho? —Sabía que enfrentarse a Hugo no era lo mejor en aquel momento, pero la manera en que lo acusaba, sumada a su desasosiego, lo hizo contestarle con una chulería que el pobre hombre no merecía.

A pesar de que su tío le llegaba apenas a los hombros, lo agarró de la pechera del jersey con una fuerza que lo hizo tambalearse.

Los agentes que estaban todavía en la casa se volvieron al escuchar ruido, pero fue Sito quien logró separarlos.

—¿A qué ha venido eso, tío? ¿Te has vuelto loco? —preguntó el menor de los hermanos.

El comisario Fuentes se sentó en una silla, abatido.

—El padre de Marina era uno de mis mejores amigos. Lo último que me pidió antes de, antes de... suicidarse fue que cuidara de su hija, y ya es la segunda vez que fallo en mi misión. Y encima he sido yo quien la ha mandado directa a la boca del lobo.

Álex esperaba muchas cosas de su tío, pero lo que nunca hubiese imaginado era verlo

derrumbarse de esa manera. Se dio cuenta de que estaba mayor: se lo veía cansado, y la desaparición de Marina lo había afectado mucho más de lo que quería demostrar.

—Estoy enamorado de ella, tío. —La quería. Ese pensamiento irrumpió con fuerza en su mente. No se trataba de que Marina le gustara mucho o de que lo hubiera hechizado: se había enamorado de ella hasta las trancas y ahora estaba desesperado por encontrarla y llevarla de nuevo a su lado—. No creas que es un capricho o algo pasajero. La quiero, y te ayudaré en todo lo posible para que la traigamos de vuelta.

Hugo lo miró a los ojos y asintió con sequedad una sola vez. Ese gesto tenía toda la pinta de ser una aceptación, pensó Álex. Después, se recompuso enseguida y se levantó de la silla en la que se había desplomado. No parecía haber sufrido una crisis apenas unos segundos antes; volvía a ser el comisario Fuentes. Se dirigió hacia los demás policías y comenzó a dar órdenes.

En cuanto los guardias y los policías empezaron a retirarse, su tío se acercó a ellos para explicarles cómo estaba la situación.

—Esta noche ya hay muy poco que podamos hacer. Mañana por la mañana iniciaremos la búsqueda.

—Pero estableceréis controles en la carretera o algo, ¿no?

—Es lo primero que hemos hecho. En las últimas ocho horas apenas han entrado o salido tres coches de la urbanización. Si su intención era sacarla de Betlem, lo habrán hecho antes de que nosotros llegáramos; ya estará lejos de aquí.

—Te digo que Marina sigue por aquí cerca, tío. La zona está llena de casas vacías, no solo en Betlem: la carretera que lleva a la Colonia está repleta de chalets que no se reabrirán hasta abril o mayo. Podrían esconderse en uno de ellos durante una buena temporada y sus dueños ni se enterarían.

—Ya me han informado de que os habéis pasado el día corriendo arriba y abajo por el pueblo. Si aún está cerca de aquí, ¿no crees que habríais visto algo raro?

—No lo sé, pero quizás tus hombres deberían haberse puesto a buscar en vez de pasarse el día aquí dentro.

—Has sido militar, coño, sabes que hay mucho que planificar antes de actuar sobre el terreno.

Las voces de ambos habían subido paulatinamente y se miraban con inquina uno al otro.

—Lo que yo no entiendo —los interrumpió Sito— es cómo se ha escapado el tío ese de la cárcel. Si sabíais que era tan peligroso, debíais de tenerlo bien vigilado, ¿no?

—Por lo visto, tenía un compinche fuera, puede que más a la vista de lo que ha sucedido. Se autolesionó un brazo en la cárcel y tuvieron que llevarlo al hospital para hacerle unas radiografías. Cuando salía, su colega disparó a uno de los policías que lo custodiaban y él tumbó al otro.

—Joder con el Gutiérrez de los cojones. —Sito silbó, preocupado.

Álex no sabía dónde meterse. Los nervios se lo comían, y ver que no podía hacer nada hasta la mañana siguiente, mucho más.

—Creo que saldré a dar algunas vueltas con el coche. Si encienden una luz donde no deben, me daré cuenta.

—Es mejor que lo dejes por hoy, hijo. —La voz de Hugo era de cansancio y preocupación—. Mañana podrás ayudarnos mejor si estás descansado.

—¿Crees que podré descansar sabiendo que tienen a Marina? Pues no podré, tío. Ni siquiera soy capaz de entrar en la casa y ver el estropicio sin que el corazón se me salga por la boca.

Hugo le apoyó una mano en el hombro.

—Pues habrá que hacerlo, Álex. ¿Quieres que cuando demos con Marina tenga que vérselas con este desastre?

El chico agachó la cabeza. No podía resignarse a pasar la noche sin hacer nada, pero decidió esperar a que su tío se durmiera; después saldría a la calle de nuevo. Si Marina estaba en Betlem, él la encontraría, estaba seguro.

VEINTICUATRO

Algún lugar indefinido

Marina no sabía cuántos días llevaba encerrada a oscuras. Había dormido durante mucho tiempo, o eso le parecía. Creía intuir que en la bebida le ponían algo para que no permaneciera despierta, pero no estaba segura. De vez en cuando alguien depositaba a su lado un plato no muy lleno; suponía que se despertaba cuando quien fuera que le traía la comida cerraba la puerta al salir, porque nunca había visto a nadie. Si cuando se espabilaba un poco buscaba en el suelo y se encontraba con una bandeja en la que habían colocado una botella de agua y algunas viandas (a veces se trataba de pan con un poco de queso, otras con jamón, nada muy elaborado), entonces comía y bebía con fruición. Suponía que le daban de comer una vez al día o menos, porque siempre tenía mucha hambre.

Tatiana estaba muy aletargada, mucho más que ella. Apenas se habían comunicado esos últimos días, sobre todo porque habían estado haciendo una cura de sueño.

—He decidido dejar de comer.

—Si no comes, nos vamos a debilitar aún más.

—¿Qué quieres que te diga? Es preferible estar débil a estar todo el rato durmiendo. ¿Acaso crees que si Gutiérrez nos pilla atontadas no hará con nosotras lo que quiera? —A esas alturas ya tenía bastante claro que era él quien andaba detrás de ese asunto. ¿Por qué, si no, la mantenían con vida sin comunicarse con ella? La estaban «reservando» para cuando él llegara.

—No lo sé. No tengo ni idea de lo que pretende, Marina.

—Ni yo, pero me lo puedo imaginar.

Se puso en pie a duras penas y apoyó las manos en la pared. Había querido recorrer la habitación a tientas en varias ocasiones, pero el sueño se lo había impedido. Suponía que el interruptor de la luz estaba en la parte de fuera; lo había estado buscando en balde durante alguno de sus escasos momentos de lucidez. Aun así, no había ido más allá de unos pasos cuando las ganas de hacer pis la acuciaban, y solo por no hacerlo en el mismo rincón del suelo en el que pasaba las horas durmiendo.

Empezó su inspección con las manos pegadas al muro; después de unos pocos metros su flanco izquierdo colisionó con algo. Resiguió con los dedos lo que parecía el contorno de una estantería de metal. Se dio cuenta de que las baldas no estaban vacías: había objetos sobre ellas.

Los fue toqueteando para adivinar qué clase de cosas se habían almacenado en aquel sitio, pero a oscuras era muy difícil. La luz que pasaba por debajo de la puerta a esas horas era más bien escasa, y cuanto más se alejaba de ella, más oscuro estaba todo.

—No va a servir de nada y solo conseguirás cansarte más.

—No seas aguafiestas; creía que esto te divertiría. Además, vamos a encontrar algo, ya lo verás, algo que nos sirva para golpear a Gutiérrez en cuanto asome su asquerosa cabeza.

Porque si estaba segura de algo era de que, cuando se abriera esa puerta para que entrara alguien por ella, ese sería el hombre que había jurado matarla.

Siguió indagando un rato más y sus manos dieron con algo punzante.

—¡Joder, qué daño!

—*¿Qué te has clavado?*

—*Y yo qué sé. Esta mierda de oscuridad me está poniendo de los nervios.*

—*¿Puedes cogerlo? Igual podemos pinchar al indeseable con eso.*

Con mucho cuidado para no volver a herirse, resiguió la superficie donde se había encontrado con lo que la había pinchado.

—No me jorobes.

—*No grites; te van a oír; y creen que estás como un tronco.*

—*Perdón, perdón. ¿No te das cuenta?*

—*¿De qué?*

—*Esto parece... parece... Sí, lo es. ¡Es lo mejor que nos podía pasar! ¿No lo ves?*

Estaba pletórica con su hallazgo, pero pensó que no podía conformarse solo con eso y siguió rebuscando. Después de la estantería, encontró otra pared y decidió que se quedaría ahí, lo más alejada posible de la puerta junto a la que había dormitado. Sin soltar todavía su recién hallado tesoro, terminó de recorrer la pared hasta que se golpeó las rodillas en algo duro cuya superficie le llegaba a la cintura.

—*Es una lavadora. ¿Sabes qué significa eso?*

—*No tengo ni idea.*

—*Ay, Tatiana, con lo que tú has sido. Si hay una lavadora, habrá productos para lavar la ropa, ¿no crees?*

—*Creo que ya veo por dónde vas.*

—*Así me gusta: que me sigas, Tatianita, que me sigas.*

VEINTICINCO

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

Gutiérrez estaba exultante. Le había tenido que pagar un dineral al energúmeno de la barca para que lo condujera hasta la isla, pero no se arrepentía de haberlo hecho. Estaba tan cerca de cumplir su promesa que no le importaba quedarse sin un solo céntimo. Su única meta en la vida desde que Javi había muerto en esa «reyerta sin importancia», como habían informado a su pobre madre los malnacidos de los guardias de la cárcel, estaba al alcance de su mano, y la puta de la Jiménez iba a pagar muy cara la osadía de meter entre rejas a su hermano pequeño.

Javier, el niño mimado de la familia, el único que había sabido librarse de la vida de la calle, el único que tenía un futuro prometedor, el que se había entregado voluntariamente para que él no tuviera que pasar por el infierno que le supondría estar encerrado, había muerto por culpa de esa asquerosa fiscal. Tenía las manos manchadas de sangre y él se lo iba a cobrar con intereses; ojo por ojo, diente por diente, decía la Biblia. Iba a ser juez y verdugo. La espera había sido demasiado larga, pero ya estaba a punto de llegar a su fin.

Su sobrino había ido a recogerlo a la pequeña cala donde había desembarcado en cuanto anocheció, y ahora se dirigían hacia su destino. Agazapados entre matorrales y sin mediar palabra, recorrieron el camino que los separaba de su ansiada liberación. El chico había trabajado bien, se había encargado de ocultar a esa asquerosa a buen recaudo y la había mantenido dormida a base de drogas en el agua. Lo único que no le gustaba era el tiempo maravilloso que perdería esperando a que despertara, porque quería que estuviera en plena posesión de sus facultades. Quería que sufriera, y no solo físicamente. Tenía que darse cuenta de todo para que el dolor mental fuera aún peor que el físico.

Al llegar a la casa donde había estado malviviendo el hijo de su hermana, pudieron abrazarse al fin.

—Lo has hecho de puta madre, sobrino. Estoy muy orgulloso de ti, y seguro que tu tío Javi también lo estaría. Ahora necesito que me hagas un último favor.

—Lo que tú me pidas, tío. No soporto que la abuela, mamá y todos lo estén pasando tan mal. Lo que sea por vengarnos de esa furcia. Quiero ver cómo le haces daño.

Le apoyó una mano en el hombro y puso cara de pesar.

—A mí me encantaría que lo vieras, pero, hijo, necesito que alejes la atención de aquí. El maricón de Fuentes está en el pueblo, lo he leído en el periódico. Es como un puto perro de caza, pero ya he pensado cómo podemos despistarlo.

—Joder, tío, después de los días que he pasado aquí a oscuras no puedes pretender que me largue y no tome parte en la diversión. No me he muerto del asco esperándote para que...

—Harás lo que yo te diga, ¿me has oído? —gritó con toda su alma, aun a riesgo de que alguien pudiera oírlo. A él se lo obedecía sin rechistar, y ese sobrino suyo se le quería subir a la chepa.

—Está bien. —El chico no era para nada sumiso; su voz decía una cosa, pero su mirada decía otra totalmente diferente—. Pero ¿qué harás si me detienen? ¿Dejarás que me maten en la cárcel

como al tito Javi?

Gutiérrez cogió al hijo de su hermana por la pechera y lo elevó un palmo del suelo. Aunque solo pudiese manejarse con un brazo, con el que llevaba escayolado tenía fuerza para partirle todos los dientes.

—A mí no me hables de esa forma, hijo de puta, si no quieres acabar con la cabeza abierta o algo peor —amenazó en un tono que habría hecho que alguno hasta se meara en los pantalones.

Vio el miedo en los ojos de su sobrino y se alegró. Sin prisa, volvió a dejarlo en el suelo.

—Ahora harás lo que yo te diga y, si no la cagas, podrás volver a tiempo de ver a esa furcia sufrir.

VEINTISÉIS

Algún lugar indefinido

Desde donde estaba agazapada Marina, oyó un grito y supo que Gutiérrez había llegado. La adrenalina empezó a fluir por sus venas y, en apenas una milésima de segundo, decidió colocarse de nuevo cerca de la puerta para que no se notara que había permanecido despierta y que había estado recorriendo la habitación en busca de algo que usar en su defensa.

—*Hostia, Marina, a buenas horas, mangas verdes. Nos vamos a dar un hostión y les daremos el trabajo hecho, ya lo verás.*

—*¿Quieres hacer el favor de colaborar? Me estás desconcentrando y es lo único que no necesito ahora.*

Resiguió la estantería hasta el final, hasta que dio con la bandeja de comida que había dejado intacta.

—*Mierda, no me había acordado de esto. Se van a dar cuenta de que no estamos dormidas.*

—*Tíralo, no se va a notar la mancha. Al fin y al cabo, has estado haciendo las necesidades en el suelo.*

—*Ni me lo recuerdes. Al menos en la otra parte de la habitación no olía tan mal.*

—*No sé por qué teníamos que movernos. Allí estábamos fenomenal, con todas nuestras armas preparaditas para el ataque...*

—*Joder, joder, no ha sido una buena idea. Llevas razón, no teníamos que haber venido aquí. Qué más dará si se dan cuenta de que no dormíamos, para lo que me va a servir... Este me va a matar en cuanto entre.*

—*Te estás poniendo histérica, relájate.*

—*¿Que me relaje? Claro, es que tú no vas a notar el dolor...*

—*Te estás derrumbando y no nos va a servir de nada. Me gustabas más cuando pensabas con la cabeza fría.*

—*Hostia, hostia, hostia, quiero salir de aquí.*

—*La hostia te la voy a dar yo como no te tranquilices. Pero si hasta hace un rato eras tú la que decía que íbamos a largarnos sin ayuda de nadie. ¿No te acuerdas?*

—*Eso era antes de descubrir que vamos a morir en menos de lo que había imaginado. Ahora pagaría lo que fuera para que vinieran a rescatarnos, joder.*

—*Oigo ruido. Hazte la dormida o, mejor, hazte la muerta y así igual nos deja en paz.*

—*¿En serio tienes ganas de bromear en estos momentos? Que el tío está muy loco, que nos va a matar.*

—*Tú dale conversación, que se me está ocurriendo un plan.*

—*¿Conversación? ¿Estás loca, Mari Pili?*

El ruido de la llave en la puerta la llevó a colocarse como si estuviera durmiendo acurrucada en el suelo. La luz se encendió y, a pesar de tener los ojos cerrados, la claridad le taladró el cerebro después de tantos días a oscuras.

—*Despierta, puta, que ya estoy aquí.* —La voz de Gutiérrez sonaba cantarina. A pesar de no

recordar su cara, la reconoció.

Sintió un dolor lacerante en las costillas: había recibido la primera patada, a la que siguieron algunas más que le cortaron la respiración y no la dejaron gritar, como habría sido su intención.

—Despiértate, te quiero bien consciente para todo lo que voy a hacerte. Mataste a mi hermano y vas a pagarlo muy caro.

Sintió como la cogía del pelo y la ponía en pie. A duras penas podía respirar, y pensar siquiera en abrir los ojos era un espanto: el dolor lo inundaba todo y solo era capaz de pensar una y otra vez en que la había cagado al dejar en la otra punta de la habitación los tesoros que había ido recolectando, solo por la absurda idea de disimular. Era una idiota, y en menos de unos minutos iba a ser una idiota muerta por haber seguido una maldita intuición.

La voz salió de su boca sin que su cerebro se lo hubiese ordenado.

—Yo no lo maté. Se metió donde no lo llamaban y le dieron dos cuchillazos; ¿no se te ocurrió pensar que tenías que enseñarle unas cuantas cosas si quería seguir con vida en la cárcel? La culpa fue tuya, no mía.

El golpe en la cara no lo vio venir, y enseguida supo que el muy hijo de su madre le había partido el labio porque el sabor a hierro de la sangre no tardó en inundarle la boca.

—*Tatiana, cállate, ¿no ves que nos está destrozando?*

—*Es parte del plan.*

—*Pues vaya mierda de plan. Me duele todo, pero todo todo, cabrona; cómo se nota que no te están hostiando a ti.*

—*Pon las manos delante de la cara, que viene otra.*

—*¿Cómo lo sabes?*

Obedeció y, sacando fuerzas de donde no sabía que las tenía, se colocó ambas manos delante de la cara y empezó a patallar.

—Para, jodida hija de perra, que no te vas a librar de lo que tengo planeado para ti por mucho que des coces.

La tiró al suelo, y el impacto la dejó aturdida y boqueando como un pez fuera del agua. El aire no le entraba en los pulmones, o había salido demasiado rápido de ellos, no lo tenía del todo claro. Lo único que sabía era que se ahogaba.

Gutiérrez se agachó a su lado y la agarró del pelo nuevamente.

—Me ha gustado tu recibimiento. Esperaba que llorases y suplicas, pero este patético intento de lucha me la pone dura.

—Y yo que creía que solo te empalmabas cuando te metían algo rígido y caliente por el culo...

Otro golpe en la cara la hizo callar. La tos la sacudió cuando la sangre comenzó a circular garganta abajo. Escupió lo que le pareció que era un diente, o al menos un trozo.

—*Vamos a estar guapas de cojones si empieza a derribarnos los dientes, Tatiana, ¿tanto te cuesta dejar de provocarlo?*

—*¿Quieres hacer el favor de abrir los ojos? Quiero ver con qué mierdas nos está golpeando.*

—*Si ya eres capaz de hablar por mi boca, estoy segura de que puedes abrirlos tú solita.*

—*Marina, no me jodas; ayuda un poquito, que nos van a dar la del pulpo.*

—*No soy yo quien bravuconea, jodida psicópata.*

—*Marina, concéntrate, que el enemigo es él, no yo.*

—*¿Pues qué quieres que te diga? En estos momentos no sé a cuál de los dos odio más.*

Intentó abrir los ojos, como le pedía Tatiana, pero la luz la cegó por completo. Era igual que si los tuviera cerrados, pero mucho más doloroso.

—Todavía estás demasiado dormida —se cachondeó Gutiérrez, soltándola con ímpetu. Se dio con la cabeza en la pared y hubiese jurado ver pajaritos volando alrededor de ella, como en los dibujos animados. Si no hubiese sentido tanto dolor, hasta se habría reído—. Te voy a dar un ratito más para que te espables y, cuando vuelva, sabrás lo que es un hombre de verdad. Estoy seguro de que hasta lo vas a gozar, so puta.

Se encaminó a la puerta, dándole la espalda.

—Apaga la luz cuando salgas, por favor. No quisiera verte la cara de payaso cuando regreses.

Gutiérrez volvió sobre sus pasos y le propinó tal patada que la levantó un palmo del suelo.

—Así que la luz te molesta, ¿eh, furcia? Pues la voy a dejar encendida. Te jodes y bailas; pienso hacerte sufrir hasta con eso.

—*Idiota. —La risa de Tatiana resonaba en su cabeza—. Pero qué gilipollas, ha estado chupado hacerlo caer en la trampa.*

—*¿Chupado? Será para ti, asquerosa, que no te has llevado los golpes. Yo no comparto tu idea de lo que es fácil en esta vida, en absoluto.*

—*Anda, deja de quejarte y ponte en pie. Seguimos vivas, ¿no?*

—*Pues la verdad es que no estoy muy segura de eso.*

—*Levántate, que vamos a prepararle un recibimiento de muerte a Gutiérrez y no vas a poder quejarte nunca más de mí.*

—*Deja que intente respirar primero. ¿En serio a ti no te duele ni un poquito?*

—*¿Has visto que llevaba el brazo escayolado? —Tatiana cambió de tema.*

—*No he visto una mierda, la verdad, sigo sin ver demasiado bien.*

—*Venga, no te quejes tanto y ponte en marcha, que no tardará en volver.*

Marina se levantó y se sujetó las costillas; estaba segura de que tenía rotas un par o tres de ellas. Renqueando, se dirigió al fondo de la habitación. Parecía una especie de garaje o de almacén. Por lo que había sobre las estanterías, no le cupo duda de que seguía en la zona de Betlem. Casi todo eran objetos relacionados con el mar, la pesca y el verano.

—*Mira qué par de remos más bonitos.*

Enfocó la vista hacia las palas de madera que le indicaba Tatiana y se visualizó a sí misma empuñando una de ellas y dándole en toda la cara a Gutiérrez.

—*No, para eso ya tenemos lo otro. Cíñete al plan. Pero no estaría mal colocar estos dos en el suelo; igual pueden ayudarnos a hacerlo caer.*

Marina bufó. No creía que su cuerpo magullado quisiera estirarse para alcanzar los remos de la última balda de la estantería, no obstante, lo intentó. Había oído hablar de las proezas que podía realizar una persona cuando la adrenalina circulaba a borbotones por su sangre, así que quizás, con un poco de suerte, todavía le quedaba de eso en las venas.

Siguió las instrucciones de Tatiana al pie de la letra y dispuso los remos en el suelo, donde ella le ordenó. Después se volvió hacia la pared del fondo y localizó las armas que había estado custodiando durante las últimas horas; finalmente se sentó a esperar a que el malnacido de Gutiérrez volviera. Estaba segura de que no iba a ser tan fácil librarse de él como preveía Tatiana, pero también tenía claro que no se iría sin luchar por su vida.

VEINTISIETE

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca*

Llevaban seis días de búsqueda infructuosa y Álex estaba al borde de la desesperación. No podía dejar de recordar su pesadilla y pensar que quien la estaba viviendo era Marina y no él. Eso, sumado a que apenas había dormido durante la última semana, lo conducía al borde mismo del límite. Ya no estaba tan seguro de que Marina siguiese en Betlem, e incluso empezaba a temer que no la encontraran con vida.

Todos y cada uno de los coches que habían entrado en la urbanización durante los últimos días habían sido meticulosamente registrados, y Gutiérrez no había llegado, al menos, no por carretera.

Desde que Hugo les había dicho a Sito y a él que había podido pagar a alguien para que lo trajera desde Barcelona en una embarcación recreativa, no había parado de otear el mar. No había muchos barcos a esas alturas del año y no había sido difícil controlar a los pocos que se acercaron a la zona de Es Caló, donde había un embarcadero pequeño y solían recalar los yates en verano.

De todas formas, era consciente de que en la bahía de Alcudia se seguía practicando el contrabando, como había sucedido toda la vida, y, o estaba muy equivocado, o mucho se temía que si alguien había acercado a Gutiérrez a la isla, habría sido uno de esos patrones, que sabían moverse por la noche por canales poco habituales, antes que el dueño de un yate.

Vio que Hugo se aproximaba a él y por su cara se dio cuenta de que no era el único que se desanimaba por momentos.

—Lo siento, chico. Después de seis días no hay nada que indique que Marina sigue por aquí cerca. Se la han llevado, ya no nos cabe duda. Lo que no sabemos es si ha sido por tierra o por mar. Su rastro desaparece en el momento en que la sacan de la casa, incluso las huellas de pisadas fueron borradas a conciencia. Después del rastro de sangre en el porche, nada que nos pueda dar ninguna pista.

—No lo entiendo, tío, ¿cómo puede ser? —Apoyó la cabeza sobre las palmas de las manos.

—Quien lo haya hecho os ha estado vigilando durante todo el tiempo que Marina ha pasado aquí. Lo más probable es que llegara a Mallorca en el mismo momento en que lo hizo ella. O que haya rastreado su teléfono y haya podido localizarla.

—Pensaba que eso no era tan fácil.

—Lo es si tienes los conocimientos necesarios. Por otra parte, no he querido decirte esto antes —Álex levantó la cabeza y miró a su tío con suspicacia—, pero hemos encontrado varios micros en la casa. Quien se la llevó había estado antes aquí dentro, puede que incluso más de una vez.

Le entraron unas ganas enormes de destrozar cosas. Pensar que alguien los había estado espionando tan de cerca le carcomía el alma. No había sabido proteger a Marina a pesar de que era el único que le había pedido su tío. Se revolvió inquieto en la silla; se negaba a creer que Marina hubiese desaparecido de su vida mucho más deprisa de lo que había entrado en ella. No podía permitirse el lujo de venirse abajo de nuevo. Tenía que luchar contra los signos de la depresión

que amenazaba con apoderarse de su cerebro.

—Necesitas descansar. ¿No crees que habrías descubierto algún indicio después de tantos días de recorrer la urbanización? No está aquí. Empieza a hacerte a la idea y...

De pronto uno de los agentes entró corriendo en la sala.

—Comisario, parece que hemos dado con algo.

Álex se puso en pie y siguió a su tío al exterior de la casa. Sito estaba hablando con uno de los policías; parecía muy excitado, y en cuanto cruzó la mirada con él, supo que ese día su hermano no había recorrido la urbanización en balde.

—He visto luz y movimiento en casa de los Domínguez. Tenías razón, Álex, han bajado la guardia y los vamos a pillar.

—¿Cómo sabes que no era alguien de la familia que ha venido a buscar algo?

—Viven en Madrid, tío, y solo vienen en verano.

—¿Y si se trata de quien les hace el mantenimiento o les cuida el chalet en invierno?

—Mi madre es muy amiga de Miriam; le podemos pedir que la llame y le pregunte, pero ya te digo que no hace falta. El movimiento que he visto no era el de alguien que está cuidando de la casa.

—Está bien, mandaremos a uno de los nuestros para allá mientras tu madre llama a esa tal Miriam. Álvarez, Reina, acercaos hasta donde os indique Sito y me informáis con lo que sea.

—Yo voy con ellos, tío.

—Ni hablar, eres un civil, no quiero verte implicado en lo que sea esto. Aunque ya te digo que si fuera tú, no me haría demasiadas ilusiones de encontrar a Marina en esa casa. Es raro que en una semana no se haya apreciado ni un solo movimiento y que ahora de repente suceda algo tan sospechoso. Lo más probable es que se trate de labores de mantenimiento...

—Que no, tío Hugo —saltó Sito, picado—. Que sé lo que hace la gente cuando limpia una casa, y en la de los Domínguez no estaban las persianas abiertas ni nada por el estilo. Es más, cuando me he parado a mirar con más detenimiento, parecía que me estuvieran observando.

Fuentes hizo una señal en dirección a los dos agentes y Álex corrió para meterse en el coche con ellos.

—Yo sé dónde es —dijo por toda explicación cuando los guardias pidieron permiso a Fuentes con la mirada.

Tenía los nervios a flor de piel. Una semana esperando que los malos cometieran algún error y, ahora que lo habían hecho, no podía desaprovechar la ocasión, porque estaba seguro de que su hermano no andaba desencaminado. Sabía que iba a encontrar a Marina, y solo de pensar que pronto la vería se le aceleraba el pulso.

Llegaron ante el chalet de los Domínguez en menos de dos minutos y aparcaron más allá de la cancela. En cuanto se apearon del coche, se dieron cuenta de que sucedía algo raro.

Al aproximarse a la entrada, vieron con claridad que había sido forzada. Lo que habían hecho para abrir la verja no era precisamente un trabajo fino, y los policías recelaron de inmediato.

—O los que han entrado ahí no son los mismos a los que buscamos o nos han tendido una trampa. No es posible que en una semana no den señales de vida y que ahora salgan con esta chapuza —dijo Reina al tiempo que empuñaba su arma. Álvarez lo imitó.

—¿Sabe si hay alguna otra entrada además de esta? —le preguntó el policía.

—Sí, en la parte de atrás hay un cobertizo y una cochera. Ambos comunican con la casa y tienen puerta exterior.

—Será mejor que vuelva al coche, señor Oliver; no estamos seguros de lo que nos vamos a encontrar ahí dentro y usted ni siquiera debería estar aquí.

—No pienso quedarme de brazos cruzados si existe la más remota posibilidad de que Marina esté ahí dentro.

—No lo podemos permitir, le ruego que no haga que me arrepienta de haberlo traído...

El ruido de un disparo impidió que el policía acabara la frase; los tres se agacharon al unísono. Casi sin espacio de tiempo entre ellas, sonaron dos detonaciones más. Álex no pudo contenerse y echó a correr hacia la parte trasera de la casa. Oyó como los policías lo llamaban y después salían tras él. Conocía la casa de los Domínguez tan bien como la de sus padres: el hijo mayor era uno de sus mejores amigos. Si Marina estaba retenida en ese chalet, la encontraría.

VEINTIOCHO

Algún lugar indefinido

Marina esperaba el regreso de Gutiérrez agazapada en un rincón del sótano donde había pasado los últimos días. Estaba haciendo recuento de los destrozos que le había causado aquel malnacido durante su última visita y no las tenía todas consigo de poder llevar a cabo el plan de Tatiana.

—*No me seas pánfila, que lo único que tienes que hacer es entretenerlo.*

—*No sé si te has dado cuenta, pero eso no nos ha ido demasiado bien hace un rato.*

—*Tenemos que conseguir que se acerque y que permanezca con la guardia baja.*

—*Yo lo que quiero es que no me mate, y que no me haga más daño, a poder ser.*

—*Venga, ánimos, es el último esfuerzo.*

No podía dejar de pensar en Álex y en que lo más probable era que no volviera a verlo; en lo mucho que le hubiera gustado pasar la vida junto a él en esa casita frente al mar y en que lo más probable era que sus días terminaran ahí, en ese sótano húmedo, de un momento a otro.

—*No me seas agorera, ya verás como todo saldrá según lo planeado.*

—*Creo que es el momento adecuado para que nos despedamos la una de la otra, por si luego no podemos hacerlo.*

—*Te oigo, pero no te escucho, Marina, te lo juro.*

La puerta del sótano se abrió con un portazo y la voz de Gutiérrez resonó de nuevo en la estancia.

—*Jack está aquí —dijo, imitando la voz y el canturreo de Jack Nicholson en *El resplandor*.*

—*Está para que lo encierren, pero en el psiquiátrico.*

Marina se mantuvo en la misma postura, sin mover un solo músculo, aunque observando cada uno de los movimientos del hombre.

La sonrisa sádica de Gutiérrez iba ensanchándose en su cara a medida que se acercaba a ella. Llevaba una cuerda en las manos y Marina supo que debía actuar deprisa si no quería perder la única posibilidad que tenía de liberarse.

—*Bueno, zorra, veo que esos ojos tuyos están bien abiertos. Al fin ha llegado el momento de divertirme contigo. Ya verás cuánto lo vas a gozar...*

De repente, mientras miraba fijamente a Gutiérrez, algo hizo clic en su cabeza, como si un circuito se hubiese cerrado de repente, o como si se hubiese restablecido la luz después de un apagón prolongado. Cientos de imágenes inundaron su cerebro y lo recordó todo.

—*Yo no soy la culpable de la muerte de tu hermano —dijo, recuperando de golpe su confianza perdida—. El culpable eres tú.*

—*Cállate, puta; tú fuiste quien lo metió en la cárcel.*

—*Pero él no era el que había matado a esa chica. Tú la mataste, ¿verdad? —Muy despacio, fue poniéndose en pie.*

—*Sí, lo mismito que voy a hacer contigo ahora si no te callas.*

—Esperé hasta el último instante para que te entregaras, le supliqué a Javier que cambiara su declaración jurada, que nos dijera quién era el que había cometido el asesinato. Y no lo hizo. No lo hizo porque te estaba encubriendo a ti. A su hermano mayor. ¿No se supone que deberías haber sido tú quien se ocupase de él y no al revés? ¿Por qué dejaste que Javier pagara por tus desmanes?

—¡Que te calles, he dicho!

Las palabras de Marina parecían paralizar a Gutiérrez, así que siguió hablando. Al fin estaba buceando en sus recuerdos y extrayendo de ellos toda la información que Fuentes no le había dado acerca del caso, no por no querer asustarla, sino porque no la tenía. La única que sabía que Javier no era el verdadero culpable era ella, porque el chico se lo había contado en el último momento, antes de subirse al furgón que lo trasladaría a la cárcel.

—A mí no me cuadraba que Javier fuera un asesino a sangre fría. Su perfil no era para nada el de un homicida. Sin embargo, se mantuvo firme, no se echó atrás después de haber firmado la declaración donde confesaba haber matado a esa chica y cómo. Creo que él también alimentó hasta el final la esperanza de que acudieras en su ayuda, pero no apareciste.

—¡Cierra la puta boca! —Marina creyó ver una ligera espumilla formándose en las comisuras de la boca de Gutiérrez.

—«Mi hermano está mal, muy mal, señora Jiménez. No soporta los sitios cerrados, no aguantaría volver a la cárcel; me dijo que se quitaría la vida antes que eso volviera a suceder. Estoy haciendo lo que debo. Por él». Eso fue lo que me dijo la última vez que lo vi. Pero en el fondo creía que no tendría que permanecer mucho tiempo en la trena porque tú lo confesarías todo.

Supo el instante exacto en que había roto a Gutiérrez porque se abalanzó sobre ella con una furia ciega. Marina sujetó con fuerza la caja de detergente en polvo que había encontrado junto a la lavadora, cuando rebuscó a oscuras en la habitación, y apuntó a la cara del hombre que intentaba matarla.

Con un solo movimiento, vertió todo el polvo sobre el rostro de Gutiérrez; él se llevó las manos a la cara y empezó a aullar de dolor, aunque a los pocos segundos pareció recuperarse.

Marina actuó deprisa; la adrenalina corría por sus venas como si de un río desbordado se tratara. Tuvo el suficiente coraje para agacharse y recoger del suelo el arma que había guardado con tanto esmero durante las últimas horas, y que, tras un esfuerzo titánico, había conseguido cargar.

Empuñó el fusil de pesca y apuntó al asesino con él. El arpón salió veloz al apretar el gatillo y se clavó en el hombro de Gutiérrez, que, tomado por sorpresa, se tambaleó. Después asió la escopeta por la parte delantera y, blandiéndola como un bate de béisbol, empezó a golpear a su secuestrador con la culata. Tenía tanta rabia acumulada...; y ya no solo por lo que Gutiérrez había querido hacerle, sino por lo que habría tenido que sufrir la pobre chica asesinada por el depravado que tenía frente a ella.

Le asestó un golpe tras otro. Gutiérrez reculaba, tambaleándose y dirigiéndose inexorablemente hacia la última trampa que Tatiana le había preparado. Puso un pie sobre los remos y Marina lo vio caer como a cámara lenta. Soltó el fusil y comenzó a respirar a grandes bocanadas, a punto de sufrir una crisis de ansiedad.

—*No te rindas ahora.* —La voz de Tatiana sonó lejana en su mente, pero no dudó en hacerle caso. Echó a correr hacia la puerta del sótano y enfiló las escaleras hacia la salida.

Corría sin saber muy bien a dónde se dirigía; su única preocupación era abandonar esa casa. Si conseguía salir, estaba segura de que podría pedir auxilio. No oía las pisadas de Gutiérrez a su espalda, pero no dudaba de que no tardaría en seguirla y en atraparla de nuevo.

Vio la puerta de la calle y se precipitó hacia ella. Empezaba a creer que iba a librarse de él y una tímida sonrisa de triunfo se dibujó en su cara. Al cruzar el umbral, chocó contra algo duro que la hizo caer de espaldas y golpear, otra vez, con su baqueteada cabeza contra el suelo.

—Marina, Marina. —Creyó escuchar la voz de Álex y abrió los ojos con esfuerzo, al principio, y como platos, después.

—Está ahí abajo, quiere matarme —consiguió pronunciar, aferrándose histérica a Álex, que estaba inclinado sobre ella.

—No creo que pudiera aunque quisiera —le contestó con patente alivio en la voz—. Le has dado una buena paliza.

Marina volvió la cabeza a un lado y otro y se percató de que no estaba en el suelo, sino en el interior de una ambulancia. Llevaba conectado un suero y un buen surtido de cables estaban enchufados a su cuerpo.

—Menudo susto me has dado, pequeña, te ha costado despertarte después del golpe.

—He chocado contra algo cuando intentaba salir de esa maldita casa. —Su voz era pastosa; iba a quedarse traspuesta de nuevo.

—Contra mí.

Abrió los ojos, intentando enfocarlos en su chico, pero lo veía doble.

—Tatiana estaba segura de que vendrías a por nosotras. —Sonrió.

—¿Tú no?

—Pensé que no te vendría mal una ayudita e intenté escapar.

—No lo intentaste, lo lograste, cielo. —Sintió su mano retirándole el flequillo de la cara y suspiró con satisfacción—. Descansa, ya habrá tiempo para hablar cuando estés recuperada.

Miró a Álex mientras el sopor se adueñaba de ella de nuevo. Volvió a suspirar, cerró los ojos y se quedó profundamente dormida.

VEINTINUEVE

*Hospital Comarcal
Manacor, Mallorca*

Marina se despertó varias veces y otras tantas volvió a dormirse. Ya empezaba a ser un cuento demasiado recurrente en su vida, se dijo alguna de las ocasiones en que permaneció consciente.

Soñaba casi todo el tiempo con Álex. A ratos le hablaba y le repetía que, cuando despertara, él estaría esperándola; otras veces le contaba las payasadas que hacía su hermano y lo mucho que también la echaba de menos. Pero siempre lo hacía con una dulzura infinita mientras le retiraba el pelo de la cara.

De repente, un día, despertó y ya no volvió a quedarse frita al instante, sino que fue saliendo despacio de la bruma que la envolvía.

Lo primero que notó fue que alguien le sujetaba la mano. Su mirada se deslizó por el brazo de quien le cogía los dedos con tanta ternura y llegó hasta su cara. Se sintió un poco decepcionada de que fuera Hugo Fuentes y no Álex quien la estuviera sosteniendo en esos momentos.

—Hola —dijo con la boca seca.

—Buenos días, Bella Durmiente.

—¿He estado mucho tiempo en coma esta vez?

—No estabas en coma, solo te sedaron porque estabas muy magullada. Nadie se explica siquiera cómo podías seguir en pie, y mucho menos correr, con la cantidad de huesos que tenías rotos.

—¿Te lo dije o no te lo dije, Tatiana? Sabía que ese loco me había roto varias costillas.

Esperó un rato, pero la contestación cortante de su *alter ego* no llegó.

—¿Dónde está Álex? —Levantó la cabeza de la almohada para intentar localizarlo.

—Lo he mandado a descansar un rato y a que comiera algo. Se ha pasado los tres últimos días sin moverse de tu lado. Lo tienes loquito por tus huesos, ¿quién me lo iba a decir?

—Anda, que no me mandaste a su casa pensando que eso podía ocurrir ni nada. —Sonrió, pero no fue buena idea. Pensó que algunos de los huesos a los que había hecho referencia Hugo debían de ser de la cara, porque le dolía un montón.

—Para nada. Que te diga él cómo me puse cuando me enteré de que te había seducido.

—No me seas antiguo, Fuentes. ¿Qué te hace pensar que no lo seduje yo a él?

—Me da igual, no quiero conocer ni uno solo de los detalles, pero que sepas que no me hace ninguna gracia que te quedes en la isla. Odio Mallorca: primero se quedó con mi hermana y ahora pretende quitarme a mí...

—¿Tu qué, tío?

Marina enfocó la vista en la puerta y los ojos le hicieron chiribitas al encontrarse con los de Álex, que la miraban con ternura.

—Con la hija de mi mejor amigo, a la que considero como la mía propia. ¿Ves? Esto que hacéis no está bien, es igual que si se liaran dos primos, y para eso hay que pedir el consentimiento papal.

La risa de Álex llenó toda la estancia, y le pareció que eso la sanaba más que la cantidad de sueros que le entraban por la vena.

Se acercó a ella sin dejar de mirarla a los ojos y sonreír. Hugo le cedió la silla, rezongando, a su sobrino.

—Al fin te has despertado, mi hada. Me moría de ganas de ver esos preciosos ojos abiertos. —Le dio un suave beso en los labios y, antes de sentarse, le cogió la mano, entrelazando los dedos con los de ella.

—Mientras estuve en ese sótano, en lo único que podía pensar era en que no volvería a verte, y eso hacía el encierro aún más duro. —De repente algo ensombreció su pensamiento—. ¿Qué ha pasado con Gutiérrez? ¿Por qué no vino tras de mí? No me digas que lo maté, por favor.

—No, no lo mataste, pero le diste una buena paliza. Aún no me explico cómo conseguiste cargar la escopeta de pesca submarina; eres una *crack*.

—Supongo que la adrenalina actuó por mí, pero igualmente me costó una barbaridad. Si no hubiera conseguido cargarla, habría usado el arpón como una lanza, lo tenía todo planeado.

—*Ya sé que el plan era tuyo, pero no es cuestión de comentarlo delante de Hugo* —le dijo a Tatiana, pero en respuesta solo obtuvo su silencio.

—Creo que a partir de ahora se lo pensará mejor antes de subestimarte. De todas formas, no van a dejarlo salir de prisión hasta dentro de muchos años.

—¿Y si volviera a escaparse?

—No lo hará, tendrá mucha más vigilancia. Será acusado de la muerte del policía al que hirió su compinche para ayudarlo a escapar —puntualizó Fuentes—. Además de las dos tentativas de asesinato que perpetró contra ti.

—¿Cómo conseguiste dar conmigo? —Marina miraba embelesada a Álex.

—Gutiérrez mandó a su sobrino a otro chalet para que nos distrajera mientras él se ocupaba de ti. No fue difícil reducirlo, y mucho menos hacerlo cantar. El pobre chico lamentará haber ayudado a su tío.

—El hijo de la hermana —susurró Marina—. *¡Te dije que me sonaba mucho! Vino a la audiencia con su madre todos los días del juicio contra Javier.*

—Mis hombres y yo también tuvimos algo que ver en eso. No quieras quedarte con todo el mérito, sobrino. —Fuentes se acercó a la puerta de la habitación mientras hablaba—: Voy a visitar a tu madre, que parece que esto de tenerme por aquí la vuelve loca. —Después continuó—: Deja descansar a Marina, que aún no está repuesta del todo.

—Fuentes —lo llamó ella antes de que se marchara—. Conseguí recobrar una parcela grande de memoria cuando Gutiérrez vino a por mí la segunda vez. Javier, el que metimos en la cárcel, era inocente. Solo trataba de proteger a su hermano porque creía que no aguantaría la presión de estar entre rejas.

—¿Por qué no me lo dijiste entonces? —preguntó frunciendo el ceño.

—Porque estaba recabando pruebas que lo exculparan y señalasen al otro como el verdadero asesino. Además, nunca pensé que se le ocurriera atentar contra mí.

—Redactarías algún informe, ¿dónde está?

—No dejé nada por escrito porque en el fondo también me consideraba responsable de la muerte de Javier Gutiérrez; al fin y al cabo, sabía que era inocente y lo mantuve en la cárcel para que el otro se entregara. No quería que nadie encontrara esas notas, no quería parecer una inepta. —Se llevó la mano a la frente y suspiró.

—Esa es una de las facetas tuyas que no echo de menos. Siempre querías quedar por encima de los demás. Algunas veces dijiste que no te sentías la misma de siempre y por esa parte, al

menos, yo me alegraba muchísimo.

—Lo sé, ahora que recuerdo más cosas, lo sé. Gracias, Hugo, por estar siempre a mi lado.

El policía carraspeó, dio dos toquitos a la puerta y salió sin decir adiós.

—Sito y Érika han venido a verte todos los días; mi padre y mi madre, también. Estaban todos muy preocupados, pero creo que, aparte de mí, tío Hugo ha sido quien peor lo ha pasado. Pensaba que le había fallado a tu padre y creo que eso le dolía tanto como no encontrarte.

—Su suicidio fue un duro golpe para ambos e hizo que nos sintiéramos más unidos y que tu tío se preocupara por mí. Aunque después del atropello no quería ni oír hablar de perderme de vista. Sobre todo al principio.

Suspiró de nuevo y guardó silencio, inmersa en esa vorágine de pensamientos durante unos minutos.

De repente se dio cuenta de que sucedía algo raro. Siguió analizando qué podía ser hasta que descubrió de qué se trataba.

—Álex, Tatiana no me habla. —Su voz sonó triste—. No la he oído desde que me he despertado.

—¿Eso te preocupa?

—Se me hace extraño no tenerla aquí conmigo. ¿Crees que habrá desaparecido?

—Dijiste que solo pensaba quedarse mientras no fueras la misma de antes, y parece ser que has recuperado la memoria, al menos gran parte, y que vuelves a ser una mujer de armas tomar, nunca mejor dicho.

—Ya, pero tampoco soy exactamente la misma, ya has oído a tu tío. Creo que antes de que Gutiérrez me atropellara debía de ser más bien repelente.

—No sé qué decirte, mi vida.

—La echaré mucho de menos, en serio, me había acostumbrado a sus barbaridades.

Se quedó de nuevo en silencio. La cabeza empezaba a dolerle, estaba triste por la ausencia de Tatiana y no sabía cómo explicárselo a Álex para que no la tomara por una loca.

Él no tardó en sacarla de su ensimismamiento. Se llevó su mano a la boca y le besó los dedos uno por uno.

—He tenido mucho tiempo para pensar estos días y sé que no quiero que te separes de mí, nunca más. Cada minuto lejos de ti ha sido un suplicio, Marina. Te amo. Te amo mucho más de lo que me creía capaz. Me sentía roto y tú viniste para llenar mi vida.

—Yo tampoco quiero estar lejos de ti, Álex. Te quiero.

—*Joder, llego y me encuentro con toda esta sensiblería. Me parece que voy a largarme otra vez.*

—¡Tatiana! ¿Dónde te habías metido? Me has dado un susto de muerte.

—*No tengo ni idea, solo sé que de repente he empezado a oír «te quiero» y «te amo» y me han entrado ganas de vomitar.*

—Soy feliz —dijo Marina riéndose—. Tengo a mi lado al hombre de mi vida y en mi cabeza a la mejor amiga que pudiera imaginar. ¿Qué más quiero?

—*¿Amigas? ¿Desde cuándo tú y yo somos amigas?*

Notó el apretón que Álex le dio en la mano.

—¿Eso es lo que soy? ¿El hombre de tu vida? ¿Aunque sea matrócn? Pensaba que creías que no me pegaba nada.

—Tú lo has dicho. Creía, en pasado. Ya no lo pienso, en absoluto. Me parece que es una profesión perfecta, como tú.

—Te quiero, Marina. Aunque haya una okupa en tu cabeza que te dé instrucciones, me he

enamorado de ti tal como eres. No sé qué habéis hecho conmigo entre las dos, pero me tenéis rendido a vuestros pies.

—No lo pillas, grandullón: los pies son míos. Tatiana solo tiene un pedazo de mi mente. O eso es lo que ella dice.

Álex la besó con calma, muy despacio, cuidando de no causarle daño. Marina se recreó en aquel beso suave. No buscó nada más porque, a pesar de que lo disfrutaba, la boca y toda la cara le dolían horrores.

—*¡Puaj! Qué asco. Lo dicho: yo me largo.*

—*Pero si eras tú la que quería esto desde el principio, ¿ahora te rajas?*

—*Yo quería follar, Marinita, follar, no pringarme toda de amor.*

—*Bueno, a eso también se llegará, no creas que no.*

Tatiana chasqueó la lengua.

Epílogo

*Avenida de Artà
Betlem, Mallorca
La primavera siguiente*

El agua estaba helada y, aunque se había comprado un traje de neopreno e incluso unos escarpines para climas fríos, la seguía notando como pequeñas agujas penetrando su piel.

—No seas cobardica —le gritó Sito, que ya había metido hasta la cabeza.

—No soy cobarde, es que está helada. Yo paso. Os espero en casa...

Álex la agarró desde atrás y su calor también traspasó el neopreno. No tardó en percibir un bulto duro y ardiente apretando contra su espalda.

—¿Mejor?

—Sí, aunque si no me sueltas, se habrá acabado la pesca por hoy. Y me importa un pepino que tu hermano y Érika estén con nosotros: voy a hacerte mío aquí mismo, delante de ellos.

—*Y después dirás que la soez soy yo.*

Álex se apartó ligeramente de ella y le pellizcó una nalga. Apenas lo sintió a través del traje de buceo, y empezó a preguntarse si el frío y el calor no serían más que imaginaciones suyas.

—*Tranqui, fiera, ya habrá tiempo para eso después, cuando volvamos* —dijo bajito Álex, para que solo ella pudiera oírlo.

—Lo que pasa es que no sabes qué excusa poner para no venir con nosotros a pescar —se mofó de ella Érika, que también estaba metida por completo en el mar.

—Si queréis un poco de intimidad, os dejamos solos —apostilló Sito.

—*¡Como si la necesitarais! Os pasáis el día haciéndolo como conejos sin demostrar ninguna consideración hacia mí.*

—*Si tú te largas en cuanto empieza la acción.*

—*Por eso mismo, me harto de estar todo el día yendo y viniendo, nena. Que lo vuestro es muy fuerte. Que ya lleváis un año juntos. Esta calentura, ¿cuándo empezará a apagarse, eh?*

—¿Qué dice la loca de la colina? —le susurró Álex al oído.

—*Dile que aquí la única loca eres tú, que oyes voces en la cabeza.*

—Le parece que follamos demasiado.

—Lo que tiene es envidia.

—*«Le que tiene es envidie», «le que tiene es envidie»...*

Álex le mordió el lóbulo de la oreja y, mientras la tenía entretenida en ese dolor tan agradable, la aferró por la cintura y la alzó en volandas. Le pasó una mano por debajo de las rodillas y empezó a adentrarse con ella en el mar.

—Eso es actuar a traición.

—Es que tengo prisa por volver a casa. Cuanto antes acabemos, antes podré hacerte el amor.

—Los que menos pesquen les preparan la cena a los otros dos —gritó Sito antes de sumergirse.

—Este tío no hace nada si no tiene una competición que ganar —se quejó Érika antes de

seguirlo.

Álex la ayudó a colocarse las gafas de bucear y el tubo.

—¿Preparada?

—No me fío nada de esos dos. ¿Seguro que no me sacarán un ojo o algo peor?

—Esperemos que no, pero tú mantente a mi espalda por si acaso.

Marina se rio ante el comentario.

—No tienes que estar cuidándome siempre, lo sabes.

—Es lo único que deseo en esta vida: estar pendiente de ti y hacerte feliz.

—Me haces muy feliz.

—*Sois muy empalagosos, ¿te lo había comentado?*

—*Te oigo, pero no te escucho, Tatianita. Te oigo, pero no te escucho.*

Agradecimientos

Ya sabéis que escribir los agradecimientos es una de las tareas que más nos cuestan a las escritoras porque nos habéis oído repetirlo en infinidad de ocasiones.

Es un momento delicado porque temes dejarte a alguien o herir sentimientos, pero creo, y cada día más, que es un apéndice obligatorio y en el que nos gusta a todas aparecer. Yo me incluyo, claro (a ver si alguien pillla la indirecta).

Quiero empezar por todos los que me han ayudado de una manera u otra para que este libro saliera adelante.

Noelia Soage, que ha sido la intermediaria entre su marido: Daniel Iglesias y yo. Sus explicaciones acerca de las funciones de los enfermeros en las misiones internacionales del ejército fue una gran ayuda para que yo pudiera montarme mi propia película de la situación. Muchas gracias, pareja. Y a vosotros, lectores, he de deciros que si algo en ese aspecto no os cuadra es culpa mía, porque ellos me lo explicaron de muerte.

Érika Gael, mi maravillosa mentora y correctora, que se preocupa de que el texto esté genial cuando llega a vuestras manos.

A Marien F. Sabariego de ADYMA Design, porque ha conseguido hacer esta portada tan bonita y llamativa después de que yo le explicara la idea chapucera que tenía en la cabeza. Ella es también la responsable de la divina maquetación que yo no hubiera tenido ni idea de por dónde empezar.

A Raquel G. Estruch por transformar en cinco minutos una sinopsis larga y tediosa en algo divertido y fácil de leer. No será la última que escriba para algún libro mío, os lo aseguro.

No puedo ni quiero olvidarme de mis compis que me apoyan a diario y que leen todos y cada uno de mis libros durante y después de su escritura: Raquel Soria, Laura Pardo, Fina Mayol y Rosa Ramírez, gracias por soportarme sin tirarme los trastos a la cabeza. No podría tener mejores compañeras de trabajo que vosotras.

En octubre, y casi sin querer, siete mujeres y yo nos fuimos a cenar después de un evento literario. Sin planearlo, fue algo dicho y hecho; de ahí surgió una amistad de la que disfruto de presumir. Son las chicas del corrillo (de risas o de mierda, depende de quién lo diga): Nuria Pazos, Jezz Burning, María Jesús Valls, Loli Palomo, Mary Luz Guillén, Claudia Sevilla e Isabel Mendoza. Gracias por estar ahí y por hacer que, solo con acordarme de vosotras, aparezca una sonrisa en mi cara.

También de forma espontánea, y al mismo tiempo que se ponía en marcha el NaNoWriMo, un grupo de escritoras decidimos unirnos para animarnos cada día a cumplir con las 1700 palabras que se exigen en el reto. Durante las primeras jornadas cada una hacía un reporte de lo que había conseguido. Hace tiempo que ninguna dice lo que ha escrito, pero cada día surge algún tema en el que alguna necesita ayuda y las otras se vuelcan en dársela. Ni siquiera hace falta que sea algo

relacionado con los libros, siempre saben darte alguna respuesta que te sube el ánimo. Gracias a Tessa Cooper, Carmen RB, Dani Vera, Alba C Serrano, Raquel G. Estruch, Francine JC, Manuela Riobó, Dublineta Eire, Rachel RP y Yolhanda Muñoz, las chicas del Reto 1700 palabras. Tengo el guión de dos novelas nuevas esbozado después de mantener conversaciones súper locas con ellas. Ya se verá qué sale de ahí.

Cada mañana una serie de personas: escritoras, lectoras, amigas y yo nos saludamos y nos damos los buenos días en Facebook. Lejos de parecerme algo tedioso, como me han sugerido hace poco, me encanta. No puedo nombraros a todas, chicas, porque sois mogollón, pero quiero que sepáis que vuestra compañía diaria es uno de los acicates más grandes que tengo para seguir escribiendo. Gracias por compartir esas risas conmigo.

Por último y no por eso menos importante quiero dar las gracias a mi adorable familia: Jeroni, Andreu y Maria. Vosotros sois la razón por la que me levanto de la cama cada día. Os quiero hasta el infinito y más allá.